CAMINO EN LA OSCURIDAD

Juan Casassus



DEBATE

Camino en la oscuridad

Camino en la oscuridad

JUAN CASASSUS



Camino en la oscuridad

Primera edición en Chile: marzo de 2013

© 2012, Juan Casassus
© 2013, Random House Mondadori S.A.
Merced 280, piso 6, Santiago de Chile
Teléfono: 782 8200 / Fax: 782 8210
E-mail: editorial@rhm.cl
www.megustaleer.cl

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Chile - Impreso en Chile

RPI: 225.406
ISBN Nº 978-956-8410-68-1

Diagramación y composición: Alexei Alikin

Impreso en CyC Impresores S.A.

ADVERTENCIA
ESTA ES UNA COPIA PRIVADA PARA FINES EXCLUSIVAMENTE EDUCACIONALES



QUEDA PROHIBIDA
LA VENTA, DISTRIBUCIÓN Y COMERCIALIZACIÓN

- El objeto de la biblioteca es facilitar y fomentar la educación otorgando préstamos gratuitos de libros a personas de los sectores más desposeídos de la sociedad que por motivos económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas no tienen posibilidad para acceder a bibliotecas públicas, universitarias o gubernamentales. En consecuencia, una vez leído este libro se considera vencido el préstamo del mismo y deberá ser destruido. No hacerlo, usted, se hace responsable de los perjuicios que deriven de tal incumplimiento.
- Si usted puede financiar el libro, le recomendamos que lo compre en cualquier librería de su país.
- Este proyecto no obtiene ningún tipo de beneficio económico ni directa ni indirectamente.
- Si las leyes de su país no permiten este tipo de préstamo, absténgase de hacer uso de esta biblioteca virtual.

"Quién recibe una idea de mí, recibe instrucción sin disminuir la mía; igual que quién enciende su vela con la mía, recibe luz sin que yo quede a oscuras" ,

—*Thomas Jefferson*



Para otras publicaciones visite
www.lecturasinegoismo.com
Referencia: 4614

Para Cecilia, que lo sostuvo

Para Simón y Matías, que lo sufrieron
Para Sol, que necesitaba saber

Y para Maïa, Teo, Adara, Ofelia y Solal
Y también para los otros,
para que ellos también sepan

Sin barro
no hay loto.

Thich Nhat Hanh

Hombre, escucha,
¿qué es lo que dice la profunda medianoche?

Friedrich Nietzsche

Creo en todo lo que no ha sido aún hablado
quiero liberar lo que espera dentro de mí.

Rainer Maria Rilke

Desde la ardua exploración del corazón
por el dolor y la pasión
nos erguimos para hacer algo mejor.

Esta es la fe que declaramos:
«Los hombres conocerán otra vez la riqueza común».

Sin dirigirnos a los corruptos
que engañan a la masa para lograr ganancias personales
nos erguimos para hacer algo mejor.

Leonard Cohen

ÍNDICE

PRÓLOGO
AL LECTOR

Mi intención

Con este libro no deseo ofender a nadie que haya vivido las circunstancias que se narran aquí. Se trata de un proceso personal. Este relato es acerca de hechos reales que nos ocurrieron a muchos después del golpe de Estado en Chile en 1973. A cada uno le ocurrió a su manera. Ninguno ha olvidado y yo tampoco.

En esa época viví una experiencia atroz. Sin embargo, si bien hubo daño, no salí de ella con odio ni deseos de venganza. Por el contrario, fue algo que me fortaleció. Esta aparente incoherencia fue lo que me impulsó a escribir este libro. Mi intención es explorar preguntas que a todos nos capturan en algún momento. Se trata de una exploración acerca de quiénes somos y de cómo la información que nos llega del mundo nos orienta. En estas páginas intento comprender cómo por medio de una mirada interior se pueden abrir nuevas dimensiones de la realidad y, por ese camino, encontrar los recursos necesarios para enfrentar las dificultades que la vida nos presenta.

El dilema humano

He dedicado mucho tiempo a comprender lo que me ocurrió cuando fui detenido. Tiempo para encontrar o atribuir algún sentido a los eventos que sucedieron y cómo ellos marcaron mi vida. Este libro es eso, pero también, y sobre todo, una reflexión acerca de la manera en la cual transformamos los estímulos sensibles que vienen del exterior en información simbólica. Esta alquimia tiene una razón de ser. Inevitablemente, cuando le atribuimos sentido a algo que nos ha ocurrido, por el solo hecho de transformar la experiencia en pensamientos o en conceptos, de alguna manera alivianamos el impacto que ese evento ha tenido en nuestros cuerpos, en nuestra emocionalidad y en nuestra mente. Lo que hacemos es darle más importancia a la interpretación que al hecho mismo. Atribuir sentido, para mí, es un mecanismo que tenemos para reducir el dolor.

En nuestro mundo contemporáneo, secularizado y fragmentado por la ausencia de los grandes relatos de antaño, hacemos ingentes esfuerzos por encontrar sentido a las cosas. Pero esta actitud esconde el peligro de vivir aferrados a la búsqueda de sentido. Es la tendencia de querer habitar un mundo inteligible en vez de vivir enlazados a los acontecimientos, a lo físico. Es el peligro de sucumbir a la tentación de vivir en los conceptos y en la virtualidad, en vez de hacerlo en presencia de la realidad material.

Es también el dilema de estar en lo inmediato, propio del acto emocional que está unido a todo, que acontece antes de la intervención de la razón y que es vivido como experiencia íntima del mundo. O bien de estar en la separación del mundo producida por el acto de la razón: por ese acto del logos inventado por los griegos, exaltado más tarde por Descartes y llevado aún más allá por Hegel, que eleva la historia al desenvolvimiento de la razón.

Pero no somos originalmente seres racionales. Ya lo sabemos. Somos primero, y ante todo, seres emocionales, y nuestra posibilidad de desarrollarnos depende de volvernos conscientes de esto. Conscientes de las emociones que nos preservan y están a nuestro servicio, así como de las que están al servicio de los otros. Las palabras, los conceptos, la racionalidad y la espiritualidad, vienen después. No son entidades separadas o autónomas de nosotros. Por el contrario, son un epifenómeno de los impulsos de nuestra emocionalidad, y una expresión de nuestra psiquis. Sí, somos seres simbólicos, pero simbólicos de nuestra emocionalidad profunda.

Este dilema de la condición humana es uno de los sustratos de este libro. Se trata de la disyuntiva que tenemos los humanos de vivir entre la atribución de sentido o hacerlo en la presencia de la realidad inmediata. Vivir en un mundo dominado por lo sensorial, por los sentidos, en el mundo corporal, el de la experiencia inmediata de la realidad física, o vivir en un mundo dominado por la interpretación y la construcción de sentido, un mundo mental, de lo imaginario. Por un lado el mundo de lo físico, y por otro el mundo de lo metafísico.

El método

En el relato de este libro hay un método. Los eventos han sido recopilados bajo un proceso sistemático de investigación. Su contenido es el resultado de esta exploración constante en mi interior.

Además de la exploración, hay una cuestión acerca del tipo de mirada. Es una mirada en la que no se trata de «ver». Cuando uno ve algo, lo que hace es dirigir la atención a un objeto, como cuando uno ve una lámpara. En este caso, cuando me sumerjo en mi interior, no me sumerjo para ver algo, porque allí no hay ningún objeto que ver. Me sumerjo para «mirar». Es

una actitud. Me sumerjo en mí para mirar y para esperar que surja algo que se pueda ver.

Dentro de mí no hay nada que ver, pero siempre puedo sumergirme para mirar. Puedo volcarme hacia mí para estar en intimidad conmigo. Para recibirme. Por ello se trata de una mirada receptiva. Mirar sin que necesariamente haya algún objeto particular que ver. Es una meditación. Es una mirada emocional. Es decir, una que está atenta a la sensación de mí mismo. Con esta actitud, despliego mi mirada atenta por si emerge algo, sin saber qué es lo que puede aparecer. Es la actitud del pescador: la de estar atento y disponible a lo que pueda emerger.

Este texto podría ser considerado autobiográfico. Pero mi intención no ha sido hacer una memoria en el sentido tradicional. Aquí se relatan situaciones que me ocurrieron secuencialmente en un periodo relativamente breve —casi tres meses—. Los sucesos a los que se refiere este libro se concentran en la época de mi desaparición. Después, en los campos de concentración, ocurrieron otros eventos que fueron más públicos y han sido descritos por otros autores.

El tiempo no ha borrado los acontecimientos de esos meses. El olvido no ha ocurrido. Por el contrario, con las experiencias que he tenido en el desenvolvimiento de mi vida he ido adquiriendo una comprensión más plena de los hechos. La memoria ha guardado los eventos y la vida los ha hecho madurar.

INTRODUCCIÓN
LA ANTESALA DEL INFIERNO

11 de septiembre de 1973.

Mi esposa Cecilia, mis dos hijos y yo vivíamos en una parcela en la precordillera de la comuna de La Reina. Nuestra casa estaba cerca del regimiento de Telecomunicaciones, desde donde el general Pinochet dirigió el golpe de Estado. Por encima de nuestras cabezas pudimos ver cómo pasaban los helicópteros con militares disparando al voleo. Desde allí observamos a los aviones de caza bombardeando La Moneda, el palacio de gobierno donde murió el presidente Salvador Allende.

12 de septiembre de 1973.

Hacia el mediodía del día siguiente del golpe, irrumpió en mi casa un destacamento de carabineros preguntando si allí vivía Juan Casassus, pues tenía órdenes de arrestarlo. En ese momento estaba solo, pues Cecilia había bajado con los niños a refugiarse en la casa de mis padres. «Sí, aquí vive», respondí. Pero cuando estaba a punto de decir «soy yo», el capitán a cargo me pidió que fuera a buscar a mi padre. De ese modo comprendí que el oficial esperaba encontrar a una persona mayor. Con bastante aplomo para la ocasión y casi sin pensarlo, dije: «Él bajó esta mañana a la ciudad. Ya no está aquí». Lo cierto es que no sé de dónde salió esa respuesta. Debe haber sido

instintiva. Fingí no ser quien soy como si lo hubiera ensayado. Bastó que hablara para que el oficial diera la orden de revisar el jardín y luego se marchara con su gente.

Cuando se fueron recuperé mi identidad. En ese momento supe que algún día volverían sin previo aviso a arrestarme. En ese periodo me dio por pintar figuras en los muros de mi casa. Pinté enredaderas y viñas en los dinteles, y remembranzas de Gustav Klimt en todos los muros del dormitorio. *El beso* cubrió todas las paredes. Había círculos de cera multicolor por doquier.

Pese a que después del golpe de Estado perdí mi trabajo, y más allá del oprobio social del que fui víctima y de las amenazas constantes, nunca pensamos seriamente en irnos del país. Era evidente que íbamos a tener una vida dura, pero sería en Chile y en nuestra parcela de La Reina. Queríamos vivir de manera autosustentable, de pequeños trabajos y de lo que nos diera el pedacito de tierra donde habitábamos. Viviríamos más naturalmente. Acompañados de las gallinas, los conejos, los perros, el huerto y el jardín de arbustos que construimos para la venta.

16 de octubre de 1974.

Pasé un año preparándome para lo que vendría. Alrededor de las 22.30 horas, durante el toque de queda, una patrulla de militares rodeó mi casa. Aunque la casa se ubicaba a unos veinte metros de la calle, no los oí llegar ni escuché ladrar a los perros. Mi esposa abrió la puerta. Sonó su voz firme increpando al joven militar a cargo de la patrulla: «¡Cómo es posible que usted se dedique a hacer este tipo de cosas! ¿No le da vergüenza?», y de manera perentoria agregó: «¡Y no se le ocurra despertar a los niños!». Luego, más serena, me dijo: «Tienes que prepararte».

A diferencia de la primera visita, esta vez la dinámica de la historia finalmente me había alcanzado. Esa noche, cuando me sacaron de mi casa, mis pequeños hijos de dos y cuatro años dormían. No los desperté, así que, además del miedo, me llevé la pena de abandonarlos sin haber podido despedirme de ellos. Partí sin saber si los volvería a ver. En mi corazón me llevaba

su recuerdo de niños dormidos, y en un bolsillo, una foto de Cecilia con ellos en brazos. Esos eran mis tristes pensamientos cuando me sacaban de casa. No hay manera de prepararse para aquello.

Se acababa así la época de la clandestinidad. Ya no podría proveer a mi familia, aunque fuera a duras penas, como había hecho en los meses posteriores al golpe. Esa difícil labor recaería solo en Cecilia. No sería fácil, pues en ese nuevo Chile habíamos dejado de ser unos idealistas utópicos deseosos de justicia y cambio social. Ahora tan solo éramos unos parias.

¡Con qué rapidez cambian las situaciones de la vida! Con la detención dejé de ser un militante con responsabilidades clandestinas y pasé a ser un preso incomunicado. Me amarraron las manos a la espalda y me tiraron boca abajo en un camión. Desde esa posición, y de reojo, lo único que podía ver era la silueta de mi esposa, que con pasos resueltos y tristes seguía al camión mientras este se alejaba lentamente hasta perderse de vista. Supe que luego corrió a la casa del vecino que tenía el único teléfono del sector para avisar lo que estaba ocurriendo y tratar, en vano, de conseguir ayuda.

En los meses que habían transcurrido desde el golpe había escuchado muchos relatos acerca de torturas y muertes, pero a decir verdad, no sabía lo que me esperaba. Los relatos de la realidad no son lo mismo que la realidad. Solo comprendía que la incertidumbre finalmente cesaba, pues ahora estaba, de hecho, detenido. Dejaba de ser un paria para asumir —al menos en mi narración personal— el papel de héroe. Me decía a mí mismo que ese cambio de estado tendría éxito únicamente si era capaz de asumir mi historia con consecuencia e inteligencia.

El camión avanzaba lentamente, pues andaba de redada. Se desplazaba como lo hace la parca cuando va a buscar a los que van a morir. En silencio y en la oscuridad. Fueron a distintas casas del barrio, llevándose a otras personas. En una cogieron a todo un grupo de amigos que estaba celebrando un

cumpleaños. El festejado era Humberto Banderas, un abogado simpático, cultivado y bonachón. En la confusión y el amontonamiento, yo pasé a ser identificado como parte del grupo de los cumpleañeros. Así fue como llegué a la Escuela Militar, el lugar donde se forma a los oficiales del Ejército.

CAPÍTULO 1
LA ESCUELA MILITAR

El tormento

El primer periodo de torturas al que me sometieron fue en la Escuela Militar de Santiago. La tortura consiste, esencialmente, en una secuencia de agresiones violentas que se le aplica a un prisionero. Su propósito es conducirlo hacia el extremo de sus capacidades, para dejarlo ante un umbral desconocido de su experiencia vital. Siempre, aun cuando se repita, la tortura es una experiencia nueva, radical y extrema. Constantemente hay un nuevo umbral de dolor que atravesar. Ante la aplicación sistemática de distintos tormentos, el prisionero se ve enfrentado a la desorganización de sus estructuras psíquicas. Lo que es sistemático para el victimario, para la víctima es caótico. Y lo que se busca es que en medio de la desorganización psíquica y el caos, los detenidos entreguen informaciones y nombres de personas que les puedan ser útiles a los servicios de inteligencia.

Muchas veces los torturados confiesan algo, aunque sean invenciones. Fingen con la esperanza de que ello pueda detener la agresión. Pero se trata de un error lamentable, pues esas confesiones no hacen sino prolongar su tormento y sufrimiento. Aumentan la avidez del torturador, quien continuará en su

empeño para lograr más información. El prisionero, por su parte, se agregará a sí mismo el sufrimiento de la traición. Incluso el de la culpa. Y por otro lado, desaparecerá el último recurso de autodefensa, la dignidad.

La tortura, incluso cuando es aplicada de manera «profesional», puede estar motivada por un deseo de venganza y de castigo. En otras ocasiones, los torturadores están estimulados por la sensación de poder que da el abuso impune y la práctica del sadismo. Sí, hay quienes lo disfrutan. Para ellos, el gozo se vuelve más intenso cuando viene acompañado de la idea de que tienen la razón, de que existe una justificación para hacer lo que están haciendo. Nunca un torturador hace tanto daño como cuando se conjugan en él la convicción y el sadismo. Cuando eso ocurre, en medio de risas y hastíos ajenos, te llegan golpes, patadas, preguntas, punzadas y choques eléctricos. En el periodo del tormento, personas que no sabes quiénes son, a voluntad, hacen de ti un despojo. Su intención es hacerte daño.

Más allá del dolor físico, el mal que nos produce la tortura es avasallador. Visto desde afuera, los procedimientos pueden parecer simples. Muchas de las prácticas de tortura son hoy de conocimiento público: se trata, por ejemplo, de sumergir por varios minutos la cabeza del prisionero en un balde con agua, asfixiándolo; aplicarle electricidad o golpearlo hasta dejarlo en un estado de total indefensión. Pero cuando la tortura se vive en carne propia, su efecto es devastador. La víctima siente que las estructuras que le daban seguridad e identidad estallan, y se encuentra lanzado a la oscuridad, sin límites ni de espacio ni de tiempo. En la oscuridad desaparecen todos los parámetros que conocemos para relacionarnos con la experiencia.

La tortura se diferencia de otras agresiones que vivimos en la vida porque tiene la intención clara de dañar y de hacerlo en forma sistemática. Es verdad que todos hemos sufrido porrazos, hemos tenido caídas, hemos recibido golpes y hasta patadas. Pero en casos normales los agresores se disculpan o cuando

no son amistosos podemos eventualmente huir de ellos. He escuchado que a veces se usa la electricidad como tratamiento con la intención de sanar algunos casos de esquizofrenia. Los electrochoques en esos casos se aplican con anestesia. Cuando se está en el tormento la situación es diferente: el uso de la electricidad no es para sanar sino para dañar. Se aplica sin anestesia. Está destinada a desorganizar la psiquis mediante el *shock*, el dolor y la imposibilidad de moverse y escapar.

En mi caso, durante los interrogatorios a los que fui sometido, siempre estuve amarrado, maniatado, inmovilizado y vendado. Así que nunca vi a mis interrogadores. Eran personajes que estaban allí, en la sombra. Mi camino se había estrechado y me encontraba en un túnel sin saber lo que vendría. No podía hacer otra cosa que dejarme llevar hacia la oscuridad, hacia la desnudez.

Después del primer interrogatorio no pude mantenerme bien en mis propios pies, así que un par de guardias me llevaron y me dejaron en una escala. Había allí otros presos. Eran los amigos del cumpleaños, que ahora estaban a la espera. Lo que más me impresionó fue su mirada de angustia y la pena de sus rostros al verme. El espanto de sus miradas parecía decirme: «¿Pero qué te ha pasado? ¿Y qué irá a pasarnos a nosotros?». Y la mezcla de horror y compasión que me devolvían hacía que la pregunta resonara en mí mismo: «¿Qué me ha pasado?». Sentía el cuerpo adolorido, tenía la cara hinchada y los ojos apagados, aunque no los pudiera cerrar. Tenía una vértebra desplazada y la nariz corrida. Debo haberme visto terrible, pero en realidad no sabía qué era lo que me había pasado y tenía que averiguarlo. Mi cuerpo estaba desquiciado, cubierto de golpes y heridas. Me sentía de una manera muy diferente. Donde antes estaba la transparencia ahora había opacidad y escombros. Iba en camino hacia la soledad, pero también hacia el aprendizaje. Desde la opacidad de mi cuerpo fracturado se iba a deslizar una luz. Un fotón de la luz negra. Una luz opaca, que no enceguece.

Esa luz que emerge de a poco, como la que abraza a la luna y la hace nueva. Una negra luna nueva que desde la oscuridad adquiere plenitud.

Nunca se me acusó de algo durante los interrogatorios. Al menos de algo que tuviera que ver con mi realidad. Por las preguntas que me hacían, entendí que nada sabían de mí. Y pese a la confusión y a lo que me estaba pasando, yo me decía que nada habría de ocurrirme. Sentía que el sentido de justicia que tenemos todos los humanos iba a protegerme. Personalmente, nunca había estado motivado por dañar a alguien, ni lo había hecho, y por lo tanto pensaba que no podría ser dañado.

Los torturadores me acusaban de cosas que eran producto de su imaginación. Una vez se me inculpó de haber querido envenenar el agua potable de la ciudad de Santiago. Supuse que inventaban eso por el hecho de que los estanques, que recogían el agua que bajaba de las nieves de la cordillera por la quebrada de Ramón, estaban cerca de mi casa en La Reina. Era una idea aberrante, pero significativa: ese tipo de acusaciones me confirmaba que no me conocían. Era una constatación que me abrió un pequeño espacio de autonomía y poder: ellos no sabían quién era yo, pero tan importante como eso, yo les ocultaba que sabía que ellos no sabían. Esa era una ventaja.

A veces me hacían preguntas de índole política. Me presionaban para que les revelara los vínculos internacionales del MIR, puesto que en ocasiones me daban a entender que, para ellos, yo era el nexo del MIR con Argentina. Pero todo aquello era inverosímil.

Lo que sí supe con claridad fue que en Chile se había instalado una nueva fuerza, que se expresaba en un nuevo poder, un nuevo contexto y una nueva cultura. Los torturadores eran solo la parte más oculta y extrema de una cultura autoritaria que se dejaba caer con furia. El poder militar y la prensa, la radio y la televisión, fueron los pilares de esta nueva manera de ver las cosas. Se instaló la arbitrariedad. Tomó la forma del abuso,

el toque de queda, la quema de libros, la intervención de las universidades, el control de la información, las operaciones rastrillo y el uso de los estadios como campos de concentración, lo que provocó desconfianza, ensimismamiento. Con una dosis de violencia inusitada se restableció el antiguo orden social que estuvo presente en Chile hasta los años sesenta. Se tenía que demostrar quién era el que mandaba en el país.

La nueva cultura contenía un fuerte deseo de venganza que buscaba saciarse, para lo cual, buscó desquitarse con alguien. No importaba quién fuera, con tal de que alguien pagase. Aunque no se expresara públicamente, y aunque fueran otras las personas que debían hacer el trabajo sucio, una cierta oligarquía vivía este desquite con el placer discreto y culposo con que se vive el sadismo cuando nadie nos ve.

Así fue que, en la segunda mitad del año 1974, en mi calidad de chivo expiatorio, lo que me ocurriera tendría poco que ver conmigo. Yo percibía cada interrogatorio como si fuera una forma de castigo —físico y simbólico— por algo indeterminado. No tenía que ver con lo que yo hubiera o no hubiera hecho. Era, en realidad, algo que tenía que ver con ellos. Tenía que ver con su cultura y con la ferocidad de su rabia, porque su estatus de otrora había sido puesto en peligro por algún tiempo.

La sangre derramada

Durante los interrogatorios, en especial en el primer periodo de la Escuela Militar, me ocurrió algo muy extraño. Se suponía que debía llenarme de odio y de rabia, pero no fue eso lo que me pasó. Curiosamente, lo que sentí hacia quienes me torturaban fue algo distinto. En realidad, no podía creer lo que me estaban haciendo; simplemente no lo podía creer. Por eso, lo que más sentí fue una especie de consternación. Consternación ante el dolor, ante el descalabro, ante la falsedad.

Viví varios momentos como en un ensueño. De niño había sido educado en la religión católica, por lo que en mi interior surgieron los ecos de esa creencia. Estos llegaban como voces fantasmales que me sugerían el camino a seguir para sobrevivir como ser humano: había que asumir la postura del sacrificio y el martirio. Como sabemos, en muchas tradiciones la autoinmolación es el último refugio al que apelan las víctimas. En este caso, me lanzaban hacia allí los victimarios, que de hecho actuaban al amparo de los mismos ritos católicos que sostenían esa tradición.

Lo digo porque lo viví. Los interrogatorios en la Escuela Militar en algunas ocasiones coincidieron con la celebración de misas en otro recinto de la misma escuela. No lejos de donde yo estaba. Durante las sesiones con electricidad yo escuchaba mis gritos, que más parecían rugidos guturales. Pero en el trasfondo a veces también escuchaba cánticos. Por sus armonías suponía que los cantantes no oían mis gritos o simplemente no daban importancia a lo que ocurría en esta otra parte del edificio. La situación era extrañamente medieval. En una parte, el recinto fortificado, el poder militar y la tortura; en otra, misas, plegarias, cánticos y coros.

Mi cuerpo estaba en la parte de la tortura, pero mi mente se iba a la misa y al canto. Eso me permitía sacar la atención de mi cuerpo y, con ello, alejar la mente del dolor. Sentía el suplicio, pero no me dominaba. Me forzaba a imaginar a los militares en postura piadosa ante un altar y a un cura vestido de encajes y estolas, todos cantando alabanzas de paz y amor mientras se reactualizaba el martirio de Jesús: «Esta es mi sangre… que será derramada». La consternación me protegía de la rabia que surgía ante la falsedad. ¡Qué falsos me parecían! No lo podía creer, y el constatarlo me producía gran perplejidad. Nadie, pensaba, puede ser tan indiferente ante la falsedad.

En ese periodo, si es que en efecto surgieron la rabia y el odio, solo me atravesaron sin que yo bebiera de su veneno. El estupor que sentía se alzó como un filtro que mediaba entre lo

que me ocurría y yo. Cubrió mi alma como un manto protector y creó para mí un espacio de libertad, atención y concentración.

No obstante, estaba confundido, no sabía cómo actuar. ¿A quién hacerle caso, a la rabia, al miedo? No me quedaba claro si debía ser rebelde o cobarde. En instantes escuchaba voces: «Sí, mi coronel, no dice nada, mi coronel». Y me daban ganas de gritarles: «Asesinos, desgraciados, qué se creen». Pero de inmediato surgía el miedo: si decía algo así, probablemente tendría que pagar por ello un precio desproporcionado de dolor. Cuando recibía patadas y palabras, me preguntaban: «¿Quién te crees que eres, crees que tengo tiempo que perder?». Pero lo que captaba mi atención no era la pregunta, sino la sorpresa de ver cómo mi cuerpo adivinaba la patada que venía y, en vez de oponerme a ella como un bulto, la usaba como un impulso capaz de desplazarme en el espacio.

¿Cuál debía ser mi comportamiento? En el trasfondo de los cánticos podía escuchar una voz que gritaba: «Dinos, ¿dónde están las armas?». Mi primer reflejo era burlarme: «¿Qué armas? Mejor pregúntenle a los cantantes de al lado, son ellos los dueños del lugar». Pero rápidamente me daba cuenta de que la situación no estaba para ironías ni pequeños gustitos, así que me contentaba con gritar simplemente: «¡No sé, no sé de qué armas me habla!». No me costaba decirlo, porque no tenía idea si había armas en alguna parte y, si las había, no tenía idea quién podría tenerlas.

¿Cómo actuar? Tenía que ser digno. Pensaba que lo que debía hacer era elevarme para demostrar mi superioridad y menosprecio. Mostrar que, precisamente, mi sacrificio era la evidencia de que era superior; en cambio ellos eran seres humanos, pero de un nivel inferior. Así podía dejarme llevar por mis prejuicios de superioridad intelectual y moral, y sentirme mejor. El problema era que, si lo hacía, lo haría contraviniendo los principios morales en que me apoyaba, y eso destruiría el andamiaje en que me sostenía.

No sabía en qué lugar ponerme. No sabía cuál sería la postura más adecuada para calmar mi dolor y sanar mi sufrimiento. Transitaba entre los imperativos de la ética y la necesidad de supervivencia. Ellos tenían todo el poder físico y yo, ¿qué tenía? ¿Tenía algo más que la certeza de que ellos no sabían nada de mí? Eso me permitía ser muy franco y convincente en lo que decía. O al menos eso pensaba. ¿Tendría acaso algo más que eso? ¿Qué podría ser? ¿Una postura ética y/o intelectual? ¿Era un poder esa postura? ¿Eran ellos en realidad seres inferiores y malvados, por lo que no podían sino actuar de la manera en que lo hacían? ¿Eran seres básicos mandados por otras personas, o actuaban de acuerdo a sus creencias y sentimientos? Así afloraba un torrente oculto que ponía en jaque mi estabilidad.

Yo, que vivía aferrado a mi coherencia, ahora la veía afectada. ¿Estas personas eran malas porque habían nacido malas o era la sociedad la que las había vuelto así? Era una pregunta que contribuía a la complicación del momento, pues esas eran precisamente las preocupaciones que estaban en el centro de mi formación profesional en filosofía y sociología. A pesar de lo que estaba ocurriendo, por principio, para mí los torturadores eran víctimas. Mi ideología me decía que eran víctimas del medio en que habían nacido, de su crianza, de su cultura, y por lo tanto, no eran ni responsables ni malos intrínsecamente.

Para mí, todos nacíamos iguales. Ese era mi discurso. Nacer iguales era una cuestión de la especie humana, independientemente de las condiciones de la cuna. Pero también éramos capaces de aprender: lo bueno y lo malo. Era un pensamiento que tenía que reforzar constantemente para mantener mi coherencia. En el conflicto interno lo que prevalecía era el principio ético: los torturadores se habían vuelto malos. Eran violadores de lesa humanidad.

Mucho más tarde esta forma de pensar recibió un duro golpe cuando supe que dos de mis compañeros de curso del colegio, que provenían de un medio cultural similar al mío y con

quienes compartí años de adolescencia, habían optado por ser miembros de la Dirección de Inteligencia Nacional, la famosa y siniestra Dina. No solo se enrolaron en ella, sino que ambos estuvieron involucrados en connotados magnicidios.

El terror

Mientras duró el periodo del tormento, siempre y por sobre todo, me mantuve concentrado y atento. No lo hice porque tuviera algún poder especial de atención y concentración. Es lo que me pasaba. Es algo que ocurre cuando uno está aterrorizado.

El terror en la tortura hace que se activen y se movilicen todos los recursos de los que disponemos. Hace que desaparezca lo superfluo, lo que puede distraer la mente, y que toda la energía se concentre en asegurar la supervivencia.

La intensidad emocional en que me encontraba activaba mis instintos de supervivencia. La diferencia de poder entre mis torturadores e interrogadores y yo —y más tarde entre mis guardias y yo— era tan grande que no podría haber hecho mucho más que concentrarme en sobrevivir. Hice lo único que podía hacer: intentar mantenerme alerta. Lo que me mantuvo lúcido, atento y con vida fue el terror. No me doy ningún mérito en esto, pues casi todo sucedió de manera automática. Si bien dirigí mi voluntad y mi atención a lo que ocurría, el estado de lucidez fue producto del terror.

Durante los interrogatorios me sentía en un estado de conciencia en el cual sabía que, si me desconcentraba, podría escapárseme una palabra o un nombre. Y si me hubiese pasado —me pedían nombres o direcciones—, algo en mí se habría roto, y ellos podrían haber continuado hurgando por esa rajadura, haciéndola cada vez más grande hasta destrozarme. Si perdía la concentración, yo mismo sería el causante de que se prolongara el tormento.

Sí, eso era. El terror y el miedo me sostenían. Era esa dimensión del miedo la que me daba fuerza, energía y exacerbaba la concentración. Era ese miedo que emana de la fragilidad y que, al mismo tiempo, fortalece. Ese que a uno lo agranda. Tal como hace el puercoespín que, cuando tiene miedo, levanta sus púas y agiganta su figura.

A pesar de que sacaba fuerzas de la fragilidad, el temor rondaba constantemente. En esos momentos lo que quería, sobre todo, era no estar allí. No quería estar tan desvalido y expuesto. Pero, ya se sabe, en esos casos no hay quien te proteja ni posibilidad de desaparecer. No hay nada que hacer. Uno está allí y no hay esperanza. Nadie vendrá a salvarte.

No obstante, y más allá de lo que pudiera pensarse, yo esperaba un milagro. Que algo ocurriera. Y aunque no tenía forma de provocarlo, me mantenía alerta. Lo curioso es que, de repente y para mi gran sorpresa, el milagro llegó. Lo hizo en silencio e inesperadamente, como todo lo que me ocurrió en adelante.

El vehículo del milagro fueron los guardias. Dos conversaciones abrieron una conciencia nueva en mí. Una de ellas fue un diálogo entre dos guardias que hablaban sobre lo que me había pasado. La otra fue la que inició un guardia conmigo después de uno de los interrogatorios.

Empecé a darme cuenta de que se hacían presentes dos energías que serían cruciales para mi supervivencia. Una respecto a mi cuerpo y mi personalidad, y otra respecto a mi mente.

El otro «yo»

Estuve mucho tiempo botado sobre las baldosas de una terraza que ardían por el sol del mediodía. Estaba herido, golpeado, asustado y adolorido. Recién había terminado un interrogatorio. Transpiraba de calor.

En esa situación me pasó lo que sucede a veces en medio de las tormentas. Cuando los relámpagos caen partiendo la atmósfera y rasgando el cielo, en un instante único de fricción, aparece la claridad en medio de esa apertura mágica. El espacio se fragmenta y todo se ilumina. Algo así sentí. En medio de la tormenta, con mi alma presta a partir, mi mente se fragmentó, dejó de seguir los patrones de pensamiento que habían configurado mi vida hasta ese entonces y apareció una nueva claridad.

Cerca de donde estaba tirado podía escuchar a los interrogadores que hablaban entre sí sobre lo que me había ocurrido recién en el cuarto del tormento. Lo hacían con la soltura con que se comenta un hecho cotidiano. Quizás a causa de su desenvoltura, al escucharlos me dio la impresión de que no hablaban de mí. Los escuchaba como si se refirieran a otra persona. Por cierto, me había sucedido a mí, pero también, de alguna manera, no era a mí a quien le había ocurrido. Ellos se referían a «ese». Y como eco, me encontré refiriéndome a mí mismo como si fuera otra persona. Como si yo fuera «ese». «Mira lo que le pasó a él», me descubrí diciéndome.

Yo hablaba sobre mí en primera persona y, también, en tercera persona. Esa fue la primera de las revelaciones de ese momento: darme cuenta de que podía ver lo que me sucedía desde afuera. Podía verme como si lo que acontecía le estuviese ocurriendo a otro Juan. Yo era yo, pero también me había transformado en otro. Un otro «yo». El solo hecho de hacerme una imagen de mí mismo funcionaba como un acto de magia simbólica, de transformismo, y me sacaba de «mí». De repente me di cuenta de que, además de ser un «yo», era al mismo tiempo un «él». Había pasado de estar en primera persona singular a estar, simultáneamente, en la tercera. Era sujeto y objeto a la vez.

Todo esto resultaba muy paradójico. Me había convertido en, al menos, dos personas. ¿Cuál era el yo verdadero? Estaba en una misma situación, pero estaba en «lugares» distintos dentro

de ella. Más bien era como estar en el mismo lugar, pero en espacios distintos. Había un yo que estaba sufriendo los embates y que reaccionaba frente a ellos. Y al mismo tiempo aparecía otro yo, más distante, igualmente perturbado pero no reactivo, más sutil, que observaba los acontecimientos.

Es decir, había un yo más pegado al cuerpo y otro más pegado a la psiquis. Eran distintos, aunque eran el mismo yo. Había visto mi cuerpo miles de veces en el espejo. Podía ver parte de mi cuerpo a simple vista: mis piernas, mis pies, y con algo de dificultad, mi torso y mis brazos. El yo del cuerpo era más vulnerable a los embates del entorno. De hecho, me veía tirado en la terraza caliente, sufriendo. Pero no tenía ninguna imagen del otro yo, del que estaba pegado a la psiquis. Sin embargo, ese yo en primera persona singular me parecía más íntimo, más interno, que el yo en tercera persona, ese cuerpo tirado en el suelo de una terraza tras una sesión de tortura.

En ocasiones, el más corporal de mis yo ocupaba casi todo el espacio de mi concentración. En otras, lo hacía el más mental. Cuando ocurrían eventos que concernían a lo físico dominaba el yo corporal y el interno se replegaba. Cuando la acción se volvía menos frenética, cuando lo que dominaba era una acción más psíquica, se imponía el más sutil. De una manera extraña, el yo en tercera persona me parecía ser una proyección del más sutil. Era como si hubiera generado una pantalla que finalmente lo que hacía era procurarme protección.

Ese yo más corporal, siendo igualmente yo, era un yo-allá. Era el que estaba afuera, en relación con el ambiente. En contacto con el piso duro y caliente, y que se sentía incómodo, acalorado y dolorido. El que estaba en contacto con el sol y transpiraba. El que comía y que se nutría del mundo exterior. El que recibía el castigo.

El yo más interno, en cambio, era más calmo, estaba menos en contacto con el exterior. Pero también, al mismo tiempo, estaba más cercano y menos separado. Lo que me pasaba era que,

al no tener una imagen del yo interno, este no tenía una forma determinada. Por lo tanto no tenía límites, y al no haber límites ni bordes, no me quedaba claro dónde comenzaba o terminaba.

Por una parte sufría el dolor del cuerpo, y por otro lado sufría al ver lo que me ocurría. Esto último no era un dolor físico, sino más bien la congoja del espectador. Era lo que surgía al observar lo que le pasaba a «ese» que estaba ahí tendido bajo el sol.

Fue así que me di cuenta de que podía tener dos focos de atención respecto de mí mismo. Al tratar de mantener ese estado noté que, a fuerza de mantenerlo, se iba desarrollando en mí una nueva capacidad. Una capacidad de bifocalizar. Me podía percibir en cuanto a lo externo y también en cuanto a lo interno. Percibirme en dos versiones casi simultáneamente. Una con la atención dirigida hacia la dimensión externa, y la otra con una atención dirigida hacia el interior.

Estaba desarrollando la capacidad de poder verme en dos versiones. Pero ¿qué significaba esto? ¿Que somos una unidad pero focalizada en dos partes? ¿O bien dos versiones de uno mismo con las que uno puede identificarse? No sé por cuánto tiempo estuve dándole vueltas a esto, pero no fue poco, y trataba de quedarme allí, porque la fascinación que me producía era un bálsamo para mis dolores.

Si eso era así, entonces puedo decir que mi yo exterior estaba en relación con el mundo exterior, que era reactivo hacia él. Interactuaba con él y lo incorporaba en forma de alimentos, impresiones y aire. Nutrición, contacto y respiración. Por eso debe ser que ese yo está en constante cambio, movido por la interacción, la reacción o la selección de rumbos por seguir. Siempre especializándose e incorporando impresiones. Ese es el yo que dibuja la personalidad. ¿Y qué pasa cuando, en otros contextos, incorporo otro tipo de experiencias? En ese caso, ese yo exterior dibuja otra personalidad, de manera que puedo tener muchos dibujos de mí mismo coexistiendo. Así, me di

cuenta de que es posible tener muchas personalidades. Muchos yoes.

Eso fue algo importante que aprendí del tormento. En situaciones extremas, las imágenes que constituyen los yoes de la personalidad se trizan y se desploman. No tienen mucho espesor. El tomar conciencia de que cada uno tiene muchos yoes me abrió un nuevo campo de posibilidades. Podía adoptar cualquiera de los yoes que quisiera. Esa posibilidad me sirvió como una pantalla para despistar a los interrogadores. Y me sirvió también para comprender que no podía basar mi identidad en la personalidad.

Cada yo sostiene una personalidad distinta. De manera que podemos tener varias personalidades. Tantas como imágenes tengamos de nosotros mismos. Soy un yo adentro y un yo afuera. Soy yo interno y varios yoes externos. El ser que yo soy tiene/es/soy/somos varios yo. En un texto antiguo, alguien decía *soy legión*.

Más allá del cuerpo

El dolor que se inflige en los interrogatorios genera extrañeza. Produce sensaciones de inmediatez y al mismo tiempo de distancia. A uno lo llama y también lo aleja. Con el dolor uno está allí pero a la vez está lejos, en otro plano. El dolor de la tortura es intenso, diferente del dolor lento y permanente de una enfermedad, como el cáncer. Es intenso e indescriptible. Es anterior al lenguaje.

Con la aplicación de la electricidad aparecía el dolor físico focalizado y agudo. Otras veces lo que sentía era algo más generalizado y difuso. También ocurría así con los golpes. Cuando las agresiones se volvían muy intensas retornaba al hecho de que solo podía estar allí, en mi yo, en mi capa externa. No podía pretender no estar, pues no había otra posibilidad. Podía

intentar pensar en otra cosa, sacar la mente de ese lugar, pero el dolor, cuando es muy fuerte, inevitablemente te trae de vuelta. Sin poder sustraerme de estar allí, no tenía otra alternativa que entregarme a él.

Sin embargo, algunas veces en los interrogatorios la mente lograba abrirse una ventana e instalar un palmo de separación. En esa situación el cuerpo estaba en el dolor, pero la otra parte estaba en el pensamiento y en la escucha. Escuchar lo que me decían y preguntaban, y pensar en ello. Esto no era algo fácil de hacer, pues los tiempos entre el escuchar y el pensar, el hablar y el escuchar, con los apremios, son muy cortos. No tenía tiempo para reflexionar. Se trataba de activar el estado de alerta para concentrar la atención en las palabras del interrogador. Escuchar lo que decía y pensar en la respuesta más adecuada simultáneamente.

En ese esfuerzo trataba de concentrarme en el pensamiento, en lo mental, y no en el cuerpo. Al hacerlo, de cierta manera, uno se separa del dolor. El dolor está allí, pero también uno está separado, está en otro lugar, escuchando y pensando. Aun en medio del espanto. Tratando de escuchar y pensar lo más calmada y claramente posible. El cuerpo se estremece, pero el pensamiento va más calmo. Dejar el cuerpo de lado y centrarse en el pensamiento se transformó en un imperativo, pues la supervivencia dependía en gran medida de mis respuestas.

De este aprendizaje surgió una nueva experiencia: empecé a desprenderme de mi cuerpo. Comenzó una especie de escisión, una separación. Mi cuerpo dejaba de ser yo. Tomé conciencia de que se trataba en efecto de mi cuerpo, pero al mismo tiempo no era yo. Mi cuerpo era la sensación del dolor; sin embargo, yo podía separarme de esa sensación. Podía decir «mi dolor» sin sentirlo, como si los umbrales de él hubieran sido superados o, más precisamente, separados. Era un acto de conciencia. Podía tomar distancia de lo que me producía el sistema nervioso.

Entraba así en un lugar interno, desde donde finalmente dejé de tener una relación personal con mi cuerpo. Dejé de identificarme con él. Lo que le estaba pasando a mi cuerpo le pasaba a mi cuerpo, pero no a mí. A la inversa del actor que actúa el sufrimiento sin estar sufriendo, mi cuerpo tenía dolor pero yo no lo tenía. El dolor le ocurría a esa cosa anexa a mi ser y, de alguna manera, comprendía que no me estaba pasando a mí.

Tenía entonces una experiencia muy diferente, que me llevaba a establecer un nuevo tipo de relación con mi cuerpo. Mi cuerpo era mi cuerpo, pero ya no era «yo»; pasó a ser únicamente el soporte de mi yo, que se vinculaba a mí mediante la sensación. Pero no se trataba de un sentir como el que viene de los sentidos. Era sensible pero no sensorial. Una sensación vibrante, como una energía vinculante que une dos partes diferentes.

No se trataba de un estado particular y excepcional, sino de algo que se puede hacer en la cotidianidad. Yo no tengo el don de desdoblamiento, pero sí pude desarrollar la conciencia de que, si lo deseo, puedo no identificarme con mi cuerpo. Es como mirarse al espejo y ver la propia imagen. Ver los detalles de la piel, el color del pelo, la forma de los ojos, etc., pero simultáneamente darse cuenta de que esa imagen en el espejo no es mi yo. Que es solo una imagen del cuerpo que tengo.

Después de un tiempo, ya podía identificarme con mi cuerpo cuando quería, y cuando no, desidentificarme de él. Este fue un gran descubrimiento. Por lo demás, no era algo muy difícil. Estaba a la mano y era solo cosa de practicar. Se trataba en el fondo de un ejercicio que me permitía verme desde afuera. Por ejemplo, podía tomar la postura de intelectual y de joven profesor universitario. Con solo pensarlo, mi cuerpo adoptaba esa actitud y postura. Había algo de cómico en eso. Técnicamente, aunque cumplía con todos los requisitos para ser nombrado un intelectual, no podía dejar de provocarme una —pequeña— sonrisa por la ridiculez que ello significaba en esos momentos. No tenía sentido hacer esa identificación.

La ridiculez y la lucidez venían juntas. Simultáneamente al pudor que me producía la identificación, me asombraba la lucidez y la capacidad que tiene la conciencia para distanciarse de las cualidades de los objetos con los que nos identificamos.

El identificarse y desidentificarse se convirtió en un juego personal. De hecho, la desidentificación no solo se hizo más normal, sino que mucho más interesante que la identificación. El cuerpo al que me aferraba comenzaba a soltarse. Todo en mí se despegaba. Me decía, si por una gangrena me amputan una mano —como le ocurrió a un compañero— allá se irá mi mano. Pero no me voy yo. Sigo aquí. Es como si me cortaran las uñas o el pelo, con la única diferencia de que la mano no volvería a crecer. El pelo que cae en el suelo de la peluquería no constituye mi identidad. Hay un momento en la vida en el cual, por pura identificación, uno quiere guardar un mechón. A veces se busca conservar el mechón de una persona amada. Pero no es una realidad, es solo una metáfora de la persona; es un símbolo, no es la persona.

De la misma manera, ninguno de mis órganos son personales. Ni mi estómago, mi corazón o mi hígado tienen una relación personal conmigo. Están en mi cuerpo y cumplen sus funciones, tal como lo hacen todos los estómagos, corazones o hígados. Aunque cada hígado es diferente de los otros hígados, ellos se parecen más entre sí que a mí. Aunque hable de «mis» órganos, en realidad no tengo una relación de identidad personal con ellos. Lo que tengo es un vínculo orgánico con ellos. Se trata de una relación meramente funcional.

Pensar

Por tercera vez estaba botado sobre la terraza caliente. En mi cabeza resonaban las frases del guardia: «Eso mismo te volverá a pasar si no nos dices la verdad. Así que piénsalo bien».

Entendí que pretendían angustiarme y someterme. Lo hacían a través del miedo y la amenaza. Estaba impactado por esas frases, ya que, evidentemente, no eran solo amenazas, sino un presagio de lo que me esperaba. No puedo negar que me aterrorizaron. De no haber estado angustiado, me habría puesto de inmediato a ordenar mis pensamientos para ver qué respuestas dar o qué palabras usar en caso de que me formularan preguntas más relevantes. Esa habría sido mi reacción natural. Pero estaba demasiado adolorido y aterrado como para pensar en las palabras que debía emplear.

Las frases del guardia se repetían en mi mente y me provocaban una especie de desquiciamiento mental. Me sentía perplejo. Y ahora, sin las herramientas y los códigos de los distintos lenguajes que me había esforzado por aprender en la universidad, extrañamente hallé una pista preciosa: lo que me ocurría era real. Sí. Pero no era toda mi realidad. Ese fue el momento en que mi comprensión de lo que somos los seres humanos se abrió a una nueva dimensión.

El guardia me amenazaba diciéndome que pensara en lo que me sucedería. A medida que me lo repetía mentalmente, me iba dando cuenta de que en lo dicho por el vigilante había una dimensión temporal. Por una parte estaba la referencia al futuro: lo que me ocurriría si tal o cual cosa. Pero, por otro lado, había la referencia al pasado: lo que me acababa de ocurrir: «Eso mismo te volverá a pasar si no nos dices la verdad. Así que piénsalo bien».

En lo que me decía había una extraña ligazón del futuro con el pasado. Pero en ese momento yo estaba tirado en el suelo caliente. Era lo que me estaba ocurriendo y me tenía a mal traer. No estaba en lo terrible que me acababa de pasar hace unos momentos. Tampoco estaba en la amenaza proyectada de lo que me ocurriría. En ese momento no me estaban aplicando electricidad ni nada. Así que ese personaje, el electrificado, aquel en cuyo cuerpo corría la electricidad, era alguien

del pasado. No era yo, porque yo estaba aquí, no electrificado. También era potencialmente alguien del futuro, pero no lo era aún, porque en este momento no estaba electrificado. Así que evidentemente debía mantenerme en el ahora, sin regresar al pasado ni avanzar al futuro.

Pero esa no era la única clave. Una manera de escapar del sufrimiento estaba asociada al pensamiento. Si quería salvarme, tenía que dejar de pensar. Cada vez que pensaba producía imágenes. Cuando eso ocurría, me sumía en el terror. El pensamiento podía producir imágenes terroríficas. Podía transformarse en un enemigo, en una amenaza aterradora.

El pensamiento venía de la oscuridad. Iba adquiriendo forma en base a la memoria. El pensar en lo que me había acontecido me daba mucho miedo y pena. Las palabras del guardia, a su vez, me incitaban a proyectarme al futuro. Esa proyección hacía que inevitablemente surgieran en mi memoria las imágenes del pasado como escenarios del futuro.

El solo hecho de pensar en lo que me podía pasar me daba miedo. Pero si dejaba de pensar, el miedo se iba. Ese fue un momento de gran claridad: podía reducir mi miedo dejando de pensar. Pero dejar el miedo no era fácil. Mi cuerpo me jugaba en contra. Estaba tirado, amarrado, temblando. El temblor me encogía y apretaba los músculos de los brazos y los hombros, y de ese modo la rigidez del cuerpo traía de vuelta el miedo. Aun así, ya tenía la fórmula para dejar de temer.

Sin embargo, todavía debía enfrentarme a mi mente, que por su cuenta estaba haciendo lo posible para que volviera a pensar y retomara las riendas de mi vida, tal como había sido hasta entonces. La fuerza del hábito me presionaba para que me entregara al pensamiento. Después de todo, ese había sido el principal mecanismo que había utilizado para estructurar mi existencia.

La emergencia de estos pensamientos me generaba un conflicto interno. En vez de ocuparme de mi entorno, mi atención se concentraba en la batalla que se libraba en mi interior. Por

un lado quería reducir el miedo y el sufrimiento, y por otro lado estaba mi máquina de hábitos internos obligándome a pensar; por un lado quería reducir el miedo y el sufrimiento, y por otro lado estaba mi cuerpo produciéndolos. A pesar de que estaba muy cansado, adolorido y sin energía, lo que iba ganando la batalla era mi necesidad de reducir el miedo y el sufrimiento asociado.

Estos descubrimientos tuvieron un gran impacto en mí. Como todos los occidentales, yo había sido educado en la idea del ser humano de los clásicos griegos, que posteriormente desarrolló Descartes. Aristóteles decía que los seres humanos somos distintos de los animales porque somos racionales. Es la tradición dualista que más tarde adoptó la Iglesia católica con Tomás de Aquino. Descartes señaló después *cogito ergo sum*, es decir, «pienso, luego existo». De manera que yo había estudiado una filosofía centrada en el pensamiento que comenzaba a desmoronarse. Ahora me daba cuenta de que el pensamiento, que era lo que me caracterizaba, no era precisamente la cualidad de un amigo. Era más bien la de un enemigo.

Ser hombre

Ya era de noche de nuevo. Después de la terraza, y aún maniatado, otra vez me dejaron tirado. Debo decir que seguía con miedo, pues el trasfondo de lo que ocurría estaba presente de manera constante, como lo está el rumor del océano cuando se está cerca del mar. Lo diferente era que a veces, sin motivo aparente, el miedo se activaba con mayor fuerza. Vivía con la amenaza latente de que algo terrible me podía pasar. Algunos de mis compañeros habían muerto. Estaba vivo por azar. No sabía por qué estaba vivo. No sabía por qué había nacido. Me había descuidado, me había relajado, y de repente, sin ningún estímulo externo, el miedo se volvía más intenso.

El miedo, la soledad, la calma, la angustia y otra vez el miedo. Son secuencias que aparecían. No sabía si venían desde mi cuerpo o desde mi psiquis, pero cuando ocurrían, toda mi mente se ponía en estado de alerta. Me asaltaban los pensamientos más dispares. Eran caóticos, sin coherencia ni contenido claro. Como en los sueños. Me sorprendí al darme cuenta de ello. Era como si existiera una matriz para todos los pensamientos. Un recipiente que se llenara de contenidos. Pero no solo de contenidos, sino también de emociones. Eso era algo nuevo, algo que desconocía. Hasta entonces, sin haber reflexionado mucho al respecto, había establecido que los pensamientos estaban en un lugar y las emociones en otro. Los pensamientos en el cerebro y las emociones en el corazón. Ahora todo estaba en todas partes.

Tenía miedo, mucho miedo. Necesitaba que alguien me acariciara, me consolara. Me decía que siempre había sido un hombre fuerte, pero más allá de esa memoria consoladora, sentía que requería cobijo, contención, que alguien me abrazara, que me dijera que todo estaba bien, que estaba a salvo. No obstante, en ese mismo instante, me rebelaba contra mí mismo. De mi mente salían inmediatamente las admoniciones de la cultura que habían generado en mí la imagen de lo que es un hombre: «No puedes desear eso, sé fuerte, eres un hombre. Déjate de sensiblerías, no puedes sentir lo que sientes, no puedes desear lo que deseas». La cultura me invadía con esas frases hechas. Sus voces requerían que fuera duro, insensible, bruto. Me asaltaban como si hubiese sido atacado por fantasmas en la oscuridad. De allí emergían. Era extraño, de hecho las escuchaba y, sin embargo, no había un sonido que las emitiera. Eran las frases insonoras de la cultura internalizada.

«Sé hombre.» Escuchaba esa frase y me daba ánimo, solo que ya no entendía bien lo que quería decir. No se trataba solo de apelar a la brutalidad a la que a veces se asocia a mi género: en el fondo de la cultura hay ecos de algo más profundo. Algo trascendente, algo resiliente. Escuchaba esas voces

insonoras que me daban ánimo. Y aunque no sabía desde qué lugar de dentro de mí venían, sí percibía que me daban fuerza. Luego se esfumaban y me abordaba el abatimiento, aunque al instante volvían a aparecer, nunca me abandonaban. Su energía me había dado un segundo impulso. Era como en la maratón: casi siempre aparece un segundo impulso cuando estás a punto de desfallecer.

Las admoniciones eran exhortaciones, llamados. Pero en ese momento de soledad y abandono, cuando estás solo contigo mismo y no hay que probarle nada a nadie, esas frases aparecen como preguntas y también como instrucciones de una especie de eterno masculino. Es como si, inconscientemente, se hubiese desinhibido en mí algún bloqueo. Es como si hubiera franqueado una frontera. Ahora que estaba más desnudo, mi fragilidad me era más evidente. Ahora que nadie me observaba, el poder reconocerme frágil me aliviaba. Me aliviaba ver que el hombre era fuerte pero también frágil. Fuerte en la medida en que recogiera su flaqueza. A pesar de la intranquilidad que ello me producía, también me causaba serenidad el reconocer que necesitaba la tibieza de otro cuerpo. Acepté que necesitaba cariño y consuelo. Pero estaba solo y no había nadie alrededor que me pudiera dar ese cariño y consuelo. Solo yo, desde mi propia oscuridad, podía dármelo.

De nuevo me asaltaban las frases hechas: «Recuerda, eres un hombre y no una mujer». (Cuán inocente era al pensar que la mujer es la débil y el hombre el fuerte.) Lo que sentía iba contra la idea cultural de mi propia naturaleza. Me reconocía con la exterioridad dura y, al mismo tiempo, la interioridad blanda. Hacia afuera duro, hacia adentro blando. Curiosamente, para ser fuerte necesitaba recibir ternura, aunque fuera la mía. Sin ternura era débil.

Me encontraba diciendo que para ser fuerte necesitaba amor. Que si no sentía amor, moría; que si no era amado, me debilitaba y moría. Vivía para ser amado. Pero, simultáneamente,

me decía que si vivía para ser amado, y era amado, también surgiría el miedo a que tal vez mañana no me amarían más, y ese pensamiento me causaba pena. Ese temor me mostraba que no se puede vivir pendiente del amor de otra persona. Vivir para ser amado, sin garantías de incondicionalidad, es desear un amor que no sirve.

No necesitaba ese amor. Me invadía un temblor terrible cuando me oía decir que no necesitaba ser amado. Caí en una profunda transformación psicológica. Era mi liberación. De lo que me liberaba era de la dependencia del amor de otra persona. Si el amor es lo que fortalece, en mi caso debía ser mi propia capacidad de amar, no la necesidad de recibirlo de otro. En ese momento me di cuenta de que mi fortaleza sería precisamente poder amar sin esperar ser amado. Fue el inicio de una relación profunda: dar y no esperar nada de vuelta. Eso es fortaleza. Si se espera algo, se vive en la carencia, en la miseria. Cuando no se espera nada, se acaba la necesidad. Pero cuando se da, se vive en la abundancia. Es un mecanismo. Si se necesita la energía del amor para ser fuerte, entonces lo que se tiene que hacer es dar amor.

Estaba envuelto en una imagen del hombre donde priman la independencia, la autonomía, la competencia y la habilidad física. Pero como también había leído y escrito sobre el feminismo de esa época, comprendía las inciertas y confusas narrativas acerca del «lado femenino» en la idea del hombre. Esa idea que se acoplaba con facilidad a las concepciones más sutiles del yin/yang, lingam/yoni, Adán/Eva, animus/anima y a tantos otros órdenes genéricos de la vida. Tenía claridad de que, si bien esas ideas eran esenciales, también tendría que hacer un trabajo más profundo para ver cómo esa esencialidad se expresaba en mi polaridad masculina particular. Intuía que las imágenes culturales, psicológicas y religiosas eran fundamentalmente etapas. Etapas que tendría que transitar si es que quería llegar a un lugar más profundo en mí.

A pesar del miedo, y a causa del mismo, tomé lo que me ocurría como si fuera una iniciación. Estaba seguro de que había algo más hondo en la masculinidad que lo que mostraban las versiones culturales, psicológicas y religiosas. Presentía que estaba aún por descubrir una energía masculina más creativa, más libre, más compasiva, más salvaje, más protectora, más aventurada, más conectada con la tierra y con el cosmos. Y para lograrlo necesitaba fuerza para recuperar y depurar elementos de lo erótico, de lo violento, de la ruptura, de la atención y de la concentración. Si tomaba lo que me ocurría como una iniciación, si lograba relacionarme de una manera distinta con el miedo, entonces de allí saldría un hombre diferente del que llegó.

Pero ¿qué tipo de hombre sería? ¿Cuál sería la marca de mi virilidad? ¿Cómo se iba a expresar la masculinidad en mí? Por su orden genérico, estas reflexiones invariablemente me conducían a otras preguntas: ¿qué sería de mi mujer? ¿Y de mis hijos? ¿Qué estaría ocurriendo con ellos?

Con esas imágenes, me invadía la tristeza. Era una sensación suave y profunda. A pesar de mi fortaleza reencontrada, me dejaba invadir por una nostalgia de dulzura.

La aflicción de la nostalgia hacía que continuara cayendo en la pena, una pena ya sin fondo, y que no tenía cómo detener. De pronto me daba cuenta de que era yo mismo el que alimentaba mi pena. Me sorprendía al comprenderlo. En mi diálogo me daba cuenta de que lo hacía para sentir que aún estaba vivo. Alimentaba mi pena y me alimentaba de mi pena. La tristeza en la que me encontraba me expandía. Por momentos me sentía bien con mi tristeza, todo en mí se relajaba y otra vez los bordes desaparecían. Mi tristeza me llevaba más allá de las limitaciones del mundo insulso. Aunque con ello se limpiara mi cuerpo, miraba con pena la flaqueza de mi masculinidad. En la aflicción sentía que se soltaban las rigideces de mi cuerpo, que las normas se diluían, que no había más racionalidad en mí. La

melancolía se transformaba en la energía que me permitía soportar, transitar y atravesar lo que me ocurría. Era la desolación que se dilataba, la angustia que se expandía y el miedo que me vitalizaba para no perder contacto con lo que acontecía. Pena y abandono al caer en un pozo profundo. Pura vida, miedo puro, tristeza pura, pena pura, vida pura, vibrante en el vacío oscuro. Podía seguir más abajo, hacia el sentimiento de la vida. Hacia el ser que tiene vida. Aunque allí no hubiera nada.

CAPÍTULO 2
CUATRO ÁLAMOS

Los sentidos

Después de mi tercera noche en la Escuela Militar llegué al centro de detención Cuatro Álamos, aunque en ese entonces no sabía adónde me habían llevado. Lo hice en calidad de incomunicado. Me habían vendado, golpeado y tenía las manos amarradas a mi espalda. Estaba entregado, con el corazón acongojado, y sentía mucho miedo. El miedo multiforme que me había seguido desde el primer momento aún estaba allí. Se me había pegado al cuerpo y me hacía caminar con lentitud y desconfianza.

A diferencia de lo que sucedió en la Escuela Militar, y también debido a lo que me había ocurrido en ese lugar, esta vez ya tenía alguna idea de lo que me podía pasar. Tenía la cabeza llena de pensamientos y palabras que se disparaban en forma caótica y amenazante: «Te van a poner electricidad», «dinos, ¿quién es tu jefe?», seguido de golpes y más golpes. «¿Dónde está tu jefe?», me preguntarían más adelante, y me volverían a patear. O, peor aún, «¡ahora sí sabemos quién eres!». Todo este caos era una indicación de que mi inconsciente había registrado lo que era estar incomunicado en un lugar de torturas.

Y el inconsciente, instintivamente, me devolvía el caos como un aviso de peligro.

Si hubiese tenido energía habría podido ubicarme en un lugar más al interior del cuerpo, o sea, más alejado del pensamiento. Esta actitud era la adecuada, pues me hubiese provocado menos angustia. Yo intuía que eso era lo que debía hacer: ya lo había aprendido en la Escuela Militar. Sin embargo, no lo hacía. La pasividad en la que me encontraba me había hecho renunciar a mí mismo. Las ideas caóticas me perturbaban y no me aportaban algo. Así que las dejé dispararse como fuegos de artificio, para que ojalá desaparecieran en la oscuridad de donde venían.

En cambio, mientras mi mente se hundía en la congoja, algo distinto ocurría con mi cuerpo: había adquirido autonomía y estaba funcionando como una antena. Mi cuerpo pasó a ser el dominante. Tenía la memoria de lo acontecido en la Escuela Militar grabada en los músculos. Mi cuerpo sabía y pensaba, pero lo hacía de manera distinta al pensamiento conceptual del lenguaje o la imagen. Era el saber de un pensamiento preconceptual, instintivo.

El estado de alerta en que estaba el cuerpo no venía del pensamiento, sino de la emocionalidad. Así, con distintas intensidades, el miedo iba a continuar siendo el trasfondo, la plataforma de todo lo que me ocurriera.

Precisamente porque tenía miedo, mis oídos estaban muy atentos. Como estaba vendado, pasaron a ocupar el papel que normalmente tienen los ojos. Veía por medio de mis oídos. Y como también estaba maniatado, veía por medio de mi capacidad de sentir y escuchar. Piel y oídos para observar, sobre todo, a esos personajes que estaban en las sombras: los pasos de los gendarmes, los tonos de voz, las inflexiones de las voces que daban las instrucciones. Y así también para sentir y ver las distancias y las proximidades. Tan fuerte es el fuego de la visión que la potencia de los otros sentidos se

desactiva. Por ello, cuando me apagaron la vista, mis otros sentidos se despertaron y se prendieron con fuerza. Con ellos vi de otra manera.

Observar desde la piel y el oído me permitió desarrollar la escucha. Esto me reveló un mundo distinto al que antes me mostraban los ojos. De partida, cambié de posición, y me volví más receptivo que proyectivo. Desde esta postura básica pude, sobre todo, acoger y abrirme a lo inesperado. El mundo de la escucha es distinto al que es revelado por el olfato, donde con más frecuencia se sale intencionadamente en búsqueda del aroma. A su vez, es distinto al del tacto, que es receptivo también, pero es más inmediato y cercano. El sabor también es diferente de los anteriores, porque es interno. Con cada sentido entonces uno descubre mundos diversos y nuevos; hay otras interpretaciones. En mí, el contacto con los sentidos estimuló el deseo de descubrir.

Dada la importancia de los sentidos en la creación de nuestros mundos, a veces pensamos que los únicos que existen son los creados por ellos. Cuando los ojos están abiertos vivimos principalmente en un mundo visual, lleno de imágenes. Cuando ellos no están, viene la oscuridad, y nos ponemos atentos y receptivos. Y asimismo nos volvemos activos. Es decir, activamos los mundos de los otros sentidos y vivimos en ellos. Pero hay otros mundos que visitar más allá —o más acá— que el de los sentidos. Los sentidos solo nos contactan con el mundo exterior. Tener la vista vendada, como yo en ese momento, no solo agudiza tus otros sentidos, sino que además entrega la ventaja de que tu mirada está oculta. Si no te ven los ojos, lo que ven es tu cuerpo, pero no tu alma.

Después de pasar por unos pasillos nos metieron a un cuarto. No sé si era mi cansancio o el hecho de estar muy metido en mi cuerpo, pero todo parecía ocurrir en cámara lenta. Podía percibir mejor así. De pronto, me ordenaron que me sentara en una silla. Me pude dar cuenta de que había una mesa y escuché

las voces de cuatro personas. Me senté y de inmediato empezó el primero de los interrogatorios en Cuatro Álamos.

Morir

Según supe después, esta vez el recinto no era de militares. Estaba a cargo de Carabineros, pero era la Dina la que mandaba. En ese interrogatorio se usaron las mismas técnicas que en la Escuela Militar, salvo que además se incluyó un simulacro. Aunque no fuera un simulacro de fusilamiento, fue algo tan terrible como eso.

Me sentaron en una silla, me pusieron un tubo de fierro en la boca y me pidieron que lo reconociera. Alguien lo empujaba hacia las paredes del paladar y con la lengua identifiqué el cañón de un revolver pequeño. Ahora me tocaría enfrentar la muerte, estaba seguro.

De hecho, me «invitaron» a jugar a la ruleta rusa. Una parte de mí se paralizó y, curiosamente, otra se activó. Me sentí como un desafiante Dimitri Karamazov y también —ya que estaba vendado— como un «ciego» Miguel Strogoff, el cosaco venido de las estepas. Parece ridículo haberme acordado de eso en un momento así, pero eran esas las fantasías que se me venían a la mente. Por unos instantes estaba en mundos paralelos, uno de peligros y otro de regresiones, y todo a través de imágenes que provenían de los libros que había leído cuando niño. Ahora que lo pienso, resulta curioso que algunos de los interrogatorios en la Escuela Militar hayan sido dirigidos por el entonces capitán Miguel Krassnoff Martchenko, quien fue el hijo de uno de esos cosacos de las estepas.

Era un revólver de seis balas. Recuerdo que hubo cuatro gatillazos. Cuatro veces cerré los ojos detrás de las vendas. Cuatro veces los ojos se me volcaron hacia atrás, hacia el infinito. Cuatro inspiraciones que me llevaron al vacío, cada

una empujando más allá de los límites del infinito, cada vez más lejos. La bala no salía, pero en ese instante pensé que eso debía sentirse al recibir un balazo. Suelen decir que el balazo mismo no duele. Si la bala atraviesa el cerebro, todo se apaga simplemente. Pero en cambio sí percibí la extrañeza de tener que irme de este mundo, que era el único que conocía.

La muerte golpeaba mi puerta después de haber vivido treinta y un años. Me parecía una cantidad de años simbólica. Mis padres eran de los que pensaban que a esa edad ya se ha vivido una vida entera. Es posible, pero yo quería seguir viviendo. Existencialmente en todo esto había algo terrible. Estaba ante un viaje hacia la desintegración, hacia la oscuridad.

En esos momentos, que fueron breves, emergieron muchos pensamientos y recuerdos.

Yo me había dedicado a buscar el conocimiento de la verdad. Eso era lo que me importaba y por eso había estudiado filosofía. Sin embargo, ahora me daba cuenta de que estaba llegando al término de mi vida y, finalmente, no sabía casi nada de nada. Me dio lástima: en esas condiciones de ignorancia emprendería el viaje a lo desconocido. No había logrado la sabiduría, no sabía nada de la práctica del morir, la que enseñaron Sócrates y tantos otros antes y después de él. Si temía tanto a la muerte era por el miedo a transformarme en nada. A desaparecer y disolverme en la nada. Ya sabía que el cuerpo material se descompone y deja de ser lo que ha sido, así que no me hacía ilusiones por ese lado. ¿Habría algo en mí que sobreviviría? ¿O al morirme todo terminaba? ¿Si se acababa mi conciencia, quedaría algo de mí? ¿O es que soy (somos) solo polvo? Y más allá de ese polvo, ¿habrá vida? ¿Quedará algo?

De lo que estaba más o menos seguro era de que la vida, tal como la conocía, estaba a punto de terminar en este instante. Enfrentar la muerte me trajo a la mente las conversaciones con mi primer gran maestro, John Dunne. Con frecuencia él nos preguntaba nuestro parecer. Wittgenstein —nos decía

Dunne— pensaba que la vida no tiene fin, porque no se ve su fin; es como nuestro campo visual que no tiene límites. La muerte no es una experiencia de la vida sino de la muerte, pues uno no sobrevive a la experiencia de la muerte. Según Wittgenstein, no hay una vida después de la muerte, por eso decía que la muerte es un hecho de la muerte. ¡Qué poderoso me parecía de nuevo el pensamiento! Al parecer la idea que uno se hiciera de la vida o la muerte determinaba todo.

Mis preguntas relacionadas con las conversaciones con Dunne se sucedían. «¿Qué es la muerte? ¿Cuál es la naturaleza de la muerte? ¿Es la muerte un hecho de la vida o un hecho de la muerte? ¿Es la muerte el fin de la vida?» Lo que ahora emergía con claridad era que la esencia de la muerte es la despedida, el desapego, el abandono de todo. Y eso también significaba abandonar la pretensión de sentido. La muerte es el fin, donde nada tiene sentido y por lo tanto no hay nada que justificar. No hay juicio final ni confesión. Todo es solo lo que es. El abandono del bien y del mal, del pasado y del futuro.

Venido de otro registro, de repente apareció en mi mente el mensaje de sabiduría de los «Niños» de María Sabina, la curandera mexicana que así llamaba a los hongos alucinógenos, en la voz de los Beatles... «*Let it be, let it be.* Deja que así sea. *Let it be.* Deja que aparezca el ser.»

La muerte nos muestra las cosas tal como son. Lo primero que nos revela, y creo que lo más importante, es que el ser que enfrenta la muerte toma conciencia de sí. El ser viene pegado a la muerte y ante ella adquiere su expresión máxima. La conciencia del ser es el reverso de la conciencia de la muerte.

La muerte también nos enseña el desapego, y viceversa. Si practicamos el desapego, practicamos el morir. Si practicamos el morir, despertamos la conciencia del ser. Entonces, la práctica del desapego es también la práctica del ser, la que permite que emerja una mayor conciencia.

Esta fue otra revelación que tuvo una gran importancia en todo lo que seguiría viviendo. El darme cuenta de que despedirme, desapegarme y abandonarme a la muerte era lo que permitiría que emergiera el ser, me produjo una especie de tranquilidad activa e impactó fuertemente mi psiquis. Todo abandono, a fin de cuentas, era permitir la expresión consciente de la vida independientemente de lo que aconteciera.

Practicar el desapego no quiere decir desinteresarse por lo que ocurre, ni tampoco negarlo. Es todo lo contrario. Implica entregarse a lo que sucede, pero con una actitud diferente, sin la neurosis ni la angustia con que a veces lo hacemos. Lo que cambia es la actitud y, por lo tanto, el impacto es diferente. Significa permitir que la realidad nos llegue sin negarla. Si estoy poco desapegado —o muy apegado— voy a tender a escaparme y negar lo que ocurre. Si estoy más desapegado, la probabilidad de la negación es menor. Y si estoy totalmente desapegado, no existe negación, lo que hay es aceptación total. Así, por el camino del desapego viene la apertura a mayores dimensiones de la realidad. Por el camino del abandono, la conciencia se puede manifestar con mayor claridad.

Pareciera como si la conciencia tuviera la capacidad de desplegarse y elevarse con mayor fuerza cuando hay desapego, cuando se está en la receptividad y en la no actividad. Pero también, vale la pena notarlo, la receptividad no es pasiva, en ella está integrado un cierto tipo de actividad. Es sensible y vibrante, pues es allí, en la receptividad activa, donde se puede captar lo desconocido. El no hacer es lo que posibilita que el mundo se manifieste en nosotros. Esa es la actitud del escuchar. Así como de la oscuridad emerge la luz, en el abandono a la muerte emerge la vida.

Lo que ocurre con la muerte es que con ella llega el fin del tiempo. Desaparece el tiempo. La muerte es atemporal. Y para nosotros, seres temporales, la atemporalidad es otra manera de decir eternidad. Por eso, de la muerte nos impacta aquella

dimensión que es lo contrario a nuestra experiencia cotidiana: la expresión de lo eterno.

La ruleta rusa fue entonces una experiencia de muerte. Si uno no sabe que se trata de un simulacro, la muerte se deja ver. El fin de la vida aparece en el horizonte del campo experiencial. Esta experiencia me cambió la manera de estar en el mundo. Estaba seguro de que moriría, y como estaba maniatado, no tenía otra alternativa que abandonarme a dicha experiencia. Sin poder hacer otra cosa, lo hice sin resistencia. Me abrí a la muerte, y esta se hizo presente. No morí, pero comprendí a qué se refieren cuando se dice que la vida es el vivir hacia la muerte.

Hay muchas creencias y narraciones antiguas del viaje que ocurre después de morir. Grandes libros —egipcios, cristianos, islámicos, tibetanos— narran estos eventos. Pero siempre me pareció que esos textos, más que darnos información acerca de la muerte, tienen que ver con disminuir la pena que produce la partida de los seres queridos y, con respecto a uno mismo, nos ayudan a escapar del miedo de dejar de existir.

A pesar del miedo que tenía, logré ver las cosas de otra manera. La sensación que se tiene en una situación límite, como la de la ruleta rusa, es que uno está dejando de vivir. Pero no se sabe qué es morir, pues no se ha pasado por ese trance. Por eso, en realidad, la experiencia, más que de la muerte propiamente tal, es la experiencia del límite de la vida. La de haber llegado a un borde de la conciencia después del cual esta desaparece.

En la vida de todos los días, en especial en nuestra cultura, uno no ve la muerte como una experiencia personal. Sabemos de guerras, de asesinatos, de imágenes impactantes, pero se trata de la muerte real o imaginada de otras personas. Sin embargo, lo cierto es que nuestra vida es un camino hacia la muerte. Prácticamente todas las civilizaciones se organizaron en torno a esta certeza. Todos sabemos que vamos a morir, aunque ese evento no esté en nuestro horizonte personal. El simulacro me

reveló que la vida, tal como la conocía, puede irse, y que la muerte se vuelve inminente.

Ante el simulacro, y al no caer muerto, lo que me ocurrió fue que se me apareció la vida. Esa experiencia cambió mi sensibilidad. No fue una muerte real, en el sentido de haber exhalado el último aliento y dejar de respirar. Recuerdo que, ante el cuarto gatillazo, lo que hice fue mantenerme en la apnea. No solté el aire. Antes había visto que cuando una persona agoniza, al morir suelta el último aliento. Cuando esto ocurre, la persona ya está muerta.

Mi cuerpo tiritaba desde el cuello hacia abajo. Y desde el cuello hacia arriba estaba tranquilo, abandonado y atento, esperando el nuevo gatillazo y el sonido de la bala. El viaje al infinito se profundizaba cada vez más, a la espera de la bala final. No podía hacer otra cosa que entregarme a la muerte de la misma manera como uno se entrega al sueño, en el abandono de la conciencia. Pero también, en la receptividad en que me encontraba, estaba consciente de que estaba en el momento esencial de la vida, en el instante solemne en que se está entre la vida y la muerte.

Al enfrentar la muerte sentí una gran soledad. Esa instancia en la que no queda nada más que uno mismo, en la que a pesar de estar rodeado se está solo.

El aliento contenido alertó mi mente, pues se me acababa el flujo del oxígeno y se aproximaba el fin. No quedaba más que entregarse al instante efímero de la vida.

Vivir

No hubo un quinto intento y no hubo muerte.

Me dejaron tirado en un rincón de la sala, jadeando, y supuse que la sesión había terminado. Entre la vida y la muerte, prevaleció la vida.

De la oscuridad en la que me encontraba en Cuatro Álamos apareció de pronto la luz. Estaba aún vivo. Darme cuenta de ello hizo disminuir la tensión en que me hallaba. Me volví más sensible y, a su vez, todo se volvió más real. Comprendí entonces que la vida no era una idea ni el resultado de una consigna. Ahora era claramente una experiencia. Con esta nueva sensibilidad, la situación en que estaba inmerso perdió importancia y el contexto externo desapareció. ¿Oía voces? Sí, ciertamente las oía. ¿Estaba atento? Sí, por cierto. Pero todo ello estaba opacado, ya que para mí lo que contaba era que estaba vivo. Casi por reflejo, me sumergí en un mantra murmurante: «Estoy vivo, hay vida en mí». Pero luego comprendí que entraba en un instante más íntimo, en el cual ya no tenía la necesidad de decirme «tengo vida». Así que dejé de hablarme para solo presentir y sentir que «la vida me tiene».

Al experimentar, como yo lo hice, la sensación de que uno no es el que tiene vida, sino que la vida lo tiene a uno, todo se ordena. Es como estar frente a un milagro personal. Ante una inmensa montaña áurea. Y en ese momento de felicidad, uno no le pide nada a la vida.

Puede parecer extraño hablar de felicidad en la situación en que me encontraba, pero estar sometido a tantas limitaciones me permitió evitar la dispersión y centrarme en lo más básico. Sin pérdida de energía, y sin la fuga a lo disperso, me fue posible ver lo que había en ese pozo sin fondo en el que me hallaba.

Lo que encontré allí fue vitalidad, conciencia y riqueza inconmensurable. La posibilidad de experimentar, aunque fuera por un instante, que la vida a uno lo sostiene, me dejó en un lugar diferente. En la cotidianidad vivimos en un marco de espacio-tiempo en el que estar con vida nos parece normal y hasta banal. En ese instante, este marco desapareció. Y en su lugar surgió la sensación de milagro y de enormidad que viene directamente del corazón. Es como una lágrima que corre por nuestra mejilla. No viene de la mente ni en el código del

pensamiento, sino que a través de una clave de emoción. Solo la emoción es lo profundo, nuestro estado natural.

Todos estamos sostenidos por la vida. Aunque cuando funcionamos cotidianamente no lo hacemos como si estuviéramos vivos. Lo hacemos como si estuviésemos muertos. Pasamos buena parte de nuestras vidas haciendo las cosas mecánicamente, hundidos en nuestra inconsciencia avasalladora. Tanto es así que son pocas las veces en que nos damos cuenta de la vida. Funcionar en la inconsciencia nos deshumaniza.

Ante esos momentos de conciencia vital, el resto pierde valor. Ningún relato se compara con el impacto que me produjo constatar que estaba vivo. Más vivo de lo que jamás había estado y de lo que jamás estuve. Tener la sensación inequívoca —extraña pero clara— de la conciencia de estar sostenido por la vida fue un milagro reactuado. No el milagro de haber sobrevivido a lo que esas personas hacían conmigo, puesto que la experiencia del simulacro fue en el abandono. Este era otro tipo de milagro: estaba sorprendido de que existiera la vida y de que yo fuera parte de ella. Me volví consciente de que el verdadero milagro era que existiera la vida.

En ese instante de eternidad, las personas que me rodeaban eran solo parte del contexto. Eran agresores, sí, pero también los que me permitieron comprender la importancia de la vida. Y no como un conocimiento gradual, sino que en un acto instantáneo. Estoy vivo. Estaba vivo. Estaba sostenido por la vida.

Estar sostenido por la vida, ser parte del flujo de la vida, es sentir algo propio de uno. Pero también es sentirse como una partícula de algo que es mucho, pero mucho más que uno. Es tocar lo más íntimo y, al mismo tiempo, es algo fundamentalmente impersonal. Si yo me digo «tengo vida», hago de eso algo personal. Pero si no tengo la necesidad de decirlo, solo escucho que estoy sostenido por la vida, voy más allá. Es sentirse ligado a lo vital. Sentir el flujo vital, sentir esa energía vital, es sentir en uno lo impersonal.

Entonces pude empezar a observar con asombro el hecho de mi propia experiencia. Darme cuenta de que algo se hacía presente y se me revelaba. Que de a poco se manifestaban claves de lo que era mi vida. No solo la vida impersonal, sino también el reverso de esa moneda: la vida en mi envase personal. Mi historia. No lo que había deseado, no lo que había soñado ni lo que había pensado o imaginado. Era la observación de cómo se había desenvuelto la vida en mí: no «la» vida, sino «mi» vida. Esa fue una experiencia liberadora. Yo era personalmente responsable de mi vida, de las cosas que decidía en ella. Pero, por otro lado, había una parte impersonal infinita e inconmensurablemente mayor, que me liberaba de mi cáscara personal y de sus pequeñas responsabilidades. Era una experiencia de expansión y libertad.

No dejaba de asombrarme: externamente no tenía la posibilidad de ser libre, pero sí podía hacerlo internamente. Podía tratar de funcionar de una manera tal que mi libertad interna no dependiera de la externa. Se trataba de explorar mi relación con los eventos externos: intentar vivir sin depender de estos. Pero no negando su existencia, pues tenía conciencia de que los eventos en nuestro mundo son inevitables y uno tiene poco control sobre ellos. Y precisamente por eso es que buscaba una manera de independizarme de esos eventos externos, aun cuando estuvieran presentes en mí y yo en ellos. No lo sabía en ese momento, pero este estado de independencia me ofrecía —como regalo— el viaje hacia mi interior.

Estaba cansado y aún vendado. Ya no quería pensar más. No quería esperar ni imaginar nada. Solo deseaba guardar mis fuerzas para estar atento a lo que ocurriera. De pronto, dos pares de brazos me pusieron de pie. Naturalmente, no podía ni caminar. Solo podría mantener el contacto conmigo mismo. Si bien no tenía ningún control de lo externo, sí podía intentar controlar lo que me pasaba internamente. Lo que me ocurriera era independiente de mí. Es como cuando se pone a llover de repente y, simplemente, nos mojamos.

Al salir de la sala del interrogatorio me sacaron las vendas y por un rabillo del ojo pude distinguir algunas formas. Me condujeron por un corredor. Era de noche y estaba oscuro. De la nada se delineó ante nosotros la figura de una mujer morena, de cabello largo y crespo, y ojos negros que destellaban en la oscuridad. La mujer había salido, cabizbaja, de un retrete sin puerta. Cuán impropio me suena recordarlo, pero debo decir que, como parte de la experiencia natural e impersonal, el deseo sexual se despertó en mí con una potencia inesperada. Maltratado, asustado y adolorido, me cargué de repente de energía sexual. Apenas la mujer volvió a la oscuridad, el impulso sexual se fue con la misma fuerza y velocidad con que me llegó y no volvió a aparecer hasta que salí en libre plática y dejé de estar incomunicado y con paradero desconocido.

El ángel

Los guardias me condujeron unos pocos pasos más al interior del corredor. Nos detuvimos. Después me introdujeron en una celda, cerraron la puerta detrás de mí y se fueron. No había luz, pero como mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, pude hacerme una composición del lugar: al fondo había una ventana con rejas. Más allá de la ventana, un espacio y un muro; detrás de mí, la puerta; a los lados, muros grisáceos y, apoyadas en un costado, un par de literas; bajo mis pies, baldosas rojizas. Sentí el frío de la noche que entraba por la ventana, los muros de cemento, el piso, mi piel helada. Mi cuerpo no cesaba de temblar. No sabía qué esperar.

Luego de unos instantes oí la voz de otra persona. No estaba solo, había un prisionero. Estaba sentado en el piso y apoyado en el muro del fondo. Parecía tranquilo, aliviado de que los guardias hubiesen ido para dejar a alguien y no para buscarlo a él. Con mi presencia acabaría su aislamiento.

Fue un ángel para mí. Me acogió y me habló. Yo venía aún poseído por las experiencias que me habían ocurrido recién. Su conversación me contuvo y me ayudó a entender cómo funcionaban las cosas allí. No recuerdo el inicio de la conversación, pero hablamos tres días y tres noches casi sin parar, como si fuéramos a desaparecer al instante siguiente. De nuestra larga conversación surgió una amistad que mantuve férreamente sólida a pesar de todas las acusaciones que le hicieron posteriormente.

Él había sido miembro del GAP, el «grupo de amigos personales» del presidente Allende. O sea, se trataba de uno de sus guardaespaldas, su círculo de protección, los que estaban dispuestos a dar la vida por él. Le decían el Gapito, pues había sido el miembro más joven de aquel grupo. Tenía apenas veinte años.

Ambos parecíamos estar sedientos de saber más. Él estaba al corriente de tantas cosas de un mundo que yo desconocía, y yo de otro que él ignoraba. Pero yo estaba más sediento que él, pues en nuestra relación yo era el intelectual, el de los estudios universitarios, el conocimiento conceptual y las ideas. Pero las ideas son solo ideas, no vivencias. Él tenía un conocimiento más útil para sobrevivir en Cuatro Álamos. Me enseñó acerca del mundo de la inteligencia y de la contrainteligencia armada. Me instruyó acerca de las rutinas de los servicios de inteligencia militar y de los centros de torturas por dentro. También sobre el tormento de los otros. Vivimos momentos de intercambios excepcionales. Nuestra amistad asentó sus raíces en medio del miedo y la vulnerabilidad.

En la celda teníamos poco espacio. Los muros eran un límite muy claro. Solo podíamos dar algunos pasos, a lo más tres o cuatro. Caminar de ida y de vuelta me hacía más patente la sensación angustiante de los límites. No era fácil estar allí. Después de todo, se trataba de una prisión. Pero el reconocer la falta de alternativa empezó a apaciguarme. Me imagino que podría haber tenido otra reacción, tal vez rebelarme o hasta

intentar quitarme la vida. Pero creo que no se me cruzó por la mente. Tenía aún muy cercanas las experiencias tormentosas para haber reaccionado de esa manera.

El miedo a caer preso había terminado. Ese era un miedo ansioso, de algo que uno sabe que va a venir, pero no cuándo ni cómo. Tenía amigos que habían caído presos y desaparecieron para siempre. Otros, una vez liberados, se fueron del país. Yo sabía que alguna vez me tocaría a mí. El saber que en algún momento indeterminado iba a caer preso me había generado una angustia para la que nunca logré prepararme psíquicamente. Ahora sentía un miedo de otro tipo, pero esa incertidumbre había desaparecido.

Estar preso es una forma de vida. Se desarrollan culturas que la regulan, aunque no son las que uno podría esperar. Uno se equivoca en cuanto a las formas de vida que va a encontrar, hasta que se encuentra en ellas. Lo primero que uno hace es reconocer la situación en que uno está. Esto obliga a conocer y adaptarse a la cultura del preso, que tiene sus propios códigos, ritmos, ritos y formas de relacionarse.

En los campos de concentración —adonde me derivaron después de Cuatro Álamos— esta cultura era mucho más visible y evidente, pues los límites eran más amplios y había más movilidad. Por ello, las normas de convivencia se podían hacer más explícitas. Por ejemplo, en los campos de concentración los prisioneros estaban agrupados en casas, que terminaban transformándose en hogares, dentro de los cuales se constituían familias. Las diferencias de edad hacían que las personas se ubicaran en los roles de padres, hijos, hermanos o tíos. Las exigencias de la vida en común requerían de una división del trabajo que generaba roles como en cualquier familia.

Durante mi estadía en el campo de concentración llamado Melinka, en Puchuncaví, hice una encuesta —clandestina— para saber quiénes estábamos allí. La mayoría éramos profesionales. Y había muchos profesores universitarios de renombre.

Así que creamos una universidad. Estábamos muy contentos de poder compartir nuestros conocimientos. Melinka estaba a cargo de la Armada y el prestigio que alcanzó nuestra universidad hizo que incluso los marinos instalaran a sus guardias cerca de nuestras clases para escuchar. Por el nivel de los docentes y por su calidad moral, en ese momento esa era probablemente la mejor universidad del país. Así que en los campos de concentración se desarrolló una cultura de presos clara, compleja y estructurada.

De la misma manera, en los calabozos donde se encontraban los presos incomunicados también existía una cultura. Aunque el espacio fuese muy reducido, había reglas de convivencia implícitas que no se discutían. Era un lugar donde prevalecía el respeto.

En la celda, la limitación de los espacios hace que la relación con los otros cambie. En la estrechez las proximidades se vuelven más intensas. Unidas a las condiciones psicológicas de los presos, podría esperarse que las relaciones fueran más irritables y abiertas al conflicto. Pero entre nosotros no era así. Creo que las consecuencias posibles de un conflicto en ese lugar nos conminaban a que las relaciones fueran cuidadosas. Tanto para evitar el conflicto como también por la desconfianza. Desconfianza hacia el otro, ya que uno no sabía si era en realidad un preso, un infiltrado o un sapo.

En la celda prevalecían la soledad y la oscuridad. La proximidad física era solo una ilusión de cercanía. Pero la realidad era otra; el ensimismamiento en el que frecuentemente caíamos instalaba una lejanía casi insalvable entre nosotros. Un milímetro podía transformarse en una distancia infinita.

Meditar

Me di cuenta de que había que hacer algo para reducir el miedo y no producir tensiones innecesarias. La solución era que

con mi compañero no nos moviéramos mucho. De todas maneras, no podíamos hacerlo por la limitación que nos imponía el estar en un espacio tan pequeño.

En principio esto era un problema para mí, puesto que siempre fui inquieto. En cualquier lugar muy pronto me entraba una picazón y me daban ganas de estar en otro. No sé si era hiperkinesia, aunque en ese tiempo no se usara esa palabra. Para mi sorpresa, la disyuntiva de quedarme en un espacio tan reducido, sin poder ir a ninguna parte, fue un desafío que no resultó muy difícil. Detesto los límites, pero debí aprender que cuando ellos están allí, inamovibles, no me queda otra alternativa que asumirlos. Incluso fue una especie de alivio.

No movernos de motu propio era ya, en sí, un acto de autonomía. De allí a ponerse a meditar no había mucho trecho, así que no tardé en decidirme a reaprender esta técnica. Para mí meditar significaba no moverme. Y más allá del acto de independencia de poder decidir esto, hacerlo me produjo una sensación de libertad. El otro paso, estar inmóvil y con los ojos cerrados, me introdujo en un mundo sin límites.

Por muchas razones, pero en especial por la libertad que me daba, en ese tiempo medité mucho. Descubrí que la meditación me daba seguridad. Cuando lo hacía se distendía mi cuerpo, la toxicidad que me rodeaba se disolvía, me limpiaba, y entraba en un estado de paz conmigo.

Estuvimos solos con el Gapito durante varios días. Entre nosotros siempre fuimos muy mesurados. Como no había mucho que hacer, ocupábamos el tiempo conversando y meditando. Hicimos mucho ambas cosas.

Cuando niño fui a un colegio católico y allí aprendí a meditar como lo hacen los católicos: pensando y reflexionando. Pero en Cuatro Álamos, con el Gapito, aprendí otra forma de meditación. Él había tenido un instructor de artes marciales vietnamita que le había enseñado kárate y el uso de armas en la tradición oriental, pero también le enseñó a meditar. Este

instructor había muerto después del golpe de Estado en Chile. Como un guerrero experimentado, comprendió que no tenía escapatoria. Sabía que lo iban a detener y, dada su condición, iba a ser torturado hasta morir. Así que se sentó a meditar, y así esperó a sus captores y su muerte.

Esta historia me tocó profundamente, pues se relacionaba con mi reciente experiencia con la muerte, si bien había ocurrido de forma independiente a mi voluntad. No había sido una experiencia consciente como la del vietnamita. Mi visión había sido parcial, pero ahora podía ampliarla. Había comprendido que practicar el desapego era practicar la muerte, pero ahora, el ejemplo del instructor vietnamita hacía que la secuencia fuera más rica. Comprendí que practicar la meditación es practicar el desapego, y practicar el desapego es practicar el morir.

En ese lugar de dolor que era la celda, gracias a las enseñanzas del Gapito, con facilidad podíamos practicar la meditación, el desapego y entrar en un océano de paz. Fue algo afortunado, pues muchos años después, con mi esposa, también tuvimos un venerable maestro vietnamita, Thich Nhat Hanh, quien nos mostró otras facetas profundas de la meditación zen.

En mi juventud católica había que pensar y reflexionar sobre textos sagrados, y sobre los comentarios de esos textos. Ahora esa forma de meditar me parece extraña, pues en ella no se busca el silencio, la vibración, la experiencia o simplemente abandonarse a la nada. Se trata de reflexionar, y era exactamente lo contrario de lo que estaba haciendo ahora. Además, ya había aprendido a desconfiar del pensamiento.

Mi iniciación en la práctica de la meditación no pensante fue en Cuatro Álamos. Por muy incipiente y rudimentaria que fueran la enseñanza y la práctica en esa ocasión, me pareció algo maravilloso. Por mi experiencia en la terraza de la Escuela Militar había comprendido que, si bien el pensar era una facultad que a veces podía ser extremadamente útil, también podía transformarse en un enemigo. Por eso, encontrar una práctica

que me ayudara a quebrar mi hábito de estar constante y obsesivamente pensando, era por cierto un regalo, y hacerlo fue una experiencia que me liberó de mis apegos y codicias. Meditar era practicar la liberación de la obsesión con que pensaba las cosas. Practicar y practicar para dejar de pensar, para que poco a poco se fuera tranquilizando el movimiento constante de mi mente.

Con la práctica me volví más silencioso y también más atento. Fue notable observar cómo el pensamiento empezaba a perder su poder sobre mí y cómo a su vez empezaba a escuchar. El movimiento constante y el desasosiego propio del pensar no dejan escuchar. Las palabras y las imágenes ocupan el espacio mental e impiden hacerlo. Las palabras de la mente exigen que les prestemos atención y que las escuchemos solo a ellas. Meditar me permitía observar cómo se calma la mente y cómo empiezan a desaparecer sus contenidos, sus ficciones, sus imágenes, sus formas. Verlas de la misma manera como se disuelve una nubecilla matinal ante el calor del sol, suavemente, sutilmente, hasta que no queda ninguna traza.

Entrar en el silencio de la meditación para ingresar en el presente. Sin los conceptos del pasado ni los del futuro. Sin expectativas, sin intención, sin obsesión, sin memoria, sin esperanza, sin referencia. Sin nada que nos atrape. Todo eso es una trampa. Si busco algo, solo aparecerá una proyección. Si estoy obsesionado, será el pensamiento que me conducirá adonde él quiera. Si me apoyo en la memoria solo encontraré lo ya encontrado y quedaré atrapado en el pasado. Esto no hacía otra cosa que reafirmar y profundizar el hallazgo acerca del pensamiento que me ocurrió en la Escuela Militar.

La meditación me permitía estar conmigo, en mi intimidad, en cualquier instante.

Después de un tiempo, con mi nuevo amigo empezamos a conversar menos. No es que se nos hubieran acabado los temas. Teníamos todavía mucho sobre lo que hablar. Pero, de alguna

manera, las palabras nos empezaron a parecer anecdóticas, dichas como para pasar el tiempo e intercambiar informaciones que no nos eran necesarias ni útiles. Aun cuando tuviéramos mucho que decirnos, dada la diferencia de los mundos de los cuales proveníamos, las conversaciones empezaron a parecernos intrascendentes. La función terapéutica que a veces tiene la palabra, en este caso, ya no tenía mucho sentido entre nosotros. Al parecer, la sanación mutua que nos habíamos brindado había completado su ciclo. En vez de conversar más, ahora lo hacíamos menos y nos comunicábamos mejor, sin necesidad de recurrir a las palabras. A pesar de la distancia insalvable, habíamos establecido una relación interpersonal.

También ejercitábamos el físico. Hacíamos ejercicios para mantener el cuerpo lo más sano posible. Queríamos ayudar al cuerpo para que se mantuviera saludable. Ejercicios simples, básicos, fundamentales, que él había aprendido de su instructor vietnamita.

De las enseñanzas de ese instructor también aprendí un trabajo que me fortaleció. Fue uno sobre la memoria o, más precisamente, para borrar la memoria. En las condiciones en que estábamos era importante, pues los interrogadores eran especialistas en escudriñar nuestro cerebro en busca de información.

Se trataba de una técnica simple. Consistía en construir mentalmente un mueble de madera fina, como una cómoda con muchos cajones pequeños. El mueble tenía que estar adornado con molduras, incrustaciones y filigranas. Los bordes serían suaves y contorneados, y los cajoncitos se abrirían con facilidad al tirar las manillas de oro. Cada uno adaptaría el mueble a su imaginación. Pero construir el mueble era solo la primera etapa. La segunda consistía en traer todos los recuerdos que uno quisiera olvidar: el nombre de personas, lugares de seguridad, situaciones. Luego, con parsimonia, uno debía colocar cada recuerdo en su cajoncito. Si era necesario se podía agrandar el mueble e instalar más cajoncitos, hasta

que contuvieran todos los recuerdos que se quisieran olvidar. Luego, como un tercer paso, uno tenía que destruir el hermoso mueble. Tomar un hacha y hacerlo añicos. Saltar sobre él, aplastándolo hasta dejar puras astillas. Finalmente había que prenderle fuego, no dejar más que los restos hechos cenizas. Con el destrozo desaparecían los recuerdos y uno se sentía más aliviado.

Unos meses después, en otro campo de concentración pero ya en libre plática, supe que mi amigo era considerado un traidor por los otros presos. Sobre todo porque su hermana se había transformado en una delatora. Daba informaciones sobre otras personas que aún no habían sido detenidas. Algunas de ellas murieron por eso. Ella —la Luz— había sido torturada prolongadamente y con dureza. Incluso habían torturado a su bebé de meses en su presencia.

Como dije, el Gapito fue un ángel para mí. Pero para los otros era un demonio. Me sorprendió que una misma persona pudiera ser considerada a la vez buena para unos y mala para otros. Fuera lo que fuese, para mí era mi amigo. Traidor para los otros, pero amigo para mí. Me di cuenta de que esto de lo bueno y lo malo tenía que ver con cada uno. Era una nueva y compleja paradoja. Parece que nada es bueno para todos o malo para todos.

No sabía si lo que decían del Gapito era cierto o no, si las informaciones que me daban eran verdaderas, si eran manipulaciones o si se trataba, como suele ser, solo de rumores que surgen de ambigüedades o malos entendidos. Muchas veces uno toma por cierto lo que le ha dicho una tercera persona, la que a su vez lo escuchó de una cuarta. Puede ser que lo que se decía fuera algo que en efecto hubiera ocurrido, pero también puede ser que no y que solo lo hicieran para alterar la amistad que estábamos nutriendo. Pero en realidad yo no tenía la intención de cambiar el tipo de relación que había cultivado con él mientras no tuviera alguna evidencia de lo que se le

acusaba. Lo que tenía claro, y lo mantengo hasta ahora, es que no iba a actuar ni juzgar sobre la base de rumores. Hoy me doy cuenta de que esta postura es difícil de mantener, porque la mayoría de las informaciones que recibimos, más que informar, manipulan la creación de semiverdades. Y las semiverdades no son verdades.

En el periodo de la Unidad Popular, lo que había sido justo para nosotros, lo que creíamos era una buena forma de vivir, era algo injusto para otros, que tenían otra idea de cómo se debería vivir. Y en ese momento, con la dictadura, lo que era injusto para nosotros era justo para otros. La misma idea de una dictadura represiva era buena para muchos, porque la violencia con que se ejercía el régimen les permitía vivir a su manera; por otro lado, era mala para otros, y en estos caía la violencia de la represión. ¿Qué es el bien y qué es el mal? Todavía no he conocido a alguien que actúe contra su conciencia. Incluso, por ejemplo, el torturador Osvaldo Romo declaró hasta sus últimos días que él había tenido razón al actuar como lo hizo, y que aun cuando pasó sus últimos días desterrado, en la pobreza y despreciado, insistió en que moría en paz porque había procedido de acuerdo a su conciencia. Si todos funcionan de acuerdo a su conciencia, de acuerdo a lo que es bueno para cada uno, ¿quién tiene la razón y quién está equivocado?

Las conversaciones con el Gapito se interrumpieron una noche, cuando lo vinieron a buscar. De un momento a otro desapareció. Me quedé solo.

Detenido desaparecido

Estuve solo durante, creo, poco más de una semana, y ese tiempo me sirvió para rearmarme. Traté de comprender lo que me ocurría, manteniendo mi mente, siempre tan distraída, en conexión conmigo.

Fue una etapa de mucha meditación, reflexión y aprendizaje en solitario. Al tratar de contactarme conmigo mismo aprendí a hacerme presente. A verme como un objeto de observación. No lo sabía, pero esta práctica fue una buena preparación para cuando más tarde me quedé solo de nuevo, por un periodo más extenso.

El ejercicio de meditación me mostró cosas acerca de la ausencia de la presencia. Es decir, la desaparición. Ser un detenido incomunicado quiere decir, literalmente, que alguien ha dejado de estar presente. No es algo abstracto, es físico y tiene varias capas de significación. Ocurre en la dimensión espacial, pero también tiene ramificaciones psíquicas. En Chile se abusó por la fuerza de la práctica del secuestro. Se provocó la ausencia. Se hizo desaparecer a las personas. Se abstrajo su presencia de la sociedad, de sus amigos y de su núcleo familiar.

Asimismo, a nivel individual, ya sea por miedo o por dolor, se produjo una ausencia de presencia en las personas consigo mismas. Esto ocurre cuando se desea no estar en el lugar en que se está. En las sociedades tradicionales esto tiene un nombre. Se dice que cuando hay mucho miedo y dolor, el alma no puede soportarlo y, para no sentir tanto, se fragmenta en pedazos que se van a refugiar a distintos lugares. Le llaman «la ruptura del alma». Para volver a juntar el alma fragmentada se requiere de un chamán experimentado, que sea capaz de acompañarte en el viaje hacia el lugar donde se han escondido las distintas partes. Dado que somos seres vivos, los fragmentos del alma siempre se esconden en la naturaleza. En árboles o en cuevas oscuras. Pueden esconderse solos, pero necesitan ayuda para volver a integrarse. Una vez que ha pasado el peligro, el alma no puede regresar por sí misma, pues hay seres y animales salvajes que merodean e impiden que se escabulla para juntarse con sus otras partes. Buscar las partes del alma no solo requiere seguir sus pistas y encontrarlas, sino también superar los peligros y las amenazas que representan esos seres salvajes. Por eso

se requiere de alguien que no se asuste y que haya enfrentado antes el terror.

Ser un desaparecido implica ausencia, separación y distanciamiento de los otros y también de sí mismo. Por ello, en ese tiempo, la recuperación de la presencia, el volver a estar presente y recuperar algún nivel de integración se transformó en un tema central. Para mí fue un trabajo arduo. Tuve que comprender lo que es la separación y el distanciamiento para entender cómo se produce la presencia y, luego, producirla efectivamente.

Ser un detenido desaparecido quería decir que había desaparecido de mi sociedad. La dimensión más obvia, de carácter administrativo, era que no había reconocimiento de mi existencia ante la sociedad civil. Mi esposa sabía que yo había sido detenido —presenció mi detención— y también había podido averiguar que ahora me encontraba en manos de la Dina y no de otra organización de inteligencia. Esta era una información importante, a pesar de que no supiera en cuál de las prisiones clandestinas me encontraba. En realidad, solo algunos de los funcionarios de la Dina sabían en cuál prisión estaba. Dicha información se manejaba únicamente al interior de esas organizaciones y se guardaba con recelo, aun respecto de las otras entidades similares, pues en ese tiempo no era extraño que los servicios de inteligencia de la Aviación, la Marina, Carabineros y el Ejército secuestraran a prisioneros de las otras ramas. En qué lugar se hallaban los prisioneros incomunicados era una información reservada a esta parte de la sociedad política que se había vuelto secreta, recelosa, totalitaria, autoritaria y criminal.

De manera que en ese tiempo tuve que aprender a observarme viviendo. Cuando no se tiene a alguien que te devuelva tu imagen, uno se invisibiliza. Así que solo nos podemos hacer presentes a través del eco de una memoria de nuestro ser. Como si fuéramos un recuerdo. Lo que yo intentaba era además un poco diferente. Trataba de observarme, sin memoria y

sin análisis. Únicamente observar. Como evocando una cierta comprensión de mi ser.

Inevitablemente se estableció una escisión entre mi presencia, para mí mismo, y mi falta de presencia para lo social. En el proceso de crear presencia, también creé distancia. Esa fue una situación real y existencial. Estaba aislado de todo referente social, y por no tener relación física con personas, el mundo pasó a ser una memoria. Algo que tenía solamente una existencia mental. Por ello, mi escisión con lo social se produjo casi por sí sola. Fue establecer una distancia sin límites, fácil de producir, percibir y entender.

Con el paso de los días, esa distancia dio lugar a una distancia emocional entre los objetos que me rodeaban y yo: los muros, las literas, la puerta, la ventana, el techo y el piso.

El distanciamiento de los objetos físicos que a uno lo rodean es un cambio emocional que también puede implicar un cambio epistemológico. Puede ser visto como una pérdida de contacto con la realidad. De hecho, ello corresponde a la definición de la locura. Quizás había algo de eso, pues con el aislamiento mi conciencia ordinaria se iba modificando. Cambió mi manera de ver las cosas, mi relación conmigo, mi relación con el mundo y, por ello, mi manera de estar en él.

Ya que no podía modificar la situación en que me encontraba, no tenía otra forma de adaptarme al encierro que no fuera cambiándome a mí mismo. Y al transformarme también cambiaba mi visión y comprensión del mundo en que me hallaba. El reajuste de la conciencia de mí mismo varió mi manera de percibir y de relacionarme con el mundo en que me encontraba. El mundo se flexibilizó, pues se prestó a distintas interpretaciones.

La situación en la que estaba era muy austera, ya que apenas había objetos materiales. Aun así, no tenía una sensación de carencia y vacío, pues me di cuenta de que la situación y los objetos podían adquirir distintas formas. Con mi pensamiento tenía la facultad de fabricar imágenes y de hacer de ese lugar, por

ejemplo, una celda de monjes religiosos del Medioevo, o en los muros proyectar todo tipo de representaciones. La realidad que me circundaba entonces podía ser descrita de todas las maneras que me permitieran mi conocimiento y mi imaginación.

No había una sola interpretación de la realidad que me rodeaba. Había múltiples maneras de apropiarse de esos objetos que en apariencia eran únicos y físicos. Me convertí en una máquina productora de interpretaciones. Había miles de maneras en las que yo podía dar forma al entorno por medio del pensamiento (creando configuraciones conceptuales) y la imaginación (erigiendo imágenes); muchas maneras de vincularme emocionalmente con la realidad (sintiendo lo que se hacía presente en mí) y también muchas formas en las cuales podía captar sensorialmente el mundo (percibiendo desde los distintos sentidos). Según la emocionalidad en la que me encontrara, podía interpretar la realidad desde la mente, desde las emociones o desde los sentidos. Pero lo más importante fue notar que, hiciera lo que hiciese, ello no dependía del objeto, sino, de manera muy fundamental, dependía de mí y de mi emocionalidad, es decir, de mi estado de conciencia y de mi manera de relacionarme con lo que me circundaba.

Curiosamente, el distanciamiento de los objetos, la posibilidad de interactuar con estos y la observación de que podía producir distintas realidades de cada uno de ellos tuvieron una evolución inesperada. Esto se tradujo en que comencé a relacionarme con los objetos no con distancia, sino vinculado a ellos. Esto era posible, precisamente, porque su realidad —lo que ellos fueran— en cierta manera dependía de mi interacción y de la interpretación que hiciera. Era yo quien permitía que una cierta forma de ellos pudiera manifestarse como lo hacía.

Esto quería decir que para poder manifestarse el objeto necesitaba de mí. Si no, no podría hacerlo. En este acto de facilitar la manifestación del objeto, mi «yo» reaparecía. Mi forma de estar allí era ahora *yo con los objetos* y no *yo separado de los objetos*,

como lo había comprendido antes. Percibía los objetos con mis sentidos, pero la representación que me hacía de ellos provenía de mi mente y de mis emociones. La distancia anterior había sido reemplazada por una interpenetración: yo estaba en los objetos y los objetos en mí.

Era una cuestión temporal y espacial. En la dimensión temporal, yo estaba presente en este momento con los objetos. En la dimensión espacial, estaba relacionado físicamente con ellos. Es decir, había un espacio en la celda que era ocupado por el objeto y por mí, y también el objeto y yo compartíamos ese mismo espacio. Ambos teníamos un entorno: la celda.

Por fin no estaba separado. Por fin estaba otra vez ligado a los objetos. Por fin me hacía presente en la realidad de mi celda. Sin embargo, luego se produjo otro momento de duda. Decir que un objeto estaba ligado a mí significaba que se hacía presente. La presencia de un objeto, por ejemplo, la cama, tenía varias características. Por una parte, estaba relacionado con ella porque yo producía una manifestación de ella; además, debido a mi biología humana, tenía la capacidad de percibirla como una litera de color café. Por otra parte, podía interpretarla como un lugar para dormir y descansar. La manifestación y la interpretación o atribución de significado de la litera eran realidades construidas o reconstruidas por mí.

¿Había una manera de interpretar que fuera mejor que otra? ¿Cuál sería la manera adecuada? ¿Tenía sentido acaso preguntarse si existía una manera adecuada? No lo sabía. Lo que me quedaba claro era que para mí ya no habría más una forma única e inequívoca de construir la realidad. Lo adecuado o no de una interpretación ya no dependía del objeto mismo, sino de mí, y parecía estar relacionado con la intención de la interpretación y con la aplicación de esta a alguna finalidad que me pudiera haber fijado.

El resultado de estas indagaciones fue que pude zafarme para siempre de las interpretaciones unívocas y «verdaderas».

Esa sí que fue una experiencia liberadora. Podría «estar en el mundo» de muchas maneras. Esto se podía traducir en forma muy concreta y práctica: podría ser lo que quisiera ser, de acuerdo a cómo quisiera observar el mundo que me rodeaba. Después supe que estas múltiples proyecciones de mi mente calzaban bien con las corrientes constructivistas que empezaban a hacerse populares en el resto del mundo; y calzaban aún mejor con la perspectiva de reconstrucción de la realidad que estaba en ciernes en el mundo de los físicos.

Lo que podría haber sido visto y vivido como un ataque de locura se transformó en una liberación. La experiencia que estaba teniendo podría ser vivida como si fueran muchas experiencias distintas, y de cada una podía generar una variedad de sentidos. Sobre todo, podía independizarme de los objetos que me rodeaban.

En la soledad pude ser libre para convertirme en el espejo de mi propia realidad. Me puse a observar ese objeto que soy yo. Observé y me observé. Y en medio de estas observaciones me transformé en proceso de producción de mí mismo. Así fue que me hice presente.

Suena fácil decir esa frase, pero en realidad fue un proceso difícil. Por una parte estaba el hecho de que las construcciones o reconstrucciones que podía hacer de mí no eran solo expresiones de la imaginación. Eran construcciones dotadas de realidad y no eran anodinas, cada una de ellas tenía consecuencias. De hecho, yo estaba donde estaba como resultado de una construcción ideológica de las personas que se habían apoderado del poder político en el país. Así que estas construcciones no son fantasmales: tienen consecuencias. Pero por otra parte me decía que, si todo era una construcción, ¿por qué yo reconocía en mí mismo una forma más o menos estable y permanente? ¿Cómo podía seguir siendo el mismo sin ser el mismo, ya que podía cambiar y de hecho había cambiado?

Era a la vez el sujeto y el objeto, y dada esta nueva comprensión de la relación, al hacerme presente a mí mismo yo me interpenetraba. Esto produce una sensación extraña. No solo era yo y mi otro yo, sino que podía ser muchos yoes dependiendo de cuál de ellos fuera el dominante en ese momento. Podía ser el filósofo, el preso, el héroe, el miedoso, etc. No solo tenía muchos roles o máscaras que ofrecerme, sino también distintos registros: el corporal, el emocional o el mental, que podían ser los soportes para estos personajes. Así fue que al hacerme presente a mí mismo no lo hice en forma unitaria, sino bajo muchas formas distintas. Era uno y múltiple. Esta capacidad, por cierto, echaba por tierra toda pretensión a una identidad estable. Toda pretensión de ser un individuo.

Más allá del individuo

Antes pensaba que afirmarse como individuo era lo que movía al mundo. Esto lo había aprendido del pensamiento de Lutero, que era la piedra angular que impulsó al mundo occidental hacia la modernidad y que yo había incorporado como una idea fundamental en mi autopercepción. Pero la exploración en que me encontraba ahora no era precisamente conceptual. Era una exploración desde la sensación, y estaba perdiendo la sensación de ser un individuo.

Porque sin la autopercepción perdía la noción de la individualidad. Sin la noción de individualidad perdía la sensación de separación. Y cuando eso ocurre aparece la sensación de conexión: la experiencia de no estar separado.

La idea de relación sugiere que hay dos o más cosas separadas, que asimismo están ligadas. Es una forma de organizar la realidad que es producida por nuestra mente y por nuestro ego. Es una proyección conceptual de nuestro ego y, como tal, no tiene que ver con la realidad.

¿Cómo ocurre esto? La imagen que tenemos de nosotros —nuestro ego— nos dice que en la relación hay en primer lugar un yo y luego algo más —una persona o una cosa— con la que me relaciono.

En el primer lugar estoy yo. Y desde esta posición me digo cosas del tenor siguiente: puesto que veo el sol, estoy en relación con el sol; puesto que te toco, tengo una relación contigo; puesto que escucho la música, tengo una relación con la música; puesto que saboreo una pera, tengo una relación con las peras; puesto que siento el aroma de los eucaliptos, tengo una relación con los eucaliptus. Así, por medio de cada sentido, establezco relaciones con lo que me circunda.

Más aún, puedo cualificar la relación: te toco, entonces puedo decir que te amo, pues si no te amase, no te tocaría; escucho música, entonces puedo decir que soy melómano, pues si no fuera un melómano no escucharía música. Observo el sol, entonces puedo agregar que soy un astrónomo o un astrólogo o un hijo del sol, porque si no fuera así no observaría el sol. Lo que hago es agregar cualidades a mi yo y así voy construyendo mi identidad: creo ser amante, melómano, astrónomo, astrólogo, etc.

Pero antes de entrar en relación con lo que nos circunda tenemos que comprender cómo nos relacionamos con lo que tenemos más cerca. Con nuestro cuerpo, con nuestras emociones, con nuestra mente. ¿Hay alguien que se relaciona con nuestro cuerpo o con nuestras emociones o con nuestra mente?

Lo que había escuchado hasta entonces era que sí. Que sí hay alguien, que hay un individuo, y que esta es una experiencia evidente. Las personas que lo sostienen afirman tres cosas: que hay alguien, que hay un individuo y que ese individuo soy yo. O en sentido inverso: «yo soy un individuo que observa». Frecuentemente experimentamos que hay alguien dentro, que observa lo que ocurre. Por eso concluimos que hay un yo separado de mi cuerpo, mis emociones y mi mente. Que ese yo

es el que se relaciona con la trilogía: mi cuerpo, mis emociones y mi mente. Ese yo crea el cuerpo, las emociones y la mente como objetos de relación.

La idea de que existe un yo separado, viviendo y flotando en el mundo con el que entra en relación, es la versión que más escuchamos. Es normal que sea así, pues esta idea es la pieza central sobre la cual reposa la estructura de la civilización occidental. Es la idea de una existencia individual que se relaciona con los demás y con los objetos que la circundan. Pero esto es solo una idea, un concepto.

Cuando en la soledad, sin perturbaciones, pude volver a explorar la experiencia del simulacro de la muerte, comprendí que el miedo esa vez no era al dolor que pudiera producirme la bala. Era el temor a morir. Lo que me producía sufrimiento era en realidad el pensamiento de desaparecer y de transformarme en nada. Era el sufrimiento de perder el yo o la imagen del yo que tenía. Otra vez volvía el miedo al vacío.

Pero ese sufrimiento no venía de una realidad, sino de la idea de que yo era un individuo que tenía una existencia separada. Esa era la fuente real del sufrimiento. Y esa fuente es una noción, un concepto: que yo era un ser individual, separado.

Si dejaba ese pensamiento de lado, el sufrimiento cesaría. Esta vez la claridad fue más allá de la revelación en la Escuela Militar, cuando me di cuenta de que si no le hacía caso a los guardias, y en vez de pensar dejaba de pensar, volvería al presente y me calmaría. Esta vez se desmantelaba el principio de identidad que había desarrollado en el espacio-tiempo de mi vida, forjado por la necesidad de diferenciarse. La identidad forjada por todos esos yoes que habían ido constituyendo mi personalidad, se diluía.

Mi experiencia profunda fue (y es) que no hay un individuo separado, y que si no lo hay, no hay tampoco identidad ni dos partes que están relacionadas. Solo hay una conexión. Solo hay relación.

En un sentido profundo podemos ver que si no hay un yo separado —separado de los objetos— entonces no hay relación con los objetos, puesto que estos no están separados de mí. Como no estoy separado del mundo, todo lo que ocurre sucede en mi mundo. Estoy conectado y consciente de la conexión.

Por esto, si no hay un individuo separado, la relación con el otro como una persona que está separada de mí no se puede dar —como le ocurre a los bebés. Lo que sí se da es la conciencia de la presencia del otro. En este caso, no soy un polo de la relación, sino que la relación soy yo. Esta experiencia siempre es total, lo que varía es el grado de conciencia que se tenga de ella. Un nivel evidente es cuando en mi cerebro me hago la imagen de la persona que está al frente. Otro nivel es relacionarse con la persona analíticamente, poniéndole un nombre, identificándola, diferenciándola, considerando sus características. Un tercer nivel, más profundo y no analítico, es sentir la emoción que se hace presente cuando esa persona está al frente. Eso es sentir la relación. Pero aun hay otro nivel más profundo. Cuando me abro a la presencia de otra persona, si logro no poner la atención en ella y, en vez, me fijo en la emergencia de la energía en mí —la energía de la presencia, la sensación de no distancia—, la experiencia que tengo es la de una continuidad entre esa persona y yo. Es el tipo de energía característico que nos revela que uno no es el polo de la relación, sino que es la relación misma.

Si logramos vivir en la experiencia y no en los conceptos nos relacionamos con la información directa y en el momento en que se produce. Hacerlo en los conceptos es vivir con una información secundaria, de segunda mano.

Si creo que hay un yo separado, vivo con la información de segunda mano, con la información del pensamiento que, para existir, se aleja de la experiencia. Y al alejarme de ella fragmento la realidad. Si comparto la idea de esta fragmentación, que se produce por el pensamiento que analiza y hace distinciones,

estoy en lo que se conoce como la visión dualista de la realidad: un yo separado, que se relaciona con los objetos y personas separadas. Pero hay otra visión, la visión no dualista, la que sostiene que no hay separación y que todo ocurre dentro de un todo, de una unidad. Pero ni siquiera podemos decir eso. Si decimos dualista o no dualista solo estamos haciendo distinciones conceptuales. A veces más convendría callar.

Si podemos liberarnos de la ilusión de que podemos crear e inventar la propia vida; si en vez podemos considerarnos testigos de lo que ocurre, tendremos una visión más clara. En Chile, el movimiento que llevó a Allende al gobierno y que instaló la Unidad Popular, sucedió. Me sucedió y nos sucedió. Aun cuando había personas que lo animaban, este evento sucedió como el resultado de movimientos externos a las personas. Aconteció como acontece que cada mañana sale el sol. El golpe de Estado y la dictadura que se instaló ocurrió también de esa manera. A nivel personal es lo mismo. Uno cree que las cosas vienen de uno mismo, que odia, ama o tiene vergüenza. Pero uno no odia, ama o tiene vergüenza: es algo que nos *sucede*, estimulado por eventos externos. No se puede hacer algo al respecto, sino tomar conciencia de ello y comprender cómo ocurre.

CAPÍTULO 3
LOS OTROS

Los detenidos

Los otros cuerpos, por el solo hecho de ocupar un lugar en «mi» espacio, afectaban mi cuerpo. Una presencia física puede ser percibida de manera más o menos intensa. Que ocupe más o menos espacio depende, en parte, de la idea que me haga de lo que esa persona puede significar para mí. Se trata de una presencia que es física —pues ocupa un espacio, que en nuestro caso era pequeño— y a la vez simbólica, es decir, tiene relación con el sentido que yo le atribuyo.

Una noche aparecieron otros detenidos que vinieron a ocupar parte de mi espacio y, al hacerse presentes, perturbaron mi aislamiento. El Gapito fue uno de ellos. A la noche siguiente llegaron varios más.

Mi periodo de estar físicamente solo llegaba a su fin. La que hasta ahora había sido mi celda personal se volvía pública. Se llenaba de personas, de otros detenidos incomunicados y desaparecidos como yo. Estábamos en una misma categoría, pero también éramos muy distintos: el «como yo» es un decir, una idea muy genérica, ya que nadie es como uno.

¿Qué podría decir de los otros, salvo que no eran yo? En alguna medida, cada uno llegaba con una experiencia similar —aunque distinta— a la mía. Si todos somos originales, también somos unos extraños para nosotros mismos, como decía Nietzsche; y aún más extraños para los otros. En el corazón de lo humano hay un pozo insondable de profundidades sin límite. Cada ser es su propio misterio.

Con los nuevos detenidos perdí mi dulce aislamiento, mi silencio. Estar conmigo mismo se tornaría mucho más difícil. De ahora en adelante, la presencia de los otros se haría patente en cada instante. Había demasiados cuerpos próximos como para que no me afectaran. Y no era solo respecto del espacio vital, sino que se producía un efecto tangible de su presencia en mi cuerpo, independientemente del número de personas de que se tratara.

En nuestra pequeña celda había pocas distracciones. Así que la vida —salvo en los momentos de sobresaltos y de entradas y salidas de prisioneros— era muy simple. Lo que teníamos en común, y que era constante, era el miedo que sentíamos. A veces era más intenso, otras veces menos, pero era nuestro modo de ser prisioneros: siempre con miedo. Las diferencias estaban en cómo reaccionábamos a él. Por ejemplo, noté que todos respirábamos de manera distinta. Unos más profundamente, otros desde la garganta, y unos desde los hombros. También había quienes lo hacían con el tórax, con el alto o con el bajo tórax. Eran respiraciones de distintas velocidades, que dependían del miedo que tuviera cada uno.

La presencia de los otros también afectaba mi psiquis. Volver a mi interior ya no sería el dulce y difícil paseo en solitario del cual había gozado durante una semana. Sería ahora un trabajo mucho más duro. Podría haber pensado que iba a encontrarme con personas excepcionales. Los parias. Pero no fue así. Todos éramos seres comunes, corrientes y cotidianos. Abogados, campesinos, ingenieros, sociólogos. El tipo de persona que uno se

encuentra al salir a la calle al mediodía. Lo único particular de la situación era que todos éramos hombres.

De alguna forma se creó entre nosotros un espacio de igualdad. Iguales, pero diferentes, pues todo ser que es real es siempre sorprendente y diverso. Porque nunca se es corriente en el sentido ordinario que se le da al vocablo, en especial si es que esa persona ha logrado mantener algo de su originalidad.

Las observaciones que hacía en ese entonces y que estoy haciendo ahora pueden parecer banales, pero ver a alguien como a un ser humano normal, en estas circunstancias, es observarlo más allá de la imagen ordinaria que se pueda tener de él. Suena extraño decirlo, por lo obvio, pero más allá de la imagen de algo está ese algo. La imagen no es la realidad. Es solo la imagen de lo que indica, no es lo indicado. Esto me golpeó con mucha fuerza. Me di cuenta de que por mucho tiempo había estado confundiendo la imagen de algo con la realidad de esa cosa. De esa manera, el entrar en contacto con estas otras personas, el verlas como humanos y no como una imagen, hizo que rebrotara en mí el afecto emocional. Me conmoví al verme mirándolos con afecto. Había recuperado mi corazón.

Rodrigo

Entre las personas que llegaron a la celda donde estuve incomunicado en Cuatro Álamos estaba Rodrigo. Moreno, de pelo rizado, un gordo lleno de vida y de entusiasmo, aunque también de pesares. Venía de Valparaíso, donde tenía un pequeño restaurante. Con el gordo éramos dieciséis en un espacio de siete metros cuadrados, incluyendo las literas. Él ocupaba el espacio de dos, pero no importaba, pues nos hacía reír y aliviaba la estrechez. A veces también se ponía a llorar. Pasaba de la tristeza a la alegría con facilidad y viceversa. Era una persona normal, apegada a las cosas básicas, en particular a la comida. Y

se ponía triste, por ejemplo, cuando veía lo que nos daban de comer; se complacía, en cambio, cuando pensaba en comida de la buena. Su cara se iluminaba al hablar de choritos y almejas, y su entusiasmo nos hacía imaginar un buen plato de pebre.

También lo alegraba hablar de sus planes. Lo tenía todo claro. Su objetivo, su norte, el deseo apasionado que lo hacía sobrevivir, era partir a Rumania con unos amigos e instalar un restaurante de comida chilena: mariscos, piures, pescados, pasteles de choclo, empanadas de horno y fritas. La primera parte de su plan era llegar a Rumania. Le habían dicho que allá acogían muy bien a los chilenos. Apenas saliera partiría. Nos contaba cómo se iba a hacer rico fascinando a los rumanos con tanta maravilla marítima que él sabía preparar de manera especial, y se encendía hasta explotar cuando se imaginaba a las rumanas seducidas por su alegría, su talento culinario, su pelo rizado y su piel oscura. Ese paraíso ficticio lo hacía superar todos sus infortunios.

Su pasado y su futuro estaban en la comida. Su cielo también. Cada uno se fabrica el cielo que necesita. Para muchos tiene que ver con un lugar donde la comida sea abundante. Esto es cierto especialmente entre los pueblos que viven al borde del hambre. Para los pueblos del desierto, en cambio, en su cielo fluyen los ríos de agua no contaminada, de leche de sabor inalterable, ríos de vino y de miel purificada. Para los que lleguen a ese paraíso, o a alguno de sus cielos, habrá todo tipo de frutas y también el perdón del Señor. Para quienes la vida es solo sufrimiento, su cielo es llegar a un lugar donde no lo haya; únicamente quieren llegar al nirvana y salir de la rueda del sufrimiento. Para los que tienen restricciones en el mundo de la sexualidad, su cielo es aquel lugar donde los esperan veinte vírgenes con ojos de almendra, listas para saciar sus más secretas fantasías. Para los que lo tienen todo aquí en la Tierra, los textos dicen que será más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja a que ellos puedan entrar al cielo.

Para mí era volver a estar con los míos. Para Rodrigo, comer mariscos frescos.

Cuando terminaba el relato de su soñada Rumania, Rodrigo volvía a estar encerrado en el cuarto, y en esos momentos lo invadía la tristeza. No sé si llegó alguna vez a ese país. Por lo que supe después, espero que no lo haya logrado, pues el clima allí no era apto para la psiquis e idiosincrasia de los exiliados chilenos, en especial para los que eran como Rodrigo. Los que iban empezaban rápidamente a ver la manera de exiliarse de nuevo, pero esta vez en la RDA. Algunos, literalmente, se fugaron de Rumania. Al final de su régimen brutal y opresivo, a Ceaucescu y a su señora esposa los acusaron incluso de vampirismo y de brujería.

Javier

Otra persona que llegó fue un señor un poco cómico, al menos para mí. Era un economista, muy grave, de bigote y labios finos. Se peinaba a la gomina, aunque de ella le quedaba muy poca traza. Era chileno, hablaba mucho y decía venir de Ecuador. Se sentía ultrajado en su dignidad. Su dolor era mayor que el de los otros, pues él se consideraba muy importante. Respiraba con los hombros y retenía el aire en una apnea prolongada. Decía que había llegado a Chile a hacer negocios, específicamente a promover la tarjeta de crédito Diners Club. Hoy es corriente el uso de las tarjetas y todo el mundo sabe de qué se trata. Sin embargo, en ese tiempo era algo difícil de comprender y Chile no era el lugar para venderlas. La publicidad de Diners se caracteriza por presentar siempre a gente «muy linda» y «muy sana», sin defectos físicos ni psíquicos, y capaz de acceder —gracias a la tarjeta— a lugares completamente idílicos. Había una cierta ironía en la situación y en especial en nuestro contexto. No paraba de decir: «Soy inocente, no corresponde que esté aquí».

Esto sonaba bastante raro: daba a entender que nosotros éramos culpables de algo y sí nos correspondía estar allí. Pero nadie se enojaba por tales cosas y más bien inspiraba algo de compasión.

Hay algo patético cuando alguien se cree muy importante. Sufre más que los que no se consideran así. Es algo que ocurre en la psiquis, en el imaginario. Pero aunque no es real ni pasa en el cuerpo, se mantiene en el tiempo precisamente porque es solo un truco de defensa frente a la propia inseguridad. El ego les juega una mala pasada a esas personas. Al parecer, la identidad que se había fabricado venía del hecho de haber estudiado economía. No era un ser humano cualquiera, era un «economista». La situación en que se encontraba debe haber sido particularmente difícil para él, pues su descontento no cesó. Nunca le vi una sonrisa, ni siquiera con los cuentos e ilusiones de Rodrigo.

Un suboficial

Una noche llegó un uniformado. Era un joven suboficial de la Fuerza Aérea. En un principio no sabíamos si pertenecía al bando de los carceleros o al de los encarcelados. Resultó que era de los encarcelados. Aparentemente había sido sorprendido teniendo una aventura romántica con la esposa del comandante en jefe de la Fuerza Aérea y miembro de la junta militar que gobernaba Chile en ese momento. Ese claramente no era como el economista de Diners Club. Él sí tenía que estar allí. Me preguntaba cuál sería la fuerza que impulsó a ese suboficial a realizar un acto tan suicida como el de provocar los celos de su comandante en jefe. Es más, provocar al jefe de una de las ramas de las Fuerzas Armadas, cuya división de inteligencia era conocida por la brutalidad con que trataba a quienes tenían el infortunio de caer en su centro de detención: la Academia de Guerra Aérea. ¿Fue algo que surgió de su iniciativa o venía de

la mujer? ¿Sería alguna venganza secreta de la esposa lo que la llevó a seducir a este joven suboficial? Me acordé de que, cuando niño, había visto una película donde una mantis religiosa devoraba a su amante al mismo tiempo en que se acoplaban en el acto sexual. Eran imágenes sorprendentes, donde se conjugaban de una manera única la vida, la sexualidad y la muerte. El joven estaba muy incómodo en la celda y, en realidad, venía de otro cuento. Era un chancho en corral ajeno, como dicen los campesinos. Estuvo solo una noche y, dicen, fue secuestrado por otra rama militar.

Romo y el Troglodita

En nuestra vida cotidiana también aparecían guardias y torturadores. Ya en libertad, muchas veces me he preguntado qué habrá sido de ellos. Cómo fue que llegaron allí, qué parte de responsabilidad tuvieron. Su papel era ejecutar las acciones que les ordenaban, y algunos lo hacían con mayor ímpetu que otros. Osvaldo Romo fue uno de los entusiastas.

¿Qué fue lo que los llevó a realizar esas acciones tan feroces y deshumanizadoras que les impedían ver el mundo sensible? ¿Acaso los códigos de infancia, formada de posibles privaciones materiales y culturales, reprimida y desprovista de afecto, los empujaron a ingresar a esas organizaciones dedicadas a hacer sufrir a sus semejantes? ¿O una cierta idea del deber? ¿Qué pensaría el torturador de nosotros? ¿Cuáles eran sus motivaciones verdaderas?

Sin embargo, seguramente no todos eran monstruosos instrumentos del mal. Pueden haber sido incluso padres o madres bondadosos, amantes de sus perros y gatos. ¿Cómo era posible que hicieran lo que hacían? ¿Cuáles eran los límites del radio en el que ejercían su bondad? Nosotros estábamos mucho más allá de esos límites, y esa supuesta bondad para con su grupo

inmediato no significaba que no fueran responsables de lo que hacían. Solo me cuestionaba cómo esto era posible en un ser de mi misma especie.

También me interrogaba acerca de qué habría hecho yo si hubiera estado en su lugar. No me queda muy claro que los torturados no tuviéramos también en nosotros el potencial de hacerlo. Y si esto fuera así, entonces, éramos torturadores potenciales. Uno es y no es un torturador al mismo tiempo.

Romo fue uno de esos. La primera noche que lo vi quise ser invisible. El temido «Guatón» Romo era un hombre corpulento, de estatura mediana, conocido por su brutalidad. Durante el gobierno de la Unidad Popular había sido dirigente vecinal en la población Lo Hermida. Venía acompañado por Basclay Zapata, llamado el Troglodita. Romo tenía la práctica de aparecer cada cierto tiempo en busca de presos para interrogar. Era aterrador. No solo por su presencia y apariencia, sino también porque era precedido por las historias que se contaban de lo que hacía. La sensación de miedo intenso aparecía cuando él entraba en escena. El aire se volvía irrespirable. En esos momentos, el único deseo de cada uno era disolverse, derretirse como la mantequilla ante el sol abrasador. Rápidamente entrábamos en una regresión profunda, nos enroscábamos como un caracol ante la sal e, inconscientemente, adoptábamos posiciones de feto.

Romo se acercaba y se quedaba observándonos a los ojos durante instantes que parecían eternos. Cuando él me miraba, escuchaba su respiración y sentía que mis ojos retrocedían hacia el final de un pozo sin fondo. Su escrutinio era penetrante. Nos miraba la cara para ver si emergía en su memoria el recuerdo de habernos visto antes. Buscaba alguna reacción, una señal, un indicio que sugiriera que el observado tenía algo que esconder, algo que le permitiera llevárselo esa noche. Tras los hombros de Romo miraba el Troglodita. Era como el sirviente de Drácula en *El baile de los vampiros*, la película de Roman Polanski.

Cuando Romo y el Troglodita se iban, el silencio se volvía a instalar en la celda y los cuerpos silenciosos, invisibles, se desdoblaban y volvían a aparecer.

El Mauro

El Mauro era un guardia. A diferencia de sus colegas, él conversaba con nosotros. Flaco, alto, joven, moreno, sonriente, aguileño y lampiño. Sus ojos pardos y pequeños comunicaban empatía. Siempre nos decía que no nos olvidáramos de él «cuando se dé vuelta la tortilla». A veces —y este era un hecho importante para nosotros que estábamos incomunicados— nos relataba noticias del mundo exterior.

Uno de esos relatos fue de especial importancia. Se trataba de una historia de boxeo, cuando este era un deporte estrella. Nos contó detalles de la famosa pelea por el título de los pesos pesados entre George Foreman y Muhammad Ali. Foreman era el campeón vigente y Ali quería recuperar el título, pero tenía pocas posibilidades: su rival era más fuerte y más joven. Yo tenía mis razones para admirar a Ali. Era un boxeador excepcional y, al mismo tiempo, un pacifista que pagó caro su postura antibélica durante la Guerra de Vietnam. Era individualista, pero abrazó de forma militante la causa de su raza y adhirió a los *black muslims* de Malcom X. Era soberbio y orgulloso, pero también practicó la sumisión al volverse suní. Al nacer había sido bautizado con el nombre de un emperador romano, Cassius, pero una vez adulto, enfrentado a la responsabilidad política, tomó el nombre con que se hizo famoso. Esa pelea —que se celebró en Kinshasa y fue el primer evento de carácter global que se organizaba en África— fue denominada «El combate».

Durante la pelea, Ali confundió a Foreman. No hizo nada de lo que se esperaba de él. No lanzó sus golpes favoritos. Por

el contrario, lanzó golpes de amateur, como si desvalorizara a su oponente. Cada vez que podía, se ponía de espalda contra las cuerdas. Lo hizo durante casi todo el combate; se dejó golpear y, como se dice en la jerga, aparentaba ser un «paquetón». Pero su entrenamiento fue precisamente ese: dejarse golpear constantemente hasta forjar su cuerpo de tal manera que fuese capaz recibir y resistir un gran castigo. Aprendí que para subir los umbrales del dolor, para atravesar el sufrimiento, hay que entrenarse en ello. Pero había más. A cada golpe que daba Foreman, Ali no respondía con golpes sino con palabras. No paraba de hablarle: «¿Es todo?», «pareces una niña», «¿no tienes más fuerza?». La ira creciente tenía a Foreman desconectado y desconcentrado. Cuando este finalmente se cansó de dar tantos golpes, apareció el ataque de Ali. Fue una pelea portentosa, entre dos negros poderosos, en el corazón del África negra. Foreman fue vencido por la inteligencia de Ali. También fue una victoria astuta para Mobutu, un dictador que para mantenerse en el poder a veces asesinaba y se vestía con una piel de tigre. Sanguíneo, organizó este combate e instaló el ring en un matadero: un lugar impregnado de olor a sangre. Mobutu fue el único presidente que tuvo un país que durante ese tiempo se llamó Zaire.

Yo le estaba muy agradecido al Mauro por habernos permitido participar de lo que ocurría «afuera», en el mundo. El cielo del Mauro era que este infierno terminara luego y, como había sido bueno con nosotros, esperaba que lo perdonáramos y le diéramos trabajo. No alcanzó a salir vivo del infierno. Unas semanas después de la pelea de Ali, los agentes de la Dina colgaron a Mauro de un ombú en Villa Grimaldi y, ante la presencia de sus colegas, lo mataron a cadenazos. Su preocupación y cuidado con los detenidos fueron la causa de su muerte. Después supe algo que me acercó más a él: Mauro era su chapa, el nombre con que se le conocía en esta actividad clandestina. Su nombre verdadero era Carlos Carrasco. Carlos Carrasco

también era la chapa con la que me movía en mi propia actividad clandestina.

El músico

En nuestra celda por unos días hubo un músico de verdad. A las 19 horas nos callábamos todos. Era el momento del inicio de un ritual de música y amor. Desde un borde de la ventana se podía observar una franja del cielo rojizo al atardecer. Un cielo turquesa y de arreboles púrpuras. Tocaba música clásica y era del MIR. A esa hora se instalaba en la ventana y le silbaba a su mujer, también del MIR y también música. Ella le respondía, y así iniciaban un diálogo musical. Cada uno desde su celda, nos daban a escuchar las serenatas más hermosas, tanto que nunca fueron interrumpidas por las fuerzas del orden.

A las siete se interrumpía el tiempo cronológico y entrábamos en el tiempo de la música. A esa hora el cielo estaba más cerca de nosotros de lo que se encontraba la ciudad de Santiago circundante. Era un momento en el que nos cogían la belleza y la nostalgia, un momento feliz. A esa hora se abría la sutil dimensión musical de las personas. El espacio vibrante y etéreo que nos hace más humanos. El mundo de la música es libre y controlado. Los que nos entregábamos a ella podíamos vivir en su melodía y no en una celda, y podíamos dejar que la pulsación del ritmo penetrara nuestros cuerpos. Cuando esto ocurría, la pulsación nos tomaba y ablandaba centímetro a centímetro nuestros atrofiados músculos. También el alma se nos humedecía por algunos instantes presentes y eternos, tan eternos que existen hasta el día hoy.

Armonizando sus ritmos a los compases del silbido, nuestros corazones bailaban en la música de los enamorados. Entonces nos liberábamos del miedo.

El Ernesto David y el Loro Matías

Una noche llegaron Ernesto David y el Loro Matías. A nadie le había contado mi experiencia de desidentificación. Tenía temor de que mis compañeros de pieza pensaran que me había vuelto loco y se rompiera la relación de afecto y respeto mutuo. Pero no estaba loco. Por el contrario, me sentía muy lúcido. Con luz interna. Estaba alucinado. Ese estado me tranquilizaba. Gracias a esa calma podía sentir algo más que miedo: me permitía sentir compasión y apertura. Eso era lo que más tenía presente al ver los cuerpos de los recién llegados. Ellos venían de Parral y habían vivido semanas de experimentos humanos sobre ellos. Sus cuerpos estaban cubiertos de escamas, no de piel.

Ernesto también se llamaba David, me imagino que por el rey, el de la honda, de la música, las traiciones y los amoríos. Era un joven profesor de una escuela rural. A él le gustaba que le dijeran Ernesto, pero todos le decían David. Deseaba identificarse con Ernesto Guevara, el Che, un guerrillero hecho de dureza y ternura, muerto por su causa. Prefería identificarse con un guerrillero que con un rey. Tenía razón.

Escuchamos el relato del calvario de los recién llegados. De nuevo se incendió el fuego interno en nosotros. La rabia, la compasión, la consternación y el miedo. La energía de las emociones hacia fuera y hacia adentro no lograba resolverse en el corazón.

Me senté en el borde de la cama con el Loro Matías, que era la chapa de Álvaro Vallejos. Me contó quién era: estudiante de medicina, trabajaba en las finanzas del MIR. Me dijo que, pese al ensañamiento que habían tenido con él, aún podía resistir, como Muhammad Ali. Por mi parte, lo puse al día de las noticias y, mientras lo hacía, en especial cuando le conté que habían asesinado a Miguel Enríquez, vi cómo se desplomaban los restos que quedaban de su frágil estructura. La luz de sus ojos se apagaba a medida que le relataba los acontecimientos, y con

cada palabra era tomado por el desconsuelo y el desamparo. «Yo que defendí el secreto de su lugar de refugio durante ya no sé cuánto tiempo… ya no me queda ningún secreto.» Me invadía el sufrimiento mientras le hablaba, entre murmullos decía «tengo mucho miedo y mucho frío»; luego se silenciaba dentro de su cuerpo abandonado, escamado, congelado.

No había pasado una hora desde la llegada de los nuevos presos cuando reaparecieron Romo y su acompañante. Una nueva ronda de inspección. Venían a buscar al Loro Matías. «Por fin te tengo en mis manos», le dijo. Fue la última vez que se le vio con vida. Álvaro murió asesinado unos días después.

Nosotros seguíamos con vida en la celda. La vida estaba aún en nosotros, aún nos sostenía. Y ella, mientras más peligraba, más valiosa se hacía. Más pulsaba al interior de nosotros. Sería quizá por el miedo a perderla. Tener vida en nosotros nos convierte en cálices que se llenan de vida. Es lo que nos une indefectiblemente al universo. La vida viene, nos atraviesa y se va. Tal como aparecían y se iban los hombres en la celda. Vinieron y, de la misma manera, cada uno partió hacia destinos desconocidos.

En una de esas partidas quedé solo una vez más. Volví al aislamiento y a la distancia. Volví a mí.

CAPÍTULO 4

¿QUIÉN SOY?

Preguntas de la vida

El nuevo periodo de aislamiento e incomunicación se presentó como un desafío de especial importancia. Otra vez no tendría a nadie con quien hablar, a quien mirar, a quien escuchar. A nadie sino a mí y a lo que me sucediera. Inevitablemente tendría que enfrentar lo que consideraba eran mis propios límites. Hasta ahora había hecho frente a los embates del dolor, de la separación y la distancia. Depurado de esos temores inmediatos me vería obligado a enfrentar también las preguntas que habían acompañado mi vida. Estaba físicamente preso, pero los interrogantes me tenían a su vez psíquicamente encarcelado. Ahora se presentaría la posibilidad de liberarme.

Desde que era pequeño, sin saber por qué, había vivido envuelto en una sensación de inseguridad, que me hacía sentir perplejo. Y como un pez que se come la cola, la perplejidad me llevaba de vuelta a la inseguridad. Me sentía desadaptado, incomprendido. Y como era curioso me hacía muchas preguntas existenciales. Al principio emergían del deseo de aprender. Se trataba de saber cómo se apea uno en este mundo. Mi estado existencial habitual era no comprender cómo eran las cosas.

Vivía con la idea de que las otras personas sabían más que yo. Me parecía que vivían con facilidad y seguridad, y que de alguna manera sabían cómo hacerlo.

En la medida en que fui creciendo descubrí que esto le ocurre a la mayoría de los niños. Casi todos nos hemos sentido inseguros y desadaptados alguna vez en nuestras vidas. Siempre pensé que en la infancia estaba la explicación de mi vida de adulto, pero ahora comprendía que era al revés. Ha sido mi vida de adulto la que me ha explicado mi infancia. Aun diciendo esto me equivoco: la inseguridad no es algo que se explique o se comprenda. Solo se siente.

En distintas edades o momentos de nuestras vidas aparecen de la nada preguntas como «¿de qué se trata la vida?», «¿por qué la sensación de carencia?», «¿qué soy o quién soy?», «¿no debería ser de otra manera?». O interrogantes como «¿qué estoy haciendo aquí?», «¿qué puedo hacer?», «¿por qué hay pobres y ricos?». Cuando joven, muchas veces opté por no escuchar la invitación de estas preguntas. O, cuando lo hacía, no sabía ni siquiera por dónde empezar a buscar las respuestas.

Pero algunas veces sí les presté atención. En esos momentos les pregunté a otras personas cómo eran las cosas, siempre con la esperanza de que me dieran alguna respuesta o algún libro que pudiera orientarme. Quería ir más allá de mi pequeño mundo. En ocasiones me desanimé con este estado de pregunta continua: si llegaba a encontrar respuestas, estas implicarían cambiar la forma de vivir a la que estaba acostumbrado. Por ejemplo, dejar de comer ciertos alimentos o tratar mi cuerpo de otra manera.

Al comienzo busqué respuestas en mi propia sociedad y cultura. La dificultad fue que allí solo encontré respuestas que ya conocía, pues eran las de la cultura en la que me había socializado. Son las respuestas que tenemos, las que nos han enseñado en el hogar y en la escuela. Frecuentemente, en mi caso, eran la causa o estaban cerca del origen de la misma insatisfacción que

me llevaba a hacer esas preguntas. En esta búsqueda aprendí catolicismo, marxismo, budismo, chamanismo, shivaísmo, sufismo y taoísmo. Me volví conocedor de las respuestas de los distintos «ismos» y terminé pensando y creyendo que me había transformado en ellos: que era católico, marxista, budista, sufí, chamán, shivaísta y taoísta. De cada uno asumí, en su momento, las narrativas y las respuestas, sus prácticas y sus ritos, que me acomodaban y me tranquilizaban por un tiempo.

Lo agradable de estar instalado en la narrativa de una creencia cultural es que ella tiene el potencial de calmar las preguntas de la vida. Nos sentimos bien en compañía de personas que parecen tener las mismas necesidades, valores e intereses que nosotros. También, muchas veces nos ofrecen respuestas a otras preguntas interesantes pero que no han sido las nuestras. Lamentablemente, por el agrado de estar con otros en lo mismo, y por tener respuestas a estas preguntas interesantes, esto termina por reconfigurar las preguntas que teníamos en primer lugar. Es así como nuestros propios interrogantes pasan a segundo plano.

Afortunadamente, la insatisfacción es tenaz y reaparece, y con ello también vuelven a aparecer las preguntas originales. Es como si los cuestionamientos más existenciales necesitaran respuestas que se encontraran en una esfera distinta de las narrativas, la cultura o el rito. Como si las inquietudes de la vida no emanaran de las identidades y apariencias del mundo cultural, moral o ritual. Más parece que ellas provienen precisamente de la vida, y la vida siempre esta mucho «más acá» que las preguntas y «más allá» de las respuestas.

Así, en un plano más profundo, evocar la inmensidad de dichas preguntas hizo que me invadiera el miedo. Me producía vértigo constatar mi pequeñez y mi total insignificancia, aunque también ese vértigo no dejaba de ejercer una fascinación. Cuando lograba dar un paso adelante, aparecía un presentimiento. Algo así como la intuición de un secreto. Aun cuando no podía ponerlo en palabras, tenía la sensación de saber de lo

que se trataba. Y sabía que eso era lo que me atraía y al mismo tiempo me daba miedo. Me fascinaba a la vez que me paralizaba.

Lo único capaz de sacarme de la parálisis era la presencia de la insatisfacción constante. Es lo que me daba la energía para plantearme nuevamente las mismas preguntas. Aún en la conciencia de que no habría respuestas satisfactorias. Eso también me daba miedo: reconocer que no había nada que pudiera satisfacerme. No lo haría ningún objeto. No sería un auto nuevo ni una casa nueva ni un nuevo aparato de televisión. Y en el contexto terrible en el que me encontraba, no lo haría tampoco una frase que pudiera repetirme, como «soy un héroe, soy una víctima, soy un intelectual, soy un tonto». Nada podría calmarme, ni siquiera las palabras de sabiduría y consuelo.

Es como un juego sin fin. Al reconocer la insatisfacción, surgen las preguntas. Pero aunque las respuestas puedan darme una satisfacción momentánea, luego vuelve a instalarse la insatisfacción, y con ello retornan las preguntas. Pero sí me daba cuenta de que reconocer la insatisfacción era crucial, pues era una fuente de energía, y no hacerlo, quedarse en la supuesta satisfacción, era paralizarse. ¿Qué tendría que hacer?

Con frecuencia estas preguntas existenciales son tratadas filosófica o religiosamente. Ello implica trabajo, pero ningún riesgo. Solo si nos atrevemos a abrir las puertas de la experiencia podemos darle la entrada profunda que dichas preguntas ameritan. Solo entonces es posible sentir la vida en nosotros.

«Darle la entrada profunda» a la pregunta significa abrirse a su sensación emocional. Implica aceptar la emoción que está «más acá». Antes de que la pregunta sea formulada en palabras hay una energía emocional que la anima. Es de esta energía emocional de donde aparece la palabra. La palabra verdadera viene de allí. Para que sea verdadera, debe emerger de esta vibración energética. Esto significa que lo importante es comprender la naturaleza de la emoción que impulsa la pregunta, más que focalizarse en la pregunta misma. Significa no

concentrarse tanto en los contenidos de la pregunta, sino en la emoción que la hace surgir. Comprender de dónde viene y cuál es su significado.

Darle la entrada profunda significa poner la atención en la percepción inmediata de la emoción. La emoción es el origen del devenir consciente, dice Carl Jung. Es lo que nos da movimiento, lo que nos hace superar la apatía, lo que produce que la luz emerja de la oscuridad.

Significa también concentrarse en la emoción, en vez de hacerlo en la elaboración cognitiva. Focalizar la emoción es estar más cerca del origen de donde emerge la pregunta.

Cuando uno se formula este tipo de preguntas, por ejemplo, «¿qué estoy haciendo aquí?», la respuesta íntima es un «no sé». Es una respuesta honesta y una expresión de nuestras propias limitaciones para saber. El resultado de este procedimiento cognitivo es frecuentemente el agnosticismo y, en ocasiones, el nihilismo. Si seguimos este método no podremos saber. La inmensidad de este tipo de preguntas sobrepasa las posibilidades que ofrece el lenguaje. De allí viene el camino sin salida que caracteriza el agnosticismo y el nihilismo.

Pero si ponemos la atención en la percepción inmediata de la energía emocional —aquello que ocurre justo antes de la formulación de la pregunta— permitimos que ocurra un cambio en la plataforma en la cual reposa nuestra existencia. Nos permite pasar desde un estado mental a un momento anterior, a un estado existencial, que es de donde emerge la pregunta. Así experimentamos nuestra ignorancia. En este estado estamos en un momento solemne de nuestra vida. Es el momento del comienzo de la apertura a la verdad.

Esta no es una investigación filosófica. La tarea del filósofo es elaborar los conceptos y plantearse nuevas preguntas conceptuales. Quedarse en ellas y no salir de allí.

Tampoco es un trabajo de tipo religioso. La tarea de las religiones es formular narrativas y creencias que sirvan para

enseñar a vivir de acuerdo a ellas. Crean narrativas culturales como respuestas a las preguntas, e incluso a veces las crean en la ausencia de estas o para que estas no aparezcan.

Cuando digo «el comienzo de la apertura a la verdad» me refiero al intento de contener la energía antes de que esta se disperse en la formulación de la pregunta y en su traducción en conceptos. Esta es la expresión del presentimiento de la respuesta y es precisamente esto: mantener la energía contenida, no gastarla. Cuando la energía vital no se dispersa y se contiene, se potencia su fuerza, alumbra y se vuelve luz. Es la luz que orienta en la oscuridad.

Es como el sol de la medianoche que se manifiesta en los extremos del planeta. Allí, en el norte y en el sur, en el lugar del equilibrio, del eje de la Tierra, en ciertos momentos del viaje de nuestro planeta en torno al sol, cuando es de noche, en la medianoche, en medio de la oscuridad, hay luz.

Ahora, confinado a la soledad una vez más, sin objetos y desconfiando del pensamiento y de la sabiduría, inseguro e insatisfecho, no tendría escapatoria. Estaba en la parte del ciclo en que me tocaba enfrentar la emergencia de las preguntas de la vida.

El silencio

Así entré de nuevo —y por fin— en un silencio forzado. No en aquel del cual uno entra o sale a voluntad, cuando se tiene a alguien al lado. Se trata del silencio de la soledad. El de la cueva.

Lo que me pasó fue una bendición. Me llegaba el momento de liberación y de integración de mi fuerza interna. El silencio de la soledad puede vivirse de muchas maneras. Esta es una, la mía.

Una vez pasado el miedo a quedarme de nuevo solo, pude comenzar a apreciar el miedo como un aliado poderoso que

me daría la energía vital para sostenerme en mi soledad. Sin nada que me distrajera o nada en lo cual pudiera distraerme. Sin televisión, cine, música o libros, sin estar con gente, sin nada de lo que le ocurre a cada uno en nuestras vidas cotidianas. Cuando las imágenes en el muro de la celda que recreaba habían perdido todo interés, no me quedaba otra cosa que meditar. Por eso, ahora con el miedo como aliado y con menos apremios externos, pude dar inicio más seriamente a la exploración de lo que ocurría en mi corazón.

Esta fue una exploración angustiosa y anhelante. Lo primero que advertí fue que necesitaba del silencio. Lo necesitaba mucho, pero realmente mucho. Aunque fuera angustioso, era imperioso. Lo necesitaba para limpiarme de las cosas que había escuchado que estaban ocurriendo. Necesitaba limpiar mi psiquis y mi cuerpo, volver a algo conocido, respirar un poco de paz, insuflarme energía y volver a mí.

El silencio habla, pero lo hace sin palabras. Para escuchar lo que dice hay que estar en la calma y volverse disponible. Hay que generar un vacío, crear una depresión que se pueda transformar en un succionador; uno que tenga la fuerza de atraer algo. Como lo que pasa cuando hay viento. Primero hay tranquilidad, luego se produce una depresión atmosférica, y por último el aire se desplaza de la alta presión a la baja. Es la depresión la que permite que venga el viento, la que lo llama para que llegue a colmar el espacio vaciado. Si genero calma me pongo receptivo y me vacío, y así atraigo a lo que tenga que decir el silencio. Escuchar el silencio no es solo escuchar la ausencia de sonido. Es escuchar los secretos que están disponibles para quien desee escuchar.

El silencio tiene un lenguaje propio. Cuando uno escucha algo hermoso, como el silbido de la pareja de músicos, al final viene el silencio. Estábamos en un lugar donde aplaudir al terminar la música era algo fuera de tono. Así que cuando el final llegaba, y la música había sido buena, lo que quedaba era

el silencio. Pleno, lleno de contenido, donde en cada uno y a su manera personal resonaban encarnados armónicamente los hermosos sonidos que habíamos escuchado. Emergía entonces un eco interno. Nos transformábamos en un cuenco donde reverberaba la realización de la música que habíamos escuchado.

En el silencio que se hacía presente después de la música es donde esta se realizaba y completaba. Cuando nuestro corazón manifestaba en nosotros la sensación de la música escuchada por los oídos y el tacto. Si había sido mala, al final también había silencio, pero sin mucho contenido. Si la música había sido banal, nuestro corazón se ausentaba. Pero si había sido buena, en el vacío de nuestros corazones se instalaba una sensación de plenitud.

Así ocurre también con la vida, con la manera como la experimentamos. Cuando la asumimos, cuando la aceptamos y nos abandonamos a ella, es el momento en que ella resuena en nosotros, en que nos volvemos presentes a nosotros mismos. Entonces, nos ponemos en el lugar del silencio, nos abrimos a que algo se manifieste. Es cuando dejamos que el corazón nos hable sin palabras.

El silencio es un vacío pleno. Es esa oscuridad de donde salen las palabras que flotan en el espacio para luego volver a disolverse otra vez en el silencio. Las palabras vienen de la oscuridad y vuelven a ella. Al final, como en el principio, todo es silencio. Todo es soledad. No es desesperanza, no es resignación, es solo dejar de esperar, es abandono. El espacio temporal se reduce y se transforma en presente. Sin conceptos. Es cuando no nos queda otra cosa que abandonarnos al presente y luego, más allá, salir del tiempo para estar en la vibración del instante.

Es cierto que también se puede seguir un camino distinto. Alguien puede decidir esperar. Tener esperanza en algo o alguien. Vivir en la ilusión de la esperanza. Esperar que algo ocurra o que alguien venga a salvarte. El dicho popular lo consigna: «la esperanza es lo último que se pierde». En este camino la vida se vive de otra manera y ocurren cosas distintas. Para mí,

vivir en la esperanza era entrar en el camino de la negación. En el camino en que se empieza a desear algo distinto de lo que ocurre ahora. Es negar lo que existe. Esta es una vía posible y la que muchos tomaron, pero no la mía.

No podía dejar que entrara la esperanza, pues esta da origen al sufrimiento y es la puerta del infierno. Por el contrario, tenía que reconocer que no podía cambiar lo que sucedía. La impotencia me traía paz, pues provenía de un lugar anterior al pensamiento dicho. Creo que yo no podría haber aceptado lo que me estaba ocurriendo, pero algo antes de mí sí lo haría. Algo antes de mí era la aceptación misma.

En las condiciones en que estaba, mi camino era estar allí, abandonado al instante. Cuando ello se logra aparece la calma, rodeada de silencio. Ese instante breve en el cual no sabemos nada y no le pedimos nada a la vida. Aunque también hay algo que impacta en esa calma. Es como un sonido sordo, un insonoro aullido de asombro, como una presencia oscura a punto de emitir una palabra. Es un silencio que se siente como si estuviese vibrando con presencia.

Se trata de un silencio inmenso, donde todo cabe. Cabe la vida de la ciudad llena de gente en libre plática, moviéndose, aunque sea bajo el miedo impuesto por la dictadura. Caben los hombres haciendo negocios y buscando enriquecerse. Cabe el mar Pacífico moviendo sus olas tremendas. Caben mis hijos pequeños y mi esposa tratando de conseguir algún trabajo, ya que mis propios compañeros de colegio la habían echado de la universidad donde trabajaba. Todas las contradicciones, alegrías, traiciones y penas, todo cabe en ese silencio.

La libertad

¿Cuál es el verdadero nombre de las cosas? ¿Es lo que aprendemos en la escuela: *ese es un gato, ese es un árbol*? ¿Qué es ese gato

y qué es ese árbol? La única manera de acercarse y conocer sus verdaderos nombres es escuchando con atención, dejando que el gato y el árbol se manifiesten en uno.

¿Cuál es mi verdadero nombre? ¿Quién lo sabe para poder escucharlo? ¿Quién puede decirlo? Voy cambiando de nombre en la medida en que estoy más atento. Mientras más nombres desecho, más me da la impresión de que me acerco a mi propio secreto. Debo estar atento, por si en una de esas se manifiesta. No quisiera que ese momento me encuentre distraído, aunque también, una vez más, tengo la impresión de que no importa mucho que esté así. En el fondo, no creo que cambie nada. No creo que haya algo que esperar en saber cuál es el nombre, pues de todas maneras lo que importa no es *eso* sino el *ser que soy*. El que se manifiesta y desaparece, una y otra vez. Porque el ser de cada uno es un proceso continuo, una procesión sin nombre que se desplaza en la oscuridad.

Vivimos en la luz negra. Si pudiéramos tomar conciencia de que vivimos en la oscuridad, podríamos apreciarla. La oscuridad lo rodea todo y en su centro está el silencio. La calma es la experiencia del silencio rodeado de oscuridad. En ella podemos empezar a ver. Cuando uno está calmado uno puede empezar a ver el entorno en la oscuridad. A veces basta con cerrar los ojos.

Sabemos más de lo que creemos, más de lo que imaginamos, más de lo que podemos decir. Pero lo que sabemos es un secreto, aun para nosotros mismos. Un secreto que aguarda en el inconsciente.

Cómo saber si los pares —fenómeno y noúmeno, personal e impersonal, elegir o descubrir, pensar o sentir, la imagen o la esencia, la forma y el fondo, la razón y la emoción, el existir y el ser— son dos caminos o uno solo. ¿Son el fenómeno, la forma, el pensar, la razón, el existir, la persona, la imagen y la elección un camino? ¿Son el noúmeno, el fondo, la emoción, el descubrir, el sentir, el ser, el impersonal y la esencia distintos paisajes del mismo camino? ¿O acaso hay un tercer camino,

como el salto al vacío? El camino vacío, el camino de la nada, el no camino. El no fenómeno y el no noúmeno, el no personal ni impersonal.

Al entrar en la soledad pude entrar en la conversación continua conmigo mismo. Todo esto salía de mí y al mismo tiempo me metía más adentro de mí, cada vez más adentro. Aun cuando dejaba de conversarme sentía esa sensación de irradiación del espacio interno: oscuro, acogedor, impresionante. Pero no era constante. La manifestación duraba poco, luego desaparecía y me volvía a encontrar en el mundo externo, encerrado, intramuros. Lo interno se volvía infinito, sin límites, y lo externo, finito, limitado. En el fondo de la oscuridad hay un sí. Reconozco que en el fondo de mí hay un deseo trascendente de libertad.

Pero no se trata de una libertad limitada. Si aceptamos algo, sea agradable o desagradable, lo menos que nos ocurre es una sensación de paz. Pero si ponemos el foco de la atención en el hecho de aceptar, y no en lo que se acepta —sea esto agradable o desagradable—, lo que uno siente es una sensación de expansión, de libertad, donde los límites se mueven. Cada uno puede experimentarlo. La actitud de aceptación sin objeto me da paz y me expande.

Así que aun estando preso, dentro de mí sentía libertad. Toda mi vida he tratado de ser libre. Hay algo que me fascina en ello: la sensación alada de no tener límites. Pero más allá de eso, no sé qué es la libertad. Solo puedo reconocerla como una necesidad, como un deseo trascendente. Me temo que lo tengo más como un anhelo que como una realidad: es como la inquietud de mi corazón, un deseo espiritual. La liberación de mis propias limitaciones internas y externas. Lo que más encuentro son las limitaciones y el deseo de superarlas. Por eso detesto la autoridad y los autoritarismos. Ojalá algún día podamos eliminar la autoridad y vivamos en el respeto mutuo.

Me imagino que todos tenemos esta llama interna que busca la libertad. Cada uno trata de ser libre a su manera. Cada uno

lo es de repente, aunque sea por un momento. Y ese momento es un instante atemporal, un presente expandido. Pero como casi siempre vuelve la temporalidad, la libertad se acaba y dejamos que aparezca la tristeza. Uno puede ser libre solo si se deja ser libre. Si se desapega y se deja ser.

La víctima y el héroe

En la soledad y el silencio tenía la libertad y la paciencia para continuar con la observación de mí mismo. Empecé explorando las imágenes que me había construido, y también cómo estas funcionaban en mi relación con el mundo y qué lugar ocupaban en mi vida. Cuando no estaba meditando, la mayor parte del tiempo se lo dediqué a esta exploración.

Una de las primeras cosas que observé fue el juego de las imágenes, cómo uno se sumerge en ese mundo y cómo nuestra vida transcurre nadando en la realidad de una pecera imaginaria. O sea, darse cuenta de que vivimos en un mundo mágico, en medio de imágenes cambiantes que se forman y se disuelven. Más aún, cada imagen que generamos crea un mundo imaginario distinto, el cual trae consigo diversas vivencias y focos de lo que uno desea y crea para sí.

El mundo de las imágenes trata de lo sutil. Lo que allí acontece puede considerarse efímero por su aparecer y desaparecer, pero lo es solo en apariencia. Tiene una estructura que rige su emergencia, la que se ha formado a partir de las interrelaciones que hemos experimentado e incorporado en nuestras vidas. Son estructuras psíquicas que construimos desde la memoria de las emociones, como una fina y transparente telaraña. Por ello no son efímeras, pues pueden aparecer con solo evocarlas. Son efímeras cuando son construidas sobre una base racional y no sobre la estructura emocional.

La exploración comenzó con una imagen central presente y recurrente. La imagen de la víctima. Cuando éramos varios en la celda, entre nosotros no nos decíamos «yo soy una víctima». Decir eso sugería que los otros sí merecían estar allí. Algo así como lo que decía Javier, el economista, cuando insistía en que él no debía estar en ese sitio. Todos, en más de un sentido, éramos víctimas. Pero decirlo introducía una diferencia que no tenía ningún sentido. Era un espacio democrático, donde cada uno de nosotros era igual. Técnicamente todos éramos detenidos desaparecidos, y estar en esa condición hacía de nosotros unas víctimas. No tenía sentido decirlo.

Me parecía que la etiqueta de víctima era la que podría tener alguien externo, alguien que no hubiera tenido el tipo de experiencia que estábamos viviendo nosotros. Esto era algo nuevo. El estatus de víctima no existía *entre* las *víctimas*, ni tampoco existía *en* ellas. Se hallaba solo en la mirada de quienes nos veían de esa manera. Imaginaba que mi esposa debía estar pensando que yo era una víctima, y que estaría haciendo lo imposible por averiguar dónde estaba detenido. En esa misma lógica, pensaba que ella era más víctima que yo. Me preguntaba cómo haría para mantener la casa, estar con los niños, conservar un trabajo y al mismo tiempo intentar encontrarme. Pero todo esto era imaginación mía, pues no tenía idea alguna de lo que realmente estaba pasando. En todo caso, fuera lo que fuera, probablemente no era algo agradable.

Por mi parte, no me consideraba una víctima. Para mí, y hacia mí, no tenía esa imagen. Era algo curioso: no me gustaba para nada lo que me estaba pasando, pero no me sentía como víctima, aunque técnicamente lo fuera. Varios compañeros consideraban que eran víctimas y que todos lo éramos, aunque no lo dijeran en voz alta. Esa idea se sugería en algunas conversaciones. A mí no me molestaba ser incluido en esa categoría, pero en realidad yo me identificaba más con la imagen del héroe.

Más allá de la imagen, había un problema con la idea misma de la representación. Porque yo no era ni héroe ni víctima. Esas eran solo imágenes, no realidades. Aunque pudiera justificar con buenos argumentos cualquiera de las dos imágenes —la de la víctima o la del héroe— en el fondo daba lo mismo, pues ambas eran solo representaciones mentales.

A mí, sin embargo, no me daba lo mismo. La idea de sentirme víctima me sugería dependencia y debilidad. En cambio, la imagen de héroe apuntaba a autonomía y fortaleza. Los recuerdos que me habían impresionado y que aún mantenía en mi cabeza eran los de los héroes de la Ilíada y de la Odisea, los griegos y los troyanos. Cada uno de esos héroes tenía un dios que lo protegía. Me gustaba sentirme protegido por un dios.

Quizás elegir una u otra imagen depende del carácter de cada uno, de sus circunstancias y sus historias personales. A mí, creo, me convenía más la idea del héroe; esa imagen tiene connotaciones románticas y gloriosas. También implica que la vida se corte tempranamente. Conlleva la aceptación de la muerte. Hay una idea de fuerza y de superioridad moral, y eso me elevaba más que me bajaba. Sentía que la imagen del héroe afirmaba mi personalidad y que con ella podía hacer frente a la adversidad.

La idea que uno se construía de uno mismo, aunque fuese algo más o menos inconsciente, no era algo banal e influía en cómo se vivía la situación de infortunio. La sensación de ser víctima, por lo que había podido observar en otros presos, generaba más inseguridad, y los instalaba en la esperanza, la ilusión, la búsqueda de ayuda.

Por ello la elección de la autoimagen no era algo trivial. Tenía consecuencias. La imagen de héroe sin duda me permitió sobrellevar mejor las penurias en que me encontraba. Así que viví gran parte de este periodo como si fuera un héroe (y en cierta manera lo era, pues había enfrentado la muerte y, sobre todo, ninguna de las personas que en la clandestinidad

dependían de mí fueron detenidas, y que yo supiera, no habrían de serlo). Eso me dignificaba y me fortalecía.

Con todo, y fuera lo que fuese, tampoco podía desconocer que en estos juegos de la mente ninguna de estas imágenes eran reales. Eran solo ideas que uno se hacía de sí mismo, y que después de todo eran algo inmaduras. Pertenecían a una capa superficial de la identidad que me forjaba y correspondían a un momento particular en la evolución de mi personalidad. Tenía fundamento, pues había demostrado valor, pero había capas más profundas.

Desde una doble mirada —hacia fuera y hacia adentro—, la identidad que uno se forja tiene también una doble dirección: una identidad para los otros y otra para sí mismo. Estas no tienen por qué coincidir. Para los otros, uno se puede mostrar con la identidad que le parece que va a producir una reacción favorable. Si efectivamente lo hace, es decir, si logra que haya una reacción favorable, uno empieza a repetirla.

Como todo, esto tiene consecuencias. Si se nutre y se sostiene una imagen, y esta produce el efecto deseado —por ejemplo, la víctima que obtiene ayuda—, de alguna manera esa persona queda atrapada en esa imagen. Al menos durante el tiempo en que necesite esa ayuda. Visto de esta manera, la imagen se transforma en una vía para conseguir auxilio. Es una estrategia legítima, pero es una estrategia. Lo que quiero decir es que, al identificarse con una imagen, en cierto sentido uno se transforma en esa imagen, pues la asume y la incorpora como parte de su personalidad. Su personalidad, entonces, se caracteriza por identificarse con una estrategia, no con una persona. Si uno se considera una víctima, mientras se mantenga identificado con ella vivirá su vida como si lo fuera, como si su supervivencia dependiera de ello. Este es el sacrificio de la persona, aunque sea por la buena razón de sobrevivir.

Ni por un instante estoy diciendo que esas personas no hayan sufrido o que no hayan sido tratadas con brutalidad y

de manera inhumana. Solo estoy centrando la atención en que una cosa son los tratos inhumanos y otra completamente distinta es la imagen que uno se forja de sí mismo a partir de ese trato.

En otro plano, las imágenes internas también están construidas por los contenidos culturales. Un héroe es un producto cuyos contenidos específicos varían de cultura a cultura. Mi imagen del héroe desde luego es una mezcla, pero en ella predominó la cultura de la Grecia Antigua. Michael Townley, el agente de la dictadura, decía ser un héroe. Él fue uno de mis compañeros de curso en el colegio que ingresó a la Dina. Él puso las bombas para asesinar a Orlando Letelier en Washington y a la familia Prats en Buenos Aires. En la cultura estadounidense había aprendido que un héroe era alguien que estaba con los buenos y que luchaba contra los malos. Los malos eran los que consideraba enemigos del capitalismo y de su idea de la libertad y la democracia. Consecuentemente, eso lo impulsó a ponerse al servicio de la Dina.

Townley introyectó para sí y fue fiel a los contenidos culturales que tomaban la imagen de héroe en su cultura, y proyectó hacia fuera esas imágenes internas asesinando. Puedo entender esto, pues yo también fui sometido a algunos de estos contenidos culturales en el colegio. Pero como nuestras procedencias eran muy distintas —él venía de EE.UU. y yo de Chile—, aun cuando en la etapa escolar tuvimos los mismos contenidos culturales, no fuimos moldeados por ellos de manera similar. Yo internalicé lo de los buenos y los malos, y me identifiqué con los buenos, tal como lo hizo Townley, pero había una gran diferencia entre nosotros: nuestros buenos en la práctica no coincidían. Todo lo contrario; mis buenos eran sus malos, con la diferencia de que mis buenos no buscaban dañar como los suyos.

El perdón

En el colegio católico al que fui de niño nos enseñaron sobre el perdón. La eliminación de la culpa era algo que estaba en el centro del cristianismo. Jesús se había encarnado para obtener el perdón de Dios por el pecado original cometido por Adán y Eva. También nos enseñaron que la confesión borraba nuestros pecados mortales y veniales, incluyendo los malos pensamientos. Eran lindas enseñanzas. Nuestras faltas serían perdonadas y podríamos empezar de nuevo, como si fuéramos una tabla rasa, como si jamás hubiéramos cometido falta alguna. El perdón nos era presentado como una forma de reconciliación con lo divino. No habría más ofensa.

Pero para mí no hay olvido ni perdón. Me parece que en la postura del perdón hay un problema ético. ¿Qué significa perdonar? ¿Acaso es borrar lo ocurrido? Porque las cosas que suceden no se borran y desaparecen como dicen las enseñanzas cristianas. Y si no se borra el hecho, ¿por qué la comunidad genera presiones sociales que insisten en la necesidad de perdonar?

Yo podía asociar la idea de la víctima con la idea del perdón. Su vínculo está relacionado con el deseo de venganza. La víctima se considera tal porque se le ha causado un daño que estima que no amerita, o porque le ocurren cosas que juzga que no son de su responsabilidad o culpa. Elabora en su pensamiento un odio que apunta secretamente hacia el victimario y anida allí el deseo de venganza. Su pensamiento nutrirá este deseo. Si se le da la oportunidad, se vengará. En esta dinámica, el perdón sirve para disolver el ánimo de venganza que ha cultivado la víctima. Yo entiendo que la presión hacia el perdón es la presión por apaciguar este deseo y lograr la paz.

Nunca me sentí como una víctima, y creo que por ello no le he dado ni un segundo de pensamiento a la venganza. En mi experiencia en la Escuela Militar, uno de los torturadores fue

Manuel Contreras, el Mamo, el temido jefe de la Dina. A mí me parecería un insulto si el Mamo o cualquier otra persona de esa organización apareciera ante mí, de repente, me dijera «estoy arrepentido» y me pidiera perdón (esto es una ficción porque Contreras, como muchos otros, ha declarado que no se arrepiente y no quiere pedir perdón). No es que le encuentre razón, pero si él cambiara de parecer y me pidiera una reunión para pedirme perdón, yo no me juntaría con él. Lo consideraría un insulto a mi propia historia. Lo que se me hizo a mí, y a miles de otros, existió. Pedir perdón no borra ese hecho. Quizá sirva para quienes creen que basta con decir «me arrepentí, pedí perdón, fui perdonado y entonces no cometí falta, esta ha sido borrada», y se llegue a la tabla rasa, a fojas cero. Yo no creo en eso. Creo en afirmar la vida, no en borrarla. Así como no anido deseos de venganza, tampoco deseo perdonar.

La imagen

La imagen de la víctima, o la del héroe, son solo imágenes, como decíamos, no son la realidad. Aunque la imagen traiga cultura y mundos consigo, es la realidad más profunda de cada uno la que la crea y sostiene. Aun cuando la imagen nos devuelva sus identidades, con sus contenidos y sus pautas de conducta, por debajo siempre está la realidad de cada uno. Y esta realidad es distinta de la imagen.

¿Qué puede querer decir esto de *la realidad de cada uno*? Una parte de la realidad de cada uno está constituida por todas las memorias que han dejado impresas en nosotros los eventos de nuestras vidas. También internalizo la reacción que he tenido ante los eventos que me ocurren, grabándolos en mi memoria. Mi cerebro transforma estas impresiones en mis representaciones, y luego mis conductas las transforman, a su vez, en mis condicionamientos. Estas representaciones y

condicionamientos son los que se activan después, en forma de impulsos, cuando desde el exterior me llegan estímulos. Así, más allá de los impulsos primarios que son comunes a los seres sintientes, el origen de los impulsos propios de cada humano son las impresiones que se han registrado y sistematizado en la energía oscura del cerebro. Desde esta oscuridad estructuramos condicionamientos y producimos representaciones, y a partir de ellos generamos nuevas interpretaciones psíquicas.

Así, cuando en mi entorno ocurre algún evento, mi reacción estará impulsada por mi contexto interno. Por este sistema construido por las impresiones que he grabado, las que con su recurrencia en mi manera de responder se han convertido en patrones de conducta condicionados. A fuerza de repetirlos, estos patrones de conducta a su vez refuerzan las representaciones (imágenes e interpretaciones) que cada uno nos hemos fabricado.

Normalmente no nos generamos el espacio que nos permita observar con distancia estas representaciones, así que finalmente se vuelven invisibles hasta para nosotros mismos. Salvo que conscientemente genere otras impresiones, voy a tender a actuar de acuerdo a los impulsos, orientados por esos patrones condicionados. Es decir, reforzamos en nuestro cerebro y en nuestra memoria patrones de conducta que a fuerza de repetirse se vuelven inconscientes y nos indican cómo reaccionar cuando aparece un evento determinado en nuestro entorno. Es algo parecido a lo que ocurre cuando desarrollamos nuestra personalidad, nuestro ego o nuestros egos. Esto es lo que identificamos como nuestra identidad.

Ahora que me encontraba sin estímulos externos, tenía tiempo para establecer una distancia y ver esas representaciones inmediatas de mí. En el silencio podía avanzar más.

Al preguntarme por qué habría de verme como una víctima, o como un héroe, lo que hacía era tratar de comprender el patrón de condicionamientos que me llevaban a pensarme

de una u otra manera. Me parecía claro que este patrón y sus representaciones eran un mecanismo que había desarrollado para interactuar con la realidad circundante. Una herramienta reactiva a lo que ocurre afuera: si allí no hay estímulos, en mí no hay reactividad.

Pero también había otra manera de verlo. Una que va en la dirección contraria, que va hacia adentro, más interna. Podría preguntarme: «¿Quién soy cuando no tengo una imagen de mí mismo?». O, de una manera más precisa: «¿Quién o qué soy cuando no me identifico con una imagen?». Eso me producía una cierta perplejidad. ¿Es posible responder a esta pregunta existencial sin crear, al mismo tiempo, una nueva imagen? ¿Es posible tener una respuesta que no sea intelectual o imaginaria? Para mí valía la pena hacerme esta pregunta. Si uno es capaz de sentir la sensación emocional que surge de ella, y puede sostener esa emoción antes de que se transforme en un pensamiento en forma de una frase o una imagen, entonces sí es posible estar más cerca de encontrar una respuesta a la pregunta: «¿Quién soy yo?».

La emoción

¿Hay algo que antecede a la emergencia de la imagen? Si alguien tiene la posibilidad de contar con la tranquilidad y el silencio suficientes, lo que esa persona va a escuchar es un vacío profundo. Va a sentir la sensación de carencia, de que algo falta.

Si se ha tenido la fortuna de sentir y sostener ese vacío, entonces es posible explorar una realidad más interna. Todos podemos sentirlo, pero sostenerse en ese sentir por mucho tiempo es más difícil. Me imagino que una de las razones de ello es que nadie nos ha instruido a hacerlo. En vez de enseñarnos a contener y sostener el vacío para poder explorar en el interior, lo que se nos enseña es a abandonar ese lugar lo más rápidamente

posible, y a llenar el espacio con imágenes, pensamientos y relatos. Nos llenamos de imágenes reconfortantes relacionadas con la autoestima, y nos decimos cosas constantemente. Cosas bellas y también otras no tan bellas.

Si tengo la fortuna de poder reconocer y quedarme un instante en el vacío, tendré la oportunidad de explorarlo. Mientras más explore, más profundo será el vacío que se siente, y más fuerte será la sensación de carencia. Se sabe bien que la tranquilidad y el silencio son el camino de la escucha profunda, y en esta hay algo muy bello: la plenitud de no ser nada.

Esto es bello, pero también da vértigo. En este lugar de vacuidad habita el miedo. A estas alturas ya había aprendido que el miedo no es un enemigo sino un aliado, así que me fue posible acercarme a él. Este miedo tiene facetas distintas que los miedos anteriores. Yo diría que es más abismal. No viene del miedo a algo o alguien, sino de no contar con referencias en las que uno pueda apoyarse o situarse. El miedo viene de no saber dónde estamos. El miedo trae siempre una energía que mantiene atento y alerta. Trae la sensación de estar plenamente vivo, de no estar en ningún otro lugar, sino solamente vivo y sin referencias.

El miedo que me atrae ahora es el mismo que me atraía desde que era pequeño. Cuando niño teníamos muchos juegos de miedo: el de la pieza oscura, el de asustar y que nos asusten, el perseguirse como buenos y malos. Todos esos juegos que adorábamos lo que hacían era activar, aunque fuera en pequeñas cantidades, la adrenalina del vértigo. Esa sensación que viene con la velocidad, con lo nuevo y lo inesperado. Es eso que tenemos todos desde niños, con la diferencia de que ahora lo tenemos a otra escala. A la escala del misterio, de la vibración del miedo sin imagen. Estar solamente en la sensación de miedo a lo desconocido, a la plenitud, a la vacuidad, al vacío.

Bien sabemos que en estos tiempos vivimos buscando la satisfacción de nuestros múltiples y pequeños deseos inmediatos. Esta búsqueda nos lleva a estar constantemente cambiando

y apoyándonos en la emergencia de estos deseos. Así que si de pronto nos detenemos y caemos en el vacío, nos desestabilizamos. Esto ocurre porque hemos perdido la capacidad de establecer una relación armónica con el miedo. Se nos ha vuelto difícil hacernos amigos de él, y sin este aliado nos es aún más difícil sostener el vacío.

Pero incluso siendo amigos del miedo es muy difícil sostenernos dentro del vacío, simplemente por el vértigo que ello implica. Y entonces, para llenarlo, vamos sin cesar en busca de imágenes e identidades imaginarias. Atiborramos nuestro mundo de pequeños espejos que nos digan, como a la bruja de Blanca Nieves, «eres la más bella» o «ya no eres la más bella».

Buscamos ser alguien, ser reconocidos como alguien. Las imágenes, pensamientos y narrativas nos alejan del miedo, y nos dan la sensación de seguridad; la seguridad de ser alguien en vez de nada. Pero antes que la imagen está el vacío de ser nada. Aunque no queramos verlo, siempre antes estarán el vacío, el miedo y el vértigo. Y cuando no queremos verlo, lo que hacemos es dar la espalda al vacío y volver nuestra mirada a las imágenes que nos distraen y nos atrapan. Nos alejamos de nosotros mismos para entrar en la pecera de las representaciones. Presentimos la oscuridad del vacío, pero no alcanzamos a percibir lo que hay allí. En nuestra fuga de nosotros mismos, no nos detenemos a sentir de qué está lleno el vacío.

La identidad

Las imágenes, aunque sean irrealidades, crean mundos imaginarios que nos envuelven como un manto. Descubrí que sirven para apuntalar nuestras carencias y los condicionamientos que hemos desarrollado para esconderlas.

Este descubrimiento me cayó encima casi como un rayo. Fue como cuando descubrí que para mí yo no era una víctima.

Que mi identidad no pasaba por ser una víctima: podía serlo para los otros, los que estaban *afuera*, pero no lo era para mí.

Entonces ¿quién soy yo? ¿Quién soy yo para mí? De repente pude penetrar en el mundo de lo que había considerado que podría ser mi identidad. Este reflejaba el modelo que se había organizado en mi cerebro a partir de los cuentos, los libros y las películas de la infancia. También, quizá por haber sido, por lejos, el menor de la patota que se juntaba cotidianamente a jugar en la Plaza de la Alcaldesa, después del colegio. Como el más pequeño, siempre había buscado marcar una identidad en ese grupo; por ejemplo, la de ser héroe para mí, realizando las acciones más osadas. Eso me permitía soportar la indiferencia de los más grandes, sus humillaciones —intencionadas o no—, y también contener el orgullo de que, a pesar de todo, era uno de ellos.

Sin las perturbaciones de la convivencia con otros prisioneros, todo esto se me volvió accesible y no demasiado difícil de comprender. Nunca antes había tenido la oportunidad de detenerme a examinar de una manera existencial y vivencial —más que teórica y conceptual— qué era esto que llamamos la identidad, y para qué o por qué buscarla.

Ahora avanzaba en una exploración más profunda. ¿Qué es la identidad? ¿Es solo una construcción? ¿Es algo que está en mí o está en la mirada del otro? ¿Por qué querer tener una identidad o fabricarse una imagen, verdadera o falsa? ¿Qué angustias y miedos se cubren con la vestimenta de la identidad? ¿Por qué quería vestirme con la identidad del héroe? ¿Qué dolor de infancia estaría escondido en mi corazón? De tanto preguntarme se caían los ropajes de identidades adquiridas y empezaba a sentirme desnudo y extraño en un mundo donde la identidad parecía ser algo muy importante. Algo que todo el mundo busca para sí, para ser algo o alguien, fuera o no fuera sí mismo.

Empecé a sentirme aún más extraño cuando vi las capas que nos agregamos por encima de todas nuestras experiencias personales. Me sentí un extraño en un mundo en el que sobre

todo se busca una identidad en la sociedad en la cual se vive. Afirmarse en la identificación con un conglomerado mayor, y ser más de lo que soy: chileno, peruano, latinoamericano, europeo, asiático, terráqueo. La o las identidades que pude haber tenido hasta entonces comenzaban a desvanecerse, tal como los frescos antiguos que se han preservado en el vacío de la oscuridad y que se disuelven al contacto con la luz y el aire. En fin, el cuerpo se llenaba otra vez de sensaciones, y la cabeza de interrogantes, aunque al poco andar estas últimas se volvían a desvanecer, dejando solo la sensación de pasar de una capa a otra en la exploración.

En una de las primeras capas, un tema empezó a darme vueltas en la cabeza. Fue lo que a veces llamamos «las etiquetas». Con las etiquetas clasificamos a las personas. ¿Por qué existen? ¿Por qué necesitamos ponérselas a las personas como si fueran cosas? Lo primero, me decía, es que, como seres racionales, creemos que podemos comprender mejor a las personas si es que logramos clasificarlas de alguna manera. Si decimos que alguien es una persona inteligente, la ponemos en la categoría de las personas inteligentes, le atribuimos sus características y esperamos que se comporte como una de ellas. También les atribuimos sus características genéricas, pero eso no asegura que logremos conocer a las personas. Lo único que conocemos son los estereotipos y las generalizaciones que vienen con las etiquetas.

Además hay una cierta seguridad que se instala en las personas cuando se asocia una etiqueta con una identidad. El problema que emerge es que, al identificarse de esa manera, las personas se alejan de quienes son. Si nos identificamos con esas etiquetas, y con lo que se supone que ellas deben hacer, nos alejamos de nosotros mismos.

Desde pequeños nos enseñan a ser alguien. A ser un cierto tipo de alguien. Nos muestran a personas sobresalientes para tener modelos a los cuales seguir. Recuerdo que en mi infancia

nuestros padres nos compraban una revista que se llamaba *Vidas ejemplares*, donde se nos ponía como modelo la vida de santos católicos. Nos programaban con la esperanza de que —con suerte— eventualmente podríamos llegar a ser como ellos. Nos impulsaban a ser como deberíamos ser y no a ser como éramos. Nadie nos enseñaba a ser como somos.

La pregunta «¿quién soy?» puede ser tomada de varias maneras. Una, la más evidente, es la que se orienta a tener una identidad para los otros. Externa, social. La sociedad se ha esforzado en entregarnos muchos modelos de identidad, de acuerdo con el tipo de sociedad de que se trate. Una persona exitosa es aquella que hace tal cosa, que vive en tal lugar, que tiene tal tipo de bienes, etcétera. Es decir, una cierta cantidad de construcciones culturales. Podemos decir que la identidad es la suma de etiquetas: ligadas a la inteligencia (inteligente, tonto), a la apariencia física (chico, feo, gordo, bonito), a sus bienes (rico, pobre), y así podemos continuar con su raza, su sexo, escolaridad o cualquier serie de atributos.

Pero ¿es esta la respuesta a la pregunta «quién soy»? Una identidad que se asume como la suma de etiquetas que nos adhieren y que tienen significados para los otros nos ubica en un plano de total exterioridad y dependencia de lo que pensamos que los otros piensan de nosotros. Así, mi identidad no es mía sino la que los otros me asignan. La que los otros ven en mí y no la que yo veo, a no ser que yo sea para mí mismo un objeto lleno de etiquetas.

De todas maneras, uno sí puede saber que hay una distancia entre yo y la imagen que me he forjado al pegarme imágenes de objetos. Mi auto, mi casa, mi conocimiento, mi camisa azul de cuadros, mi lugar de vacaciones, mi pelo. Cada uno de estos «mi» es una etiqueta, un pequeño «yo» que voy sumando a mi identidad. Yo sé bien que no soy eso, pero igual me aferro a ello porque la cultura de hoy nos va enseñando que eso es la identidad. Como se trata de la cultura en la que vivimos y desde

donde sacamos los símbolos, terminamos aceptándolo, aunque sea en parte. No nos queda otra si no queremos ser unos completos extraños.

Sabemos que la imagen no es mi identidad. Sabemos que es solo eso. Pero, al mismo tiempo, nos esforzamos en fortalecerla para pretender que somos lo que no somos, aunque sepamos que no somos eso y no sepamos quiénes somos.

Más allá de la respuesta cultural, hay una respuesta filosófica a la pregunta de quién soy. Pero la pregunta filosófica propiamente tal es conceptual, no existencial. Es posible que sea impulsada por una emoción existencial, pero su formulación es conceptual. Siempre. Y como siempre la respuesta es «no sé», la respuesta filosófica nos conduce al nihilismo.

Hay otra forma de enfrentar las preguntas de quién soy y cuál es mi identidad. Si logramos contemplar con alguna detención las imágenes de lo que llamamos nuestra identidad, podemos ver que son solo etiquetas, imágenes pegadas a ideas que nos hemos fabricado o que otros han intentado configurar en nuestro cerebro. «Tú, hijo mío, serás un ingeniero» (o un escritor, un profesor). Tienen solo realidad en cuanto a la impresión física que se produce en nuestro cerebro cuando integra ese mandato paterno, pero nada más. Fuera de eso, son imágenes sin realidades que las sostengan.

Pero, como lo dijimos antes, las imágenes son útiles. Al principio nos sirven para afirmarnos ante la vida, pero pareciera que son, además, la herramienta que tenemos los humanos para poder acercarnos más suavemente a nuestra realidad subyacente.

Hemos dicho que nos fabricamos las imágenes de la identidad antes de darnos cuenta del vacío en que nos encontramos. Por miedo al vacío, vivimos de imagen en imagen. Pero, en realidad, nadie se engaña con ellas. En el fondo cada uno sabe que la imagen de sí mismo es solo una imagen. El ingeniero sabe que no *es* un ingeniero, el escritor sabe que no *es* un escritor, el diputado sabe que no *es* un diputado. Aunque uno haga

las cosas del ingeniero, el escritor, el diputado, uno no *es* eso. Esos son roles, etiquetas sociales, y uno no es ni un rol ni una etiqueta. No somos imágenes ni somos conceptos.

Las imágenes ocupan nuestra mente y vienen a llenar imaginariamente el vacío en que estamos. Pero cuando tenemos la conciencia de que esto es así, algo nuevo emerge.

Es fácil entenderlo. Por ejemplo, como consecuencia de los cambios que ocurrieron con el golpe de Estado, a mi esposa y a mí nos cambiaron las etiquetas: de ser luchadores por la justicia social pasamos a ser parias. Pero, por sí solo, este cambio no significaba que fuéramos otros. Internamente nada había cambiado, aun cuando las condiciones materiales de nuestras existencias fueran otras. Antes yo estaba libre y ahora estaba preso. Los cambios fueron solo de las etiquetas y de las condiciones materiales en las que se desarrollaba la existencia. Nos afectaban, pero solo externamente.

Casi siempre hay una imagen. Uno puede aceptarla o no, puede creer en ella o no. No importa. Puede ser burda o sofisticada, puede que no sea solo una, sino muchas. Sea lo que fuere, no son más que eso. Siempre estamos cambiando de imagen. Casi cotidianamente, como cuando uno cambia de vestimenta y se pregunta «¿qué imagen quiero proyectar hoy?». De la misma manera en que uno desecha una vestimenta, puede desechar una imagen, que es una etiqueta superficial, sin que por ello cambie yo internamente. Casi todos tenemos la impresión de que una parte de uno no cambia nunca.

La imagen, en un cierto nivel, es una capa superficial. Sirve para darnos una identidad, evitarnos el no ser nada. Cambiamos de imagen cuando la imagen que tenemos en un momento determinado deja de protegernos de la vacuidad.

Pero cuando maduramos y entramos en capas menos superficiales, logramos comprender que la utilidad de la imagen en tanto protección es solo válida para cuando somos pequeños. Entonces necesitamos que nos reconforten y nos den seguridad

ante el miedo grande que sentimos al enfrentar el vacío. Desde niños nos gusta el miedo, pero a medida que crecemos vamos aprendiendo que el miedo, además de gustarnos, también es valioso. Para madurar podemos entrenarnos en esto. Podemos practicar nuestra aproximación al miedo, y así pasar del juego de la pieza oscura al salto al vacío. Solo que, para lanzarnos en este salto, primero es necesario que antes hayamos decidido madurar como humanos. Es una condición.

Casi siempre tenemos imágenes de identidad en nuestras cabezas. Solo que al crecer nos damos cuenta de que su utilidad real no es protegernos del vacío, sino todo lo contrario. Si comprendemos que las imágenes de identidad son solo imágenes, lo que nos indican es el gran vacío, la gran carencia que hay bajo ellas. Son la puerta de entrada al vacío, y comprenderlo es una invitación a atravesar su umbral, dejar atrás la imagen y atreverse a adentrase en él. En este viaje exploratorio, el miedo es nuestro guía, acompañante y aliado. Es lo que nos mantiene vivos, alertas y asombrados.

CAPÍTULO 5
LA LUZ INTERIOR

Dejarse caer

Las cosas que a uno le ocurren en la vida dejan marcas en el cuerpo y en la psiquis. Son lugares distintos, con sus laberintos propios, con sus procesos propios y con efectos distintos.

En el momento aislado y en el silencio en el que me encontraba, me daba cuenta de que necesitaba paz y concentración para poder explorar tanto el cuerpo como la psiquis. Necesitaba limpiar mis conductos internos. Sanar cada una de las conexiones nerviosas invisibles que hasta entonces me habían mantenido en vida y en equilibrio. Tenía que descongelar el miedo cristalizado en mis músculos, desmantelar la rabia que se paseaba difusa a lo largo de mi cuerpo y descubrir dónde se había incrustado la ira, la que, desde algún lugar escondido, a veces me pulsaba pensamientos de guerra. La ira y la rabia estaban allí, escondidas pero como algo enorme, potencialmente explosivo, como una bomba hecha de sentimientos no atendidos.

Cuando exploraba atentamente mi cuerpo podía percibir que había matices. A veces me encontraba con sensaciones acuosas, asociadas a la sangre y a otros fluidos. Otras veces con sensaciones más sólidas, ligadas a los órganos o los huesos.

También las había más aéreas, ligadas a la respiración. Y a veces eran musculares y nerviosas. Estas últimas, especialmente, eran las que se volvían más sensibles cuando emergían las sensaciones de los eventos que había experimentado mi cuerpo. En esas ocasiones inevitablemente me embargaba la sensación del encogimiento físico. De hecho, me contraía, me encogía. Podía hacerlo sin sentir el dolor físico. Ello me permitía mirar con desapego.

En esta exploración comprendí que la vibración emocional toma la dinámica de una circulación energética en el cuerpo. En un momento sentía una emoción, la que luego cambiaba de tono y se transformaba en otra. Entendí que la ira y la rabia eran el resultado de penas profundas, del aprendizaje de la desesperanza, de la experiencia del abuso y de la ausencia de poder. Si no lograba ubicarlas en algún lugar dentro de mí no podría relacionarme con esas penas, con ese sufrimiento profundo, y terminarían expresándose con ira. Terminaría con pensamientos de guerra que no quería pero que también deseaba tener.

Esos pensamientos los reprimía, ya fuese por miedo o por otra cosa que no sabía qué podía ser. Vi cómo la rabia mantenía viva en mí la guerra contra esas personas que no conocía y que tenían todo el poder externo para golpearme, someterme y, si lo quisieran, exterminarme como lo habían hecho con otros.

Constatar la desproporción que había entre el poder de esa gente sobre mí y mis escasos recursos mantenía vivo el miedo y el estado de alerta. Los carceleros manejaban mi tiempo cronológico: cuándo despertar, cuándo comer, cuándo ir al baño, cuándo dormir. Me habían dañado y podían volver a hacerlo en cualquier instante, sin previo aviso. Bastaba que algún prisionero en alguna sesión de tortura mencionara mi nombre para que lanzaran sobre mí toda la brutalidad del poder que les daba el monopolio de las armas.

En ese periodo, la única defensa a mi disposición se encontraba en mi ser interno. Pero este era algo sutil, sin forma. Pura

potencialidad, maleable, sin diferencias con la emoción como forma de existencia.

La única manera en la cual mi ser interno podía presentarse ante mí era como la vibración de una emoción pura. Lo que podía percibir era solo la vitalidad que le es propia a la emoción. Pero las emociones vienen y se van. Así caí en la cuenta de que mi ser interno no era algo fijo, algo inmutable y estático, sino un fluir que cambia constantemente, como cambia y permanece un río. Su forma es sutil, como la que aparece con las ondulaciones del fluir de la corriente.

Las emociones no solo constituían mi ser interno, también lo guiaban. Principalmente el miedo y la rabia, aunque sobre todo el miedo. Me mostraban dónde tenía que desarrollar mis recursos para hacer frente a la amenaza externa. Esos recursos no estaban en mi poder externo, sino en mi poder interno y, curiosamente, en mi capacidad de dormir en cualquier circunstancia. Este era un factor importante, pues me permitía acumular energía.

Mi persona solo tendría la fuerza necesaria para sobrevivir si podía entrar en el vacío y explorar la profunda oscuridad dentro de mí. Esto no es algo fácil. Es una exploración íntima y cercana a uno, aunque, al mismo tiempo, es también lejana. Se escabulle y oculta. Es algo misterioso, y aunque no lo conociera bien, lo podía sentir, tenía acceso directo a mi ser, y eso era lo principal. No importa lo que me hicieran esas personas, siempre tendría la posibilidad de verlo como algo exterior a mí. Desde mi yo interno, mi desconocido ser interno, podría observar lo que me ocurriera, de la misma manera como se ve una historia de terror en una pantalla. Lo que me sucedía no me pasaba a mí, sino que a la pantalla de mi cuerpo.

Cuando me detuvieron, mi cuerpo tenía olor a cebolla. Ahora echaba de menos el aroma de la cebolla en mi piel. Desde que había sido despedido de mi empleo en Corfo y

ya no podía hacer mas clases en la universidad, había tenido que hacer múltiples pequeñas labores para sobrevivir. Entre ellas, trabajar la tierra. Con mi esposa plantamos arbustos y frutales, y cultivamos la tierra produciendo hortalizas: lechugas, zanahorias, alcachofas, choclos y cebollas. El aroma que prevalecía del trabajo en la tierra de mi casa en La Reina era el de la cebolla.

No solo tenía sus aromas, sino que también era lo que comíamos. Mi cuerpo era literalmente un cuerpo de cebolla, zanahoria, lechuga y manzana. Y cuando se acababan las manzanas, era de pera. Mi cuerpo dejaba de ser la manzana que había sido y se transformaba en pera, y la manzana y las peras se transformaban en mí. Era, entre otras cosas, esos frutos. Entre otras cosas, porque también era aire, sol, agua y minerales. Yo tengo cuerpo, pero mi cuerpo no soy yo, son esas cosas elementales e independientes de mí que no son yo. El cuerpo que habito está hecho de todas esas cosas maravillosas: de tierra y aire, de agua y fuego. Cósmico.

Sorprende considerar de qué está compuesto el cuerpo. Allí están la tierra, el aire, el agua y el fuego. También, por la genética, están mis padres, y sus padres, y los padres de sus padres. En mi cuerpo está todo el linaje genético de mis ancestros. Me pregunto quién soy. Una respuesta literal es que soy mis ancestros. Por eso, de una manera extraña, yo soy antes de nacer, pues ellos fueron antes de que yo naciera. Y también mis antepasados son yo, pues están presentes en mi cuerpo. Entonces, a pesar de que han muerto, están vivos en mí, aunque de otra manera, tal como yo estaré vivo en mi descendencia cuando muera. Si miro hacia el futuro, estaré presente hasta el final de los tiempos. Con mi cuerpo estoy en el tiempo y en el espacio, al mismo tiempo que estoy fuera de ambos. Nací en un espacio-tiempo, pero también ya era antes. Moriré y dejaré el espacio-tiempo, pero continuaré siendo. Es como lo dice la tradición budista: no hay nacimiento ni hay muerte.

Cuando intuyo mi eternidad, atrás quedan las inquietudes y el espíritu se tranquiliza. No pierdo más energía en las fantasías de las imágenes que están cambiando constantemente. No me desgasto y el cuerpo conserva la energía, se vuelve disponible para sostener y sostenerse en el vacío. El cuerpo se prepara para una experiencia desconocida, donde no hay que hacer nada sino mantenerse alerta.

Esta experiencia es muy diferente a lo que ocurre en la vida corriente, con su constante demanda de energía: para las cosas básicas, como procurarse comida o dinero, y también para otras no tan básicas, como ir al mall a dejarse tentar por todo tipo de ofertas y estímulos.

No. En este espacio se economiza la energía. No hay nada que esperar, y si no hay nada que esperar, si no tengo que responder a ninguna exigencia, puedo ser original: soy lo que soy. Ese es el instante en que aparece la espontaneidad. Muy distinta de la reactividad, que se gatilla como una defensa. La espontaneidad no es algo reactivo, sino algo natural.

Si no hay nada que hacer, si no hay expectativa, cada parte del cuerpo empieza a funcionar sin forzarse, naturalmente. De a poco la funcionalidad natural toma el control. Las cosas entran en su lugar, en el cuerpo que se mueve desde el interior sin exigencias. Es un cuerpo que se torna disponible al presente, y es lo que permite que el cuerpo se haga más presente en nuestras vidas dominadas por lo mental.

Hacerse más presente quiere decir que el cuerpo pasa a ocupar un lugar más importante en nuestras vidas. Se hace notar. Tiene algo que decir cuando tenemos que realizar algo. No es algo excepcional, sino que es una simple relación con lo que hay que hacer. Se trata de una mayor sensibilidad. Por ejemplo, encontrar pareja, ver qué comer, elegir un auto, decidir dónde ir o con quién relacionarse. Cuando el cuerpo se hace más presente, cuando está más disponible, hay más flexibilidad, sensibilidad y adaptación. Los sentidos también lo hacen. La visión,

el sonido, el sabor, el tacto, los aromas, están naturalmente más activos y pasan a ocupar un lugar más importante en nuestras vidas. Con menos imaginario y menos fantasías se nos da un contacto más natural y espontáneo con lo real. Los sentidos nos contactan con lo real. Son las interpretaciones mentales las que se equivocan.

Más allá de esta funcionalidad enriquecida, con menos proyecciones y menos ansiedades, sin buscar en las situaciones una supuesta respuesta a nuestros deseos —creados por nuestros condicionamientos— sin esperar nada, solo estando disponibles, no nos queda sino estar atentos y en la escucha de la realidad de las situaciones.

En vez de estar en la defensa de la imagen proyectada, podemos estar en la posición contraria: estar atentos y escuchar. Si lo hacemos, nuestros cuerpos se transforman en el receptáculo de la vida, la realidad puede revelarse en su esencia.

Sin tener que buscar con quién relacionarse en el mundo externo, las emociones dejan de funcionar como energías reactivas y pueden fluir más naturalmente en su circuito de oscuridad. Con menos demandas de la personalidad, las emociones pueden entrar en su funcionamiento más libre. Se vuelven más impersonales, más naturales, con menos obstáculos y más oscuras.

Por su parte, la mente, ya sin tener que probar nada, sin la necesidad ni la arrogancia de acumular conocimientos, ni de demostrarlos, puede tranquilizarse y descansar. Las imágenes quedan atrás, en el lado en el cual sentimos que hay que sostenerlas ante los otros. La imagen social que con tanto esfuerzo hemos construido queda en la desnudez, es solo una etiqueta pegoteada. Vista de este lado, despojada de su función social, esa etiqueta, o cuantas ellas sean, se ve un poco ridícula. Debo reconocer el rubor que me surge al pensar en ello. Sin ese pegamento ya no hay nada que demostrarle a alguien. Las etiquetas pierden su poder, su sentido social, y se caen secas sin vida.

Sin embargo, aun cuando los otros no están, todavía quedo yo.Yo como otro. Si sé que no soy las etiquetas, igual tengo una decisión que tomar. De nuevo aparece la misma encrucijada: ¿debo abandonar todas esas imágenes o debo mantenerlas aunque sepa que ellas no son yo?

En esos momentos recordaba de nuevo los aprendizajes que recibí de niño: «la verdad os hará libres». Esos ecos resonaban en mi cabeza. ¿Qué es eso de la verdad? No era como Pilatos —¿la verdad?, ¿qué es la verdad?— y luego me lavaba las manos. Estaba comprometido y al menos sabía lo que no era. Sabía que no era la mentira.Y también sabía que la mentira es la negación de la verdad. Sea consciente o inconscientemente que uno se mienta.

Esto no era una cuestión de moral. La moral se encuentra en el lado externo de la línea. En el deber ser, ajustarse a la norma es lo que le aporta seguridad a la imagen que me he construido. Me aporta seguridad a mí y a los otros, pues si la persona se ajusta a esa etiqueta, entonces se sabe qué esperar. Es lo propio del mundo de lo conocido y lo etiquetado. Por esto me aferro a ello, pero igual sé que es una construcción artificial.

Más que una cuestión moral del deber ser, era una cuestión de ética. De dejar que se revelara en mí el receptáculo de mi ser, que apareciera la morada en la cual este habría de desplegarse. El espacio de mi libertad. Libre a pesar de estar allí, preso: desde mi interior podía mirar la luna, las estrellas y la noche inmensa. La luna y yo nos uníamos, pues la veía dentro de mí. No puede ser de otra manera.

Esto requería de mucha humildad. Sin pretensiones ni heroísmos, sin los personajes que había construido y que habían poblado mi vida.Y no requería de mucha práctica. En realidad no se practica. No se requiere nada, no se hace nada, ni siquiera se pretende ser humilde. Solo se trata de soltar y dejarse caer. Primero se logra y luego, si se quiere, se mantiene.

El miedo

En este relato, la palabra miedo aparece con frecuencia. La uso en un singular genérico, pero en realidad el miedo tiene muchas caras, es multifacético. La manera más corriente en que se expresa es la sensación corporal de estar ante una amenaza que nos prepara para defendernos y actuar. Si tenemos algo que defender, el miedo nos vuelve atentos y precavidos al entorno. La energía emocional tensa el cuerpo y nos prepara para defendernos.

Cuando la amenaza existe, tenemos que decidir cuán grande es la desproporción entre lo que ella representa y las capacidades que poseo para hacerle frente. Si decido que la amenaza no es muy grande, y puedo hacerle frente, el cuerpo se carga con la energía suficiente para estar listo para atacar si fuese necesario. Aun cuando las emociones ocurren internamente, también las expreso corporalmente: abro más los ojos y le pido prestada su cara a la ira. Tomo aire y aumento la dimensión de mi cuerpo, el que se agranda y eriza los vellos para inspirar miedo a lo que me amenaza. Esto es lo que pasa con la violencia ordinaria.

Si decido que la amenaza es muy grande para enfrentarla con mis capacidades, el tipo de tensión muscular es distinta. El cuerpo se prepara para arrancar lo más rápidamente posible. Igual abro los ojos y le pido prestado su rostro al asco. Pero si la amenaza es demasiado fuerte, la tensión rigidiza y nos congelamos. Como muchos seres vivos, nos hacemos los muertos hasta que pase el peligro.

El miedo vivido en el tormento no canaliza la energía hacia el ataque sino a crear una coraza de autoprotección. Más tarde, en el encierro, el miedo se suelta, se vuelve más difuso, nos penetra y se convierte en nuestro trasfondo. Lo reconocemos como un océano oscuro, sin fondo y sin límites. En él uno tiene que aprender a nadar y flotar, porque de lo contrario sobreviene el naufragio.

Pero esta experiencia no sucede solo en condiciones de encierro. Aparece con más facilidad en esa situación, pero no le es exclusiva. Cuando ocurre, uno puede reconocer el océano profundo como algo que ha estado siempre allí. El miedo nos lleva a ese lugar y, al mismo tiempo, el lugar contiene al miedo. Como lo hemos venido diciendo, es un miedo distinto. No es reactivo a alguna cosa, no es a Romo, al Troglodita, a Krassnoff, y a los otros y otras. No es un miedo a algo, es un miedo sin estímulo aparente. Solo cabe sentirlo como una experiencia sin causa, que siempre ha estado allí.

Es, de alguna manera, el mismo miedo de infancia que se gatilla con algunos juegos, con las arañas o, más tarde, con otras amenazas. Podemos decir que se manifiesta por el estímulo, por aquello a lo que se le teme, solo que ahora es posible verlo sin ser revelado por el estímulo. Si mantengo la idea del miedo ligado al estímulo, no es propiamente una emoción pura e impersonal, sino una personal, configurada por la mente y que puedo regular y hasta superar, generando las competencias necesarias para eliminar la amenaza que implica el estímulo. Pero eso no quiere decir que el miedo no será gatillado por otra razón. Por ejemplo, a lo que le pueda ocurrir a mi familia en mi ausencia. Siempre hay miedo y estímulos que lo gatillan. Siempre es una expresión del mismo miedo profundo. Sin causa, sin imágenes ni objetos. Autónomo, impersonal, absoluto. Sin referencia a nada.

La experiencia del miedo sin estímulo nos muestra que hay una inteligencia en el miedo, que es algo bueno. De hecho, es lo que más vidas salva. Lo que hace esta experiencia es abrir la posibilidad de que nos armonicemos con él. Esta es una experiencia, no un pensamiento. Si es vivida conscientemente, entonces el miedo se transforma en el aliado y el guía que es.

El miedo es la energía que necesitamos para entrar y explorar el vacío. Es su regalo. Nos lo revela —mucho más que la

imagen— y lo hace con una intensidad insospechada. Se instala una relación refleja —el espacio como complemento del miedo—, y el miedo se revela nítido porque está rodeado de vacío.

Por cierto, uno puede rechazar el miedo. Siempre es posible ponerle objetos que lo limiten, generar imágenes, contextualizarlo y conceptualizarlo. Es algo que se puede y hasta se debe hacer, pues es una manera racional de comprender cómo los pensamientos, las imágenes, las palabras y hasta los objetos provienen de la energía emocional primaria.

Pero, si no se le ponen objetos y, por el contrario, se acepta la experiencia, entonces el miedo nos permite vivir en un espacio vacío. Es un miedo sin límite. Es una experiencia sin objeto.

Pero hay algo más. Si no hay objeto del miedo, tampoco hay sujeto. Aquí no hay nada personal. Es solo una corriente vibratoria de miedo que atraviesa el espacio sin límites. Es pura espontaneidad.

Todo esto ocurre en el silencio. Solo en la escucha atenta y silenciosa puede ocurrir que se exprese la emoción en su realidad más pura. Sin sujeto ni objeto, solo la experiencia de una vibración espontánea que fluye y circula. De repente uno tiene la claridad —no conceptual— de que todo es creado desde la emoción. El miedo puede sentirse completamente en su pureza, pero también se adivina que en cualquier momento puede dar lugar a la emergencia del pensamiento. El miedo puede crear una imagen, un referente, una fantasía como el pensamiento. Da origen a la imaginación. Pero antes de que existan la imaginación, el pensamiento y el lenguaje, está la emoción, cualquier emoción. Pero en particular está la tonalidad emocional del miedo.

El miedo también nos revela el cuerpo, la conciencia del cuerpo bañado por su energía. Por el miedo no miedoso. Por el misterio del miedo vital y creador.

La conciencia

Fue un regalo que se me revelara, aunque solo fueran unos instantes, la experiencia de vivir con el miedo espontáneo, más sutil e impersonal. Que se me mostrara como guía y compañero en mi exploración. El miedo que orienta.

Me di cuenta de que lo que ocurre con el miedo, como con todas las tonalidades que asumen las emociones, es que ellas son la fuente de energía que nos permite volvernos conscientes. La conciencia viene de la emoción. Esto es todo lo contrario a lo que con frecuencia se escucha en el sentido de que las emociones perturban la atención y nos vuelven inconscientes. Puede que esto pase cuando las emociones son reacciones de la personalidad inmadura, como cuando uno, por ejemplo, reacciona torpemente y con ira cuando algo o alguien nos contraría. Pero esto son las reacciones propias de las emociones personales inmaduras.

Las emociones impersonales —naturales, espontáneas, depuradas de las reactividades— aparecen así como algo superior: son el vehículo de la conciencia, pues esta se muestra por el impulso de la emoción. Tanto es así que es difícil distinguir entre la conciencia y la emoción.

Todos podemos constatar que la conciencia tiene un movimiento parecido al de las emociones que vienen y van. Con ella podemos ver y luego no vemos más. Tenemos instantes de claridad, y luego se pierde para reintegrarse en la oscuridad. La emoción como portadora de la conciencia también se retira, y al esconderse se retira también la conciencia. Pero tal como la emoción, aunque cambie de intensidad y tonalidad, nunca se va totalmente.

Es también el mismo movimiento del pensamiento. Este tiene su origen en la energía oscura y activa del hemisferio derecho de nuestro cerebro. Luego toma forma y se expresa en imágenes y palabras en el hemisferio izquierdo, para finalmente

volver hacia su origen e incorporarse a una totalidad. Es el paso de lo implícito a lo explícito, y de vuelta a un implícito más rico, más completo.

Así como no podemos mantener la emoción por mucho tiempo, tampoco podemos hacerlo con la conciencia. Las experiencias de gran emoción y conciencia siempre tienen la misma secuencia: calma, exaltación, y luego calma de nuevo. Sus movimientos son idénticos: primero vacío y oscuridad, luego manifestación, y después vacío y oscuridad de nuevo. No hay nada, de repente aparece algo y luego ese algo se retira, y de nuevo no hay nada. Todo pareciera ser y estar en un movimiento de aparecer y desaparecer. Una inhalación, una apnea y una exhalación. Creación, homeostasis y destrucción.

Podemos apreciar que hay un ritmo en las cosas. Cada uno de nosotros tiene uno. Como directores de orquesta también podemos modificar nuestro ritmo y su onda. Podemos variar su longitud y frecuencia. Si estamos apáticos y adormecidos, no podremos salir de allí a menos que nos pongamos en contacto y nos abramos a la emoción. Esta es la energía que nos lleva de la inmovilidad al movimiento, de la apatía a la empatía, de la autoflagelación a la compasión, de la pasividad a la acción. Jung recoge esto cuando dice que no se puede transformar la oscuridad en luz sin estar impulsado por las emociones.

El vacío

¿Cómo lograr conocerme y saber quién soy? ¿Hay algo más allá o más acá de quién soy?

En la psiquis existe una frontera. Una línea de separación que está entre el aferrarse a algo y el abandonarse ya sin remedio. Mientras uno se mantiene aferrado, se queda pegado a ese lado. Lleno de fantasías, memorias, esperanzas. Aguardando algo o a alguien que venga y nos proteja. ¿De qué habría de

protegerme? En mi caso era de lo que me estaba ocurriendo allí donde estaba. Me protegía de la realidad.

La psiquis ve afuera solo lo que está dentro de ella. Es el universo proyectivo que le da forma. Al relacionarnos con lo que hay afuera proyectamos todo lo que tenemos en nuestra mente. Nuestras memorias, nuestros deseos, nuestras inseguridades y, sobre todo, nuestros miedos. En esta proyección no hay nada nuevo, siempre es más de lo mismo. Ya lo dijimos, las imágenes que lanzamos nos son devueltas como un boomerang. Así, vivimos dándonos vueltas en círculos, insertos en esta burbuja, dándole las espaldas al borde.

No siempre somos conscientes de ello. Más allá de la pregunta de quién soy, o en realidad más acá de ella, hay otra realidad, más fuerte que mi propia realidad como persona. Es una experiencia y una vibración sin límites. Es sentir la encarnación psíquica siempre cambiante de esa experiencia vibrante pero inmutable.

Si hacemos un esfuerzo, nos damos cuenta de que en nuestra psiquis siempre hay un borde. De este lado se encuentra lo que nos da seguridad. Muchas veces, aunque lo conocido no sea agradable, al menos sabemos de qué se trata. Es todo lo que hemos aprendido. Pero hay un límite en lo conocido.

Al entrar en el silencio podemos ver ese borde. Es una línea fina, que está siempre allí, esperando ser atravesada. Como cuando uno está en un umbral. Debajo de cada esperanza hay una necesidad, y debajo de ella siempre hay miedo. El miedo es el que provoca el deseo de esperar. En él está la llave para salir del círculo.

Al otro lado de la línea, en el vacío, no hay nada que pueda dar seguridad, no hay escape. Ya se han dejado de lado las esperanzas e incluso se abandona la motivación de escapar de la nada.

Esta ausencia de motivación no es como la que se siente cuando se está en medio de una depresión. En la depresión uno

ha decidido quedarse a este lado de la línea. A este lado lo que ocurre es que, si la esperanza no es satisfecha, se transforma en desesperanza. Tal como uno se aferra a la esperanza, lo hace a la desesperanza. En el fondo son el extremo opuesto de lo mismo. Pero al cruzar la línea ocurre algo muy diferente: desaparecen tanto la esperanza como la desesperanza, y se acaba la motivación de escapar de la realidad.

Al otro lado de la línea habita un silencio que puede abrazar toda la realidad. Al abandonarse a él, al entrar en la oscuridad, dejar de proyectar y ponerse en total receptividad, es posible entrar en contacto con la realidad. Uno está siempre en la realidad, de la misma manera que está siempre en la vacuidad, pero lo frecuente es que no seamos conscientes de ello o que no queramos verlo. Pero el hecho de no tener conciencia de la realidad no quiere decir que no exista o que no estemos dentro de ella, solo significa que no somos conscientes. Es como cuando comemos inconscientemente: no nos damos cuenta de que estamos comiendo y ni siquiera notamos lo que estamos ingiriendo. El intercambio entre la naturaleza y nuestra alimentación se nos escapa aun cuando esté allí, ocurriendo.

Dentro de nuestra psiquis vivimos en la burbuja del mundo que hemos construido. Es el mundo que nos hemos creado para resolver los problemas de la vida cotidiana, hecho de imágenes e interpretaciones que van formando nuestra personalidad y que sin cesar proyectamos hacia el entorno. Esta es una de las dimensiones en la que ocurre nuestra vida. Pero también hay otra dimensión, más real, que se encuentra cruzando la frontera de nuestra personalidad, más impersonal.

Cuando me he cansado de no encontrar respuesta a la pregunta de quién soy, después de que me ha quedado claro que no soy ni mi cuerpo, ni mis deseos, ni mis angustias o lo que fuera, al final solo puedo decirme «yo no soy eso». No soy mi psiquis ni todas las narrativas e imágenes que la llenan, ni tampoco soy mi cuerpo.

Aunque también puedo responderme «yo no sé». Al decir esto hay una resonancia. Se activa una vibración interna, un pequeño temblor, y me doy cuenta de que la pregunta de «quién soy» no espera tener un objeto como respuesta, como cuando uno quiere decir «yo soy eso». En ese instante me doy cuenta de que no soy un objeto.

No sé lo que soy, pero al menos sé lo que no soy: un objeto. No soy algo conocido. Si soy algo, soy algo desconocido, que está más allá del borde. Y la verificación de ello la tengo precisamente en la sensación de lo desconocido, sin interpretaciones ni narrativas. Ante la sensación de no saber qué es mi ser, solo puedo decir que soy una emoción: yo soy la sensación de lo desconocido.

Si me observo, y sé que no soy un objeto ni un sujeto, al hacerlo no estoy observando nada. En ese momento solo está la acción de observar. Aun cuando después, al reflexionar acerca de lo que hacía, lo más probable es que entre en los hábitos en que me he formado, en la necesidad de etiquetar, de objetivar y de generar una percepción a la acción de observar, construiré una imagen. Sometido a las restricciones del lenguaje corriente, tendería a reconstruir lo ocurrido mediante una frase con sujeto, verbo y predicado, o con sujeto, acción y objeto, y me diría «yo estaba observándome». Pero eso no era lo que estaba pasando antes. Si salgo de mis condicionamientos, podría constatar que cuando estaba en la observación, solo había una acción que llamamos observar. Y ni siquiera eso: solo había acción. Antes del lenguaje solo hay una acción.

Desprovisto de objetividad, de subjetividad y de identidad, me pregunto de nuevo y por última vez «quién soy». Al final solo podría decir: «soy la sensación de una acción». La pregunta solo tiene, como eco en mí, «soy la sensación de mi propia búsqueda». Sin localización, sin referencia a nada conocido, en total incertidumbre. Es lo único que podría decir.

Fluir

Habito un cuerpo que me es personal, pero también es impersonal. Está hecho de las cosas que no soy. De los genes de mis padres, y de sus padres, y de todo el linaje de la humanidad. También de minerales y vegetales. Como dice el maestro zen vietnamita Thich Nhat Hanh, también está hecho de la luz del sol y del agua de la lluvia. Esta hecho de todo lo que no soy yo. Si el cosmos no estuviera nutriendo mi cuerpo de manera constante, este no existiría. Me afectan emociones personales, reactivas, pero también soy llevado por emociones impersonales.

Estas dos dimensiones se me aparecieron como si fueran dos ríos. El personal y el impersonal. Aunque cuando uno se baña lo hace en uno solo, lo hace al mismo tiempo en ambos. Fluimos simultáneamente en el río personal y en el río arquetípico, impersonal. Este último es el río en el cual somos y fluimos. Vamos por él, con o sin conciencia. Es el que ve cómo viaja y se desenvuelve el fluir personal. El río personal es donde existimos, con o sin conciencia. Todas nuestras decisiones pasan por él, donde elegimos hacer esto y no lo otro. Donde vamos de un lado a otro, de una identidad a otra. Es el río de la angustia y la neurosis. Hegel lo llamaba la carretera de la desesperación. Es el del vivir en el movimiento y el cambio; donde estamos lanzados y nos distinguimos de los seres y las cosas. Es el río de la existencia.

Si en el primer río se des-espera, en el segundo no se desespera porque no se espera. Es el río inmutable, que no se interroga acerca del movimiento, solo acoge y contiene, solo es. Es el río del ser. El primero es el río de la existencia y el segundo es el del ser. El primero es el río del cambio y el segundo es inmóvil.

El río personal se nutre del río impersonal. Este último es el gran río: el río madre, de donde salen las vertientes y los canales. Es el agua que baja de las montañas, que fluye como ríos sobre la tierra y bajo la tierra. Es el agua madre.

A pesar de realizar un solo viaje, transito por dos ríos. Por el río del libre albedrío y por el río del destino. El del fenómeno y el del noúmeno.

Dudamos al tomar decisiones, dudamos al elegir. En el río de la existencia dudamos, y lo hacemos porque hesitamos y tememos equivocarnos. En el trayecto del destino no tomamos decisiones, pues el cauce está trazado. No hay decisiones que tomar, solo se debe estar disponible para lo que se presente y disponible para seguirlo.

Seguir el destino. ¿Cómo se hace? ¿Cómo se sigue, cómo se fluye con él? ¿Cómo se le obedece? Es más, ¿cómo podría obedecerle si ni siquiera sé cómo escucharlo? ¿Con qué oídos se escucha el destino? En mi existencia personal escucho con mis oídos sensoriales; en la corporal lo hago con mis sentidos, y a través de ellos reacciono e interpreto los mensajes del entorno. Pero ¿cómo hacer para oír sin los sentidos, cómo escuchar lo que no tiene sonido? Si nos fijamos bien, es algo que ya sabemos hacer, aunque no seamos conscientes de ello. Podemos oír sin los sentidos, de la misma manera como se escucha el silencio cuando el silencio nos habla sin palabras. Oímos con un oído no corporal. Mi yo personal escucha con los oídos corporales, mi ser impersonal escucha con un oído no corporal, es una escucha intuitiva.

El destino es un guía. Es un guía que se hace presente cuando logramos estar disponibles a lo que ocurre, escuchar lo que dice. Es una brújula que nos lleva hacia donde queremos ir. Hay aquí un acto nuestro: decidir adónde queremos ir.

La decisión de hacia dónde queremos ir, acerca de nuestro destino y nuestra fortuna, es un acto de conciencia. Siempre estamos en un nivel de conciencia que es el nuestro en ese momento. La mayor o menor profundidad de conciencia que demuestre la decisión, la mayor o menor amplitud, es lo que nos mostrará un trayecto que podría ser uno más largo o uno más corto.

Si decido desde el primer río, el del yo personal, por ejemplo, voy a querer ser alguien: un abogado, un actor, un padre, un presidente, un amante o un marido. Cuando nos orientamos hacia esos roles, el trayecto será más largo, pues cada una de esas expresiones eventualmente se agota, y luego tendremos que buscar otra destinación. Es una decisión guiada por nuestra propia ignorancia. Los deseos de ser alguien son de un nivel de conciencia de menor profundidad y menor amplitud. Pero igual el guía y la brújula nos indicarán el camino a seguir si es que sabemos escuchar y estar disponibles. Seguiremos nuestro destino por el río más largo y difícil, lleno de proyecciones, metas, compensaciones inmediatas e insatisfacciones que reaparecen a cada vuelta. Y después de cada insatisfacción, volverán a aparecer las proyecciones hacia el futuro. Es el río de la desesperación. El ego siempre cree con avidez que otra imagen u otro objeto le darán satisfacción. En este trayecto se gasta mucha energía y se vive estresado de tanto cambiar, de tanto esperar y anticipar. Hasta que un día tomamos distancia y nos separamos de ese río para observar y ser testigos de su fluir.

Sin embargo, si decido desde el segundo río, el del sí impersonal, mi deseo no va a ser querer ser alguien, sino solo ser. Reconocer el hecho de ser, que es la fuente de toda experiencia. Es más simple: si es que llega un momento en el cual los estímulos de la publicidad del mundo no nos incentivan como antes, o un momento en el cual empezamos a perder el sentido de la vida y nos confundimos, en ese instante podemos intuir que bajo las máscaras, bajo cada rol, hay un ser. Todos tenemos acceso a ello, porque somos. Todos en algún momento podemos preguntarnos «¿por qué he de querer ser alguien?». Y, al hacerlo, podremos darnos cuenta de que entre ser y ser alguien hay mecanismos que están operando, y que expresan, por ejemplo, la forma concreta en la que las proyecciones y deseos de mis padres se han introyectado en mí. O bien al observar

la necesidad de ser aceptado por mis pares o de conseguir reconocimiento social. Si logro, aunque sea por unos instantes, sentir el mecanismo en operación, en ese momento se acaban las proyecciones. En ese instante se me abre el trayecto más corto. Pero no solo dejo de lado las identificaciones; además, no voy a querer ir a ninguna parte. Desde el sí impersonal no hay adónde ir, pues uno ya está allí. Y uno está allí porque el sí impersonal desea ser el ser, y el ser es el origen. Este es un lugar inmutable, el soporte del momento, donde por ser origen es original. Allí todo es nuevo, siempre. Es un sustrato de fondo que no está en el pasado sin memoria ni en el futuro sin proyecciones. Es un sustrato sin restricciones. Está más acá de las categorías de tiempo y espacio. Es una acción que ocurre en un nivel de conciencia más profundo y más amplio.

¿Hay realmente una decisión o una elección cuando uno se dice a sí mismo que va a optar desde un río o del otro? Yo creo que no la hay. Lo que tomamos por decisión o elección es, en el fondo, solo un acto de subordinación y de obediencia. Cada uno se orienta a su destino según el nivel de conciencia en que se encuentra. Pareciera que esa persona tomara una decisión o hasta hiciera una elección en cuanto a la trayectoria que va a seguir. Pero no es así: si examinamos de cerca lo que ocurre veremos que en realidad uno siempre hace lo que su conciencia le dicta. Siempre somos obedientes en esta materia. Uno no realiza acción alguna contra su conciencia. Ni siquiera el peor criminal. Siempre se hace lo que la persona cree que debe hacer, incluyendo el asesinato. Aun cuando después se arrepienta de su actuar, la acción misma fue impulsada por su conciencia. Lo que hace el asesino está dictado por el nivel de su conciencia en ese momento. La diferencia está en el nivel de conciencia en el cual uno se encuentra.

Solo se puede escuchar el destino siendo su espejo. Me digo que soy, como cada uno es, solo un pasante que fluye por la vida. Creo que voy por un río, el personal, pero en realidad,

fluyo en dos ríos simultáneamente. Por ello, me asalta de nuevo la pregunta ¿los ríos son dos o uno solo? Cuando elegimos o tomamos decisiones, ¿elegimos y tomamos decisiones verdaderamente, o solo hacemos lo que nos dicta la conciencia, y por lo tanto no elegimos ni decidimos sino que obedecemos? Si solo hacemos lo que nos dicta nuestra conciencia, y siempre es eso lo que hacemos, entonces no elegimos. Es parecido a lo que enseñan los físicos modernos desde principios del siglo XX: cuando miramos un objeto de una manera, este se comporta de esa manera. Cuando vemos algo como si fuera una partícula, se comporta como partícula; cuando lo observamos como si fuera una onda, se comporta como onda. El objeto adquiere forma de acuerdo al nivel de conciencia en la que estamos en el momento de la observación. Así, cuando creemos que elegimos, creemos que lo hacemos, pero cuando creemos que no hay elección, no la hay.

A pesar de que en mis años de estudiante de filosofía había leído al físico Werner Heisenberg, solo fue mucho más tarde que pude empezar a incorporar lo que en ese entonces había entendido de manera cognitiva. En ese tiempo lo que me apasionaba, y lo que yo enseñaba, era el existencialismo. Hoy me impresiona ver cuán lejos estoy de lo que enseñaba antes a mis alumnos, en especial cuando, siguiendo a Sartre, señalaba: «Uno decide su destino, uno no es más que la suma de sus decisiones».

Cuando pensaba que lo que me ocurría era una cadena de decisiones, entonces aparecían los culpables, y yo no podía sino odiar. Pero si lo que sucedía tenía que pasar por la fatalidad del destino, entonces no había culpables, solo ejecutores del destino. Cuando pensaba así, entonces no había enemigos. Mis carceleros eran solo instrumentos del destino. En este tipo de pensamiento no me quedaba otra posibilidad que entregarme a la experiencia. Con ello, una cierta paz se instalaba en mí. En la vida personal había ira, en la impersonal paz. Uno es el deseo

de la mente y el otro es el anhelo del corazón. Uno es el deseo del ego, suficiente a sí mismo. El otro es el del vacío, el que lo contiene todo.

Así fue que me encontré con la disyuntiva que me siguió acompañando por muchos años. En el laberinto de los caminos de la vida, ¿uno elige o descubre su camino? Y el destino, ¿es algo que uno elige o descubre? La única salida a la disyuntiva pareciera ser mantenerse en la voluntad de amar lo real. De decirle sí a la realidad.

Es como pasar del mundo de las fantasías, de la imagen y los deseos acerca de lo que uno quiere ser —desde las imágenes que nos han marcado y que inquietan a nuestro corazón— para llegar a otro mundo. Partimos de las imágenes de lo que uno quiere ser. Partimos de la memoria, de esas imágenes marcadas por los mecanismos que estructuran nuestra mente. De todo aquello que nos dijeron nuestros padres, los adultos, la escuela, los amigos, la televisión, la propaganda, que nos indicaban qué era lo que había que hacer y cómo teníamos que vivir nuestras vidas. Partimos de lo que uno desea cuando está motivado por las emociones de la personalidad, sus deseos y avideces, para más tarde llegar a otro mundo, el de lo que uno busca, que está impulsado por la emoción impersonal. Ese mundo es donde el corazón se maravilla, se apacigua y por fin descansa.

Si nuestra trayectoria pasa por los dos ríos al mismo tiempo, somos personas que tenemos la facultad de estar simultáneamente en dos partes. Poseemos una bidimensionalidad: una propia de hombre más carnal, más cerca de la superficie, y otra más sutil, más cerca de la profundidad. Esta concepción del ser humano es universal y no es nueva. En Oriente, en los textos hindúes de los Upanishads, con frecuencia se usa la imagen de la serpiente y la cuerda. La serpiente representa el mundo de los objetos, de las personalidades, de los deseos, del pensamiento. La cuerda representa la realidad fundamental, el silencio y la conciencia. Cuando se deja de pensar que la serpiente es

la cuerda, entonces esta desaparece, porque la realidad es más fuerte que la ilusión.

En la antigüedad de Occidente, para comprender si somos nosotros los que movemos fuerzas o somos movidos por ellas, los platónicos distinguían a Adán de Prometeo. Prometeo tenía un hermano, Epimeteo, quien en ocasiones se vestía con el ropaje de Adán. La serpiente lo había tentado para que así lo hiciera. En esta tradición, Adán era visto como el arquetipo de un ser carnal, sometido a la serpiente, al destino y las potencias del mundo. Era un ser desorientado en las tinieblas y guiado por bajos niveles de conciencia y hasta por la inconsciencia. Prometeo, en cambio, era el arquetipo del hombre espiritual oculto en la oscuridad. Era el hombre de luz, orientado por ella y por su propia guía de luz, que se encuentra en su interior. En la oscuridad —no en las tinieblas— es donde habita el ser. Allí están retenidos los fotones de luz, el guía y la brújula. Prometeo es el arquetipo del viajero hacia la oscuridad, que va hacia ella para liberar la potencia del fuego que se encuentra en su interior. No es pasivo ni fatalista. A diferencia de Adán, que actúa desde el ropaje de su ego, la acción de Prometeo viene de su luz interior. Es autónomo, está desprovisto de personalidad, es impersonal. No dice yo actúo, él es la acción.

Al final, no se trata de elegir sino de abandonarse y descubrir. ¿Cómo se sabe qué es lo más coherente? Se trata de escuchar el corazón. Escuchar el estado del alma que se expresa en el corazón. Si vemos que este no está en paz, si aún está intranquilo, entonces esa es una indicación de que todavía estamos dependiendo de nuestros deseos e imágenes. De nuestro ego. Entonces hay que buscar más profundamente o quizá buscar otro camino, pues en el que transitamos hay desequilibrio y caos.

Uno no elige, sino que hace lo que le es más coherente, abandonarse a sí mismo, dejarse caer hasta sentir y luego asistir al proceso de dejar que emerja el anhelo profundo que hay en nuestra oscuridad. Contemplar la necesidad que viene del

inconsciente. Percibir la intranquilidad que busca ser tranquilizada; ese deseo profundo que delinea la voluntad, las acciones y el destino. Sostener el contacto consigo para poder escuchar lo que ocurre en la oscuridad del corazón. Tomar contacto directo con la intranquilidad, como a veces pasa cuando se medita. También podemos notar que al tomar conciencia de ello, esta se tranquiliza. Podremos incorporar el hecho de que la intranquilidad, el anhelo del corazón, se absorben en la conciencia. Lo único que podemos hacer es abandonarnos a la tranquilidad. Si el corazón está tranquilo, si está receptivo a lo que siente y si está en paz, entonces este es el camino por seguir, el camino de la coherencia y el equilibrio.

¿Quién podría tener la fuerza para sostenerse en ese lugar? Nadie. Lo único que se puede hacer es abandonarse y mantener el recuerdo de la voluntad de estar allí, porque en ese lugar íntimo uno al fin se reconoce. Pero en ese acto de reconocimiento, la persona que uno creía que era ya no está. Está la impersona. Siempre existe, inmutable, más allá —o más acá— de la persona cambiante. Eso que está es lo que habita en el mundo impersonal, un lugar que, sin persona, se autosostiene por la fuerza impersonal que se muestra en la oscuridad. Esta fuerza es la belleza que se revela, es la unión que se deja sentir, es la paz que contiene, es la compasión que nutre, es una manifestación de amor.

EPÍLOGO
YA SABEMOS QUIÉN ERES

A principios de diciembre del 1974 fui trasladado de Cuatro Álamos a otro centro de detención, Tres Álamos, donde quedé en libre plática. Un par de días después me anunciaron que sería trasladado al campo de concentración llamado Melinka, que se encontraba en Puchuncaví, en la Quinta Región. También, con seriedad y satisfacción, me dijeron: «Ya sabemos quién eres».

A fines de febrero de 1975 se acercaba el término de mi estadía en Melinka. Pero yo no quería abandonar ese sitio. Me había hecho un lugar allí. Además, había escuchado que venía una misión de Naciones Unidas y la dictadura quería limpiar los vestigios de su acción. Los compañeros me incitaban a que me exiliara, tal como ellos lo preparaban, pero yo me negaba. Venía de meses de alucinación. Para algunos esto era claramente una especie de locura. Pero yo me sentía lleno de luz. De luz negra. En la escuela shaykhí de la filosofía sufí se dice que el acto de la existencia es la dimensión de luz en los seres, mientras que además existe una dimensión de oscuridad. En la luz estaría lo que se ve y lo que es, en la oscuridad estaría lo que no se ve y que corresponde al devenir. Lo visible se nutre de lo oscuro, así es como el camino personal se nutre del camino impersonal, y la luz clara se nutre de la luz negra.

Así, quería testimoniar quedándome en Melinka, aunque fuera el último en hacerlo. Después de haber hecho tantos esfuerzos por liberarme, esta resistencia mía fue descorazonadora para mi esposa. Al final no hubo decisión: ella llegó acompañada del embajador de Francia, quien me comunicó que había un decreto de expulsión en mi contra, por ser considerado un peligro para la sociedad. Bajo la protección del embajador, ese mismo día fui puesto en un avión y repatriado al país de donde varias décadas antes habían emigrado mis ancestros.

Finalmente, en julio de 1988 fui autorizado a volver a vivir en Chile.

El periodo de la dictadura terminó en 1990. Por mucho tiempo se negó que en mi país hubiesen existido la tortura y el asesinato. Parte de la verdad se reconoció cuando se publicó el informe de la Comisión Verdad y Reconciliación, en 1991, diecisiete años después de que ocurrieran los hechos aquí narrados. Pero el informe fue solo una media verdad y media reconciliación: los culpables de las violaciones de los derechos humanos fueron señalados como victimarios a título individual y personal. La verdad completa debería incluir a muchos autores intelectuales que no son conocidos y que no han sido juzgados y se pasean con libertad. He dedicado mucho tiempo a reflexionar acerca de los eventos que experimentamos tras el golpe de Estado y la dictadura, la que, aun cuando haya surgido en un país que ya no existe, permanece irresoluta, sigue presente y agita el subconsciente y el consciente de las personas que en él viven. Está presente de una manera similar a como vemos la luz de las estrellas, de las que solo tomamos conciencia cuando ya no están.

LECTURAS

La experiencia humana es siempre única, pero también siempre tiene una dimensión de universalidad. Mis experiencias y mis reflexiones de entonces maduraron con la vida y con el contacto con otras culturas. Sé ahora que no hay un hombre universal, pero también sé que cada uno o una es parte de una especie y de un universo común. Muchos han escrito sobre ello, y me he reconocido en sus escritos. Las siguientes lecturas expresan esta resonancia:

Abhinava Gupta, *The Tantraloka*, con comentarios de Rajanaka Jayaratha, Allahabad Printed at the Indian press. University of Toronto, Canadá, 1918.

Anshin Thomas, Claude, *At Hell's Gate: A Soldier's Journey from War to Peace*, Shambhala Publications, Inc., Estados Unidos, 2006.

Aquino, Tomás de, *Suma teológica*, Biblioteca de Autores Cristianos, España, 2010.

Arce, Luz, *El Infierno*, Océano, Chile, 1993.

Aristóteles, *Metafísica*, Gredos, España, 1998.

Baret, Eric, *El único deseo*, Ediciones Vía Directa, España, 2010.

Buber, Martin, *Yo y tú*, Nueva Visión Argentina, Argentina, 2002.

Buda, «El sutra del diamante», en *Buda y su enseñanza*, Edaf, España, 2008.

Cohen, Leonard, *Ten New Songs*, Sony, Estados Unidos, 2001.

Courbin, Henri, *El hombre de luz en el sufismo iranio*, Siruela, España, 2000.

Descartes, René, *Discurso del método y meditaciones metafísicas*, Tecnos, España, 2011.

Dunne, John, *The City of the Gods*, University of Notre Dame Press, Francia, 1985.

Eckhart, Maestro, *Sermones y lecciones sobre el capitulo 24, 23-31 del eclesiástico*, Ediciones Universidad de Navarra, España, 2010.

Estrada, Álvaro, *Vida de María Sabina: la sabia de los hongos*, Siglo XXI, México, 2012.

Grof, Stanislav, «Pert em hru, o el libro egipcio de los muertos», en *Books of the Dead,* Thames and Hudson, Estados Unidos, 1994.

Hegel, Friedrich, *Fenomenología del espíritu,* Pre-textos, España, 2009.

Heidegger, Martin, *El ser y tiempo*, Fondo de Cultura Económica de España, España, 2005.

Heisenberg, Werner, *Física y filosofía*, La Isla, Argentina, 1959.

Heráclito, *Los límites del alma (fragmentos)*, Gredos, España, 2011.

Hipona, Agustín de, *Las confesiones*, Akal, España, 1986.

Hull, R. F.C., Jacobi, Jolande, eds, *C. G. Jung Psychological Reflections: A New Anthology of His Writings, 1905-1961*, Princeton University Press, Estados Unidos, 1973.

Ibn Al-Arabi, *El viaje espiritual* (Les Illuminations de la Mecque, CCCLXVII), Sagesses Musulmanes. Bruylant-Academia, Bélgica, 1995.

Lao Tse, *Tao te King*, Mandala Ediciones, España, 2004.

Lutero, Martín, «La libertad de los cristianos», en *Obras*, Ediciones Sígueme, España, 2001.

Marx, Karl, *El capital*, Akal, España, 2000.

Padmasambhava (comp.), *Bardo Thödol o el libro tibetano de la muerte*, Obelisco, España, 1994.

Platón, *Fedón*, Gredos, España, 2010.

Rousseau, Jean Jacques, *Discurso sobre las ciencias y las artes: discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, Alianza Editorial, España, 2012.

Sartre, Jean-Paul, *El ser y la nada*, Losada, México, 2005.

Shabistari, *Es nuestra rosaleda*, Editorial Sufí, España, 1997.

Spinoza, Baruch, *Ética demostrada según el orden geométrico*, Alianza Editorial, España, 2011.

Thich Nhat Hanh, *La paz está en cada paso*, Cuatro Vientos, Chile, 2000.

Wittgenstein, Ludwig, *Tractatus logico-philosophicus*, Tecnos, España, 2007.

AGRADECIMIENTOS

Por el libro:

A Fernando Balcells le corresponde gran mérito y mi agradecimiento sincero. No solo por haber conservado la memoria de haber vivido y comprendido lo que aquí se narra, sino por haber pasado muchas horas de relectura y comentarios a este texto como prueba de amistad.

A Melanie Jösch, mi editora, por haber tenido la lucidez de distinguir y guardar lo esencial y eliminar lo que sobraba.

A Gonzalo Olavarría por todas sus correcciones.

Por decirme que este libro también les toca:

A Eduardo Gastelumendi de Perú con su cálida e intransigente amistad.

A Mario Saiz de Uruguay por sostener el camino hacia el alma.

A Camila Montoya de Colombia por su lectura y defensa de los derechos humanos.

A Gustavo Sigal de Argentina por pedir una copia para su madre.

A Walter García de Brasil por comprender la reconstrucción de la memoria.

Por la mirada:

A John Dunne, profesor que me inspiró a seguir el camino de la apertura del espíritu.

A Thich Nhat Hanh, por enseñarme a focalizar la consciencia plena.

A Eric Baret por depurar mi vista y mostrarme nuevos horizontes en el viaje interior.

Y, como siempre, a Cecilia por el privilegio.

NOTA FINAL

Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.



Para otras publicaciones visite
www.lecturasinegoismo.com
Referencia:4614



© Archivo del autor

Juan Casassus es filósofo, sociólogo y educador. Doctorado en filosofía y sociología de la educación por la Universidad René Descartes, París V, ha dedicado décadas de su vida a asesorar en estas materias a gobiernos y organismos internacionales. Es autor de más de cien artículos publicados en revistas especializadas y ha contribuido con varios libros al tema de la educación, entre ellos, *La escuela y la (des)igualdad* en 2003 y *La educación del ser emocional* en 2006.

Su enfoque sobre las emociones es utilizado en el campo de la salud, la educación, la gestión y la terapia y, relacionado con esto último, fundó el Espacio Índigo, un centro cultural para el desarrollo del cuerpo, la mente y el espíritu.

En esta obra, de un valor inestimable, decide develar un pasado doloroso y un camino de salvación personal a través del autoconocimiento. De este modo, Juan Casassus nos aporta una esencial reflexión sobre la condición humana.

FOTOGRAFÍA DE PORTADA: ALEJANDRO OLIVARES

DEBATE TESTIMONIO

«Esta emotiva narración del tránsito de un hombre a través del infierno de la tortura y el interrogatorio, muestra la profunda percepción y la transformación que la concentración en la respiración puede provocar incluso en los lugares más oscuros. La práctica de Juan Casassus de encontrar refugio dentro de sí mismo a través de la meditación le permitió tocar el milagro de estar vivo en medio de la extrema violencia física y sicológica. Su coraje inspira, y bien podría salvar la vida de otros que sufren estas dificultades ahora y en el futuro.»

Thich Nhat Hanh, venerable maestro zen

Juan Casassus fue detenido en 1974 y conducido a la Escuela Militar de Chile. Allí fue torturado. Sería el comienzo de una caída a los infiernos.

En esta impactante obra, el autor decide develar los hechos que le ocurrieron durante el periodo en que estuvo desaparecido. Es un relato donde el horror no alcanza para describir lo que él y otros miles de chilenos sufrieron como consecuencia de la persecución política que se desató tras el golpe de Estado. En su caso, sin embargo, también fue una experiencia que lo llevó a fortalecerse interiormente, gracias a un trabajo espiritual que desarrolló a través de la meditación en las celdas en las que estuvo confinado.

Camino en la oscuridad es una exploración personal y una reflexión sobre la condición humana. Es un libro de una profundidad que sorprende y, asimismo, un testimonio capital de los hechos trágicos que tuvieron lugar en Chile.

ISBN 978-956-8410-68-1



www.megustaleer.cl
RHMChile
@megustaleercl

